
LUNES DE REVOLUCION
lunes de revolución
LUNES VA AL CINE
LUNES DE REVOLUCION
VA ME JI CO!
director: guillermo cabrera infante
sub-director: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez
número 100 marzo 27, 1961



EDITORIAL

"Lunes" llega a su número cien. Durante dos años, paralelo a las obras que la Revolución ha venido realizando en todos los aspectos de la vida nacional, "Lunes" quiso cumplir con la tarea que se impuso desde su nacimiento: recoger las expresiones de la cultura de nuestro tiempo en la medida de sus posibilidades, estimular el hecho cultural cubano, suscitar en el ámbito nacional toda suerte de actividad artística.

"Lunes" surgió con la Revolución y si ha intentado ser portavoz de las expresiones culturales cubanas, es gracias a la Revolución. Los años de aridez, de acritud y desencanto que ahogaban la vida cultural cubana han quedado ya detrás para siempre; pero su profunda significación estará siempre presente en quienes los sufrimos en carne propia. Casi hasta ayer, la tarea cultural carecía en Cuba de importancia; generaba el más escaso interés; provocaba en las zonas oficiales la burla o el desdén. El arte y la literatura sobrevivían trágicamente en los esfuerzos individuales de los creadores, ajenos a la adhesión o al estímulo de nuestras instituciones oficiales. Ningún periódico o revista acogía en sus páginas el más leve comentario sobre nuestras manifestaciones artísticas ni podía encontrarse un solo suplemento literario en la cuantiosa prensa cubana. El arte seguía viviendo una especie de áspero exilio, condenado a ser entre nosotros una cosa vacua o superflua.

La Revolución Cubana nos trajo una voz, un estímulo; dio a nuestro trabajo el sentido de una responsabilidad definitiva con nuestra sociedad, con nuestro pueblo; la Revolución nos ha dado la oportunidad de trabajar a plena luz, nos ha hecho responsables como escritores; hondamente conscientes de nuestra tarea.

"Lunes" está cierto de que, en estos dos años, su aparición semanal ha recibido una acogida generosa de sus lectores. Tenemos en nuestro poder una amplia correspondencia que nos ha venido llegando regularmente desde todos los lugares de Cuba. Esa correspondencia tiene para nosotros una valiosísima utilidad; la adhesión y la censura, la sugerencia o la objeción, han venido orientando nuestra labor y ofreciéndonos una imagen de las preocupaciones nacionales. "Lunes" no ha dejado de atender nunca los puntos de vista de nuestros lectores.

No ocultamos la satisfacción que sentimos al ver que en nuestra colección —sin olvidar las ediciones especiales o extraordinarias— hay ya cien números; y, en nuestros esfuerzos culturales, los primeros dos años de labor continua. "Lunes" ha querido celebrar este pequeño aniversario y esta cifra que entraña tan agradable significación para sus colaboradores, publicando algunos de sus trabajos de creación; esa obra que sus redactores habituales han venido realizando simultáneamente con otros quehaceres.

Hay aquí, pues, cuentos, poemas y ensayos de algunos de nuestros colaboradores. Pertenecen a libros inéditos o que están en vías de publicación; representan una parte del trabajo creador de un grupo de escritores que, para celebrar nuestro número cien, exponen a los lectores de "Lunes" sus trabajos.

LUIS AGUERO

La primera vez que oí el nombre de Roque Cifuentes fue muchos años después de celebrado su entierro.

Yo tenía paperas y mi madre temía que se me "corrieran". Entonces fue cuando vino con la pomada y, después de untármela, hizo una cruz en el aire y dijo: "En nombre de Dios y de Roque Cifuentes".

No fue algún tiempo después, sin embargo, que supe la verdadera historia de este increíble personaje. Me la contó mi abuelo una noche que se había ido la luz y habían suspendido la función de cine.

Una tarde de agosto llegó a Viñales un hombre pequeño y delgado, extremadamente pálido y de ojos negros y saltones. Roque Cifuentes se llamaba y venía de La Habana. Sin duda tenía algún dinero, porque había comprado la casona de Orestes Mendoza y la ropa que vestía no era de la más barata.

A pesar de su endeblez física Roque irradiaba una extraña atracción. Quizá fuera la pereza con que movía sus largas y blancas manos, o la bondad que destilaba su voz gangosa, o la forma en que saboreaba su tabaco. O quizá no fuera nada de eso, pero lo cierto es que, en menos de una semana, Roque había hecho amistad con todo el pueblo.

Un día Roque se fijó en la hija de Venancio Cordero: un enorme eczema cubría casi todo el cachete derecho de la linda cara de la muchacha.

—Ven a casa una de estas tardes que yo puedo curártelo— le dijo Roque a la muchacha. Y a los dos días allí estaba ella.

Ya Roque tenía preparada una vasija con un compuesto de distintas yerbas. Sentó a la muchacha y le leyó una oración larguísima. Después le pasó el líquido baboso por el cachete y le dijo: "En nombre de Dios y de Roque Cifuentes".

Vertió el resto del líquido en un pomo y se lo dio a la muchacha haciéndole la siguiente recomendación:

—Todos los días, antes de acostarte, te pones un poco. Y recuerda que siempre debes decir lo que yo he dicho: "En nombre de Dios y de Roque Cifuentes". Si no lo haces así, pierde todo el efecto.

La muchacha se marchó un poco confundida, pero alegre.

A la semana justa de empezar el tratamiento el eczema había desaparecido y la linda cara de la muchacha lucía más linda aún.

Se conoció la noticia con tanta rapidez que esa misma tarde Cachita se apareció en casa de Roque para que le curara un "nacido" que le había nacido en una nalga.

A los dos días de yerbajos y oraciones sanaba el grano de Cachita y se consolidaba definitivamente el prestigio de Roque Cifuentes.

Desde entonces no hubo catarro, sarampión, tosferina, paperas o indigestión que no curara Roque Cifuentes. Así fue como su nombre cruzó las fronteras de Viñales y comenzó a oírse en casi toda la provincia.

Se decía que Roque había devuelto la vista a un terrateniente de San Juan y Martínez, que había sanado la tuberculosis de la esposa de un Representante que vivía en Artemisa y que había curado la parálisis de la hija de un millonario habanero que estaba de vacaciones en San Diego de los Baños. Y hasta llegó a decirse que, cierta noche, lo había visitado la Primera Dama de la República y le había pedido remedio para sus constantes ataques de asma.

No puede afirmarse que nada de eso sea totalmente cierto, pero tampoco puede negarse que, diariamente, Roque Cifuentes recibía la visita de los más disímiles enfermos. Todos los días, menos los domingos, consultaba de veinticinco a treinta personas, desde parturientas hasta cancerosos.

Tanta fue la fama de Roque Cifuentes que, un día, los médicos de la provincia se reunieron y decidieron con muy buen juicio que si aquella situación continuaba se verían precisados a pedir limosna para no morir de hambre.

Era difícil, sin embargo, encontrar una buena solución al problema. Roque no cobraba un centavo por sus consultas y no se sabía hasta qué punto sería exacto acusarlo de intrusismo profesional. Además, y eso era lo que más preocupaba a los médicos, Roque tenía el apoyo de todo el pueblo y cualquier medida que se tomara contra él provocaría la ira popular.

—Me parece que lo más prudente es ir a ver al Alcalde— dijo uno.

Todos estuvieron de acuerdo y a la mañana siguiente se designó un grupo de cuatro que fuera a visitar al Alcalde.

El Alcalde era un hombrón de enormes bigotes que miraba a todo el mundo con suma desconfianza. Cuando los médicos terminaron dio un puñetazo en la mesa y dijo una mala palabra. Entonces uno de ellos, el más débil de los cuatro, sacó de su cartera un billete de cien pesos. El Alcalde sonrió por debajo de sus bigotes e hizo redactar al Secretario una orden de arresto contra Roque Cifuentes.

En menos de diez minutos el pueblo entero se arremolinó frente al Ayuntamiento y comenzó la protesta. Fue entonces cuando sucedió lo que nadie esperaba. Dicen algunos que aquello fue cosa del mismo Dios.

La hija del Alcalde era una niña robusta como un roble. Tenía siete años y jamás había sufrido ninguna de las enfermedades propias de los niños. La misma tarde del arresto de Roque, sin embargo, comenzó a sentir los primeros síntomas de la más extraña enfermedad que haya padecido mortal alguno. Inmediatamente se llamaron a los mejores médicos del pueblo. Pero los vómitos y la fiebre no disminuían, sino que aumentaban. A cada minuto que pasaba el rostro de la niña se hacía más y más amarillo, la fiebre seguía en ascenso y los vómitos se sucedían con más prisa.

Dos días pasaron sin que nadie supiera la causa de aquel repentino ataque. Y el padre, temiendo que la niña se le muriese entre las manos, fue en busca de su última esperanza: Roque Cifuentes.

Todo el pueblo vio a Roque salir del Ayuntamiento con el Alcalde y dirigirse a casa de este último.

Cuando llegaron Roque se encerró en el cuarto de la niña y pidió que le consiguieran no sé cuántas yerbas distintas. Después llamó a la madre y entre los dos le leyeron como veinte oraciones diferentes.

Toda aquella noche se la pasó Roque junto a la niña haciéndole beber a cada rato su mágico brebaje, diciéndole sus oraciones y pasándole la mano por la frente para conocer la temperatura.

Afuera, tratando de mirar por las ventanas y preguntándole a cuanta persona salía de la casa, el pueblo esperaba los resultados.

Cuando salió el sol la calentura se había ido y los vómitos eran menos frecuentes. Cuando salió el sol, por segunda vez, la niña estaba colorada y retozaba encima de la cama, ajena a lo que había sucedido.

A la noche hubo fiesta en el pueblo. El Ayuntamiento se llenó de banderitas de colores y el Alcalde se vistió de traje. Asistió jubiloso todo el pueblo, hasta los propios médicos, que, convencidos de la sabiduría sobrenatural del curandero, le entregaron una placa de bronce para que la colocara en la puerta de su casa y ejerciera la profesión legalmente.

No fue en la puerta de la casa, sin embargo, donde se colocó la placa.

A la mañana siguiente Roque amaneció muerto y la placa, junto con una cruz de oro que compró el Alcalde, fue a parar a la blanca tumba de mármol blanco.

Dijo el médico que despidió el duelo que Roque Cifuentes había muerto del enorme esfuerzo que realizó para curar a la niña. Pero, en realidad, jamás se supo porqué dejó de latir su corazón. Como tampoco se supo por qué no había nada —ni peste— en la caja cuando la abrieron, un año después.

Pasó un año y otro año y otro año más, y los médicos recuperaron a sus respectivos enfermos. Pero el nombre de Roque Cifuentes no se apagó jamás. Ellos, todos ellos, compraban y tomaban las medicinas que les recetaba el médico, pero antes o después de tomársela, invariablemente, repetían: "En nombre de Dios y de Roque Cifuentes".

en nombre de DIOS y de ROQUE CIFUENTES

Elisa y yo llegamos recién casados aquí, a Isla de Pinos, hace cinco años. Yo había conseguido trabajo como contador en las oficinas de la "Island Grapefruit Co." que había instalado en la Isla una pequeña factoría para la compra y exportación de toronjas a los Estados Unidos. Era un buen negocio. Los accionistas norteamericanos obtenían grandes ganancias al año. Al frente de las oficinas, por supuesto, estaba un hombre de toda la confianza de los accionistas: Mr. Murdock. Tendría unos cincuenta años cuando nosotros llegamos. Era un hombre nervioso y activo; vestido de blanco de los pies a la cabeza, con un lacito negro en la camisa, botonaduras de oro y lentes de armadura dorada. ¿Qué fue para mí este empleo? Debo decirlo con una frase sentimental: el comienzo de una nueva vida. Los pondré en antecedentes... Quiero que lo sepan todo, para que puedan comprenderme.

Yo vivía en casa de mis padres. Tenía treinta años. Recuerdo ahora mi casa. Debo hablar así, desordenadamente. Escribo lo que me viene a la cabeza. Unos recuerdos traen otros, como una reacción en cadena. Ahora parece que veo la casa de mis padres de nuevo, allá en Santiago de Cuba... Es una de las pocas casas de madera que quedan en plena ciudad. Si quisieran bajar por la calle de Clarín, la reconocerían enseguida. La distingue un jardín pequeño con una verja alta que no se cierra nunca. Los perros del barrio entran cuando se les antoja y orinan. Nuestros jazmines parecen inmunes. Todas las noches perfuman como si no ocurriera nada. Al contrario, habíamos observado que el orine de perro los fertilizaba. La casa tenía su traspatio de tierra con un gallinero; mi padre construyó un palomar donde las palomas se recogían al anochecer después de estar el día entero paseándose por toda la casa. Cuando llegaba alguien de visita teníamos que espantar las gallinas y las palomas y cerrar la puerta del patio para poder conversar tranquilamente. De vez en cuando una gallina entraba por la ventana, o el gallo rojo y negro de mi padre se subía sobre un mueble a cantar como si fuera de madrugada...

Ahora que hablo de visitas... Nuestros visitantes eran escasos. Casi nadie venía a vernos, excepto las dos viejas de enfrente que se llamaban "las Castillo" y tenían el pelo color azafrán y miles de pecas en la piel. Cuando era pequeño me gustaba espiarlas por las tardes cuando se peinaban en el cuarto la una a la otra, y yo podía entrar en la sala de la casa sin que me vieran y contemplar las peceras con peces de colores, fondos marinos, castillos y parques... Cuando nos hacían la visita se sentaban en los mejores balances de la saleta y se tomaba cada una dos vasos de limonada que mi madre les ponía cerca en un jarro de metal.

Mi padre era el animador de las reuniones. Las visitas le echaban a andar la lengua, con nosotros no hablaba mucho cuando estábamos solos en la casa. Cuando el viejo empezaba nunca sabíamos cuándo terminaría. "No dejas poner una", le gritaba mi madre cuando se disgustaba con él. La conversación favorita de mi padre era hablar de las minas de manganeso que poseía en el norte de la provincia de Oriente, y que nunca estuvieron en explotación. Mi padre se deshacía en comentarios, gesticulaciones y sonrisas. Muy pronto en la casa, afirmaba, entraría una gran fortuna que nos salvaría de nuestras dificultades... Seríamos una familia respetada y poderosa. Las Castillo le advertían, no sé si en son de burla, que se acordaran de ellas en ese momento y les dejaran caer algo, que ellas también tenían sus dificultades... Si la visita se prolongaba más de la cuenta, mi madre salía de la sala sin hacer ruido y se acostaba un ratico en su cuarto. Después que se marchaban las Castillo mi padre la recriminaba y no le hablaba en toda la noche, ni a mí tampoco como si yo también fuera culpable. (Mi padre creyó siempre que yo hacía causa común con mi madre). Su silencio era el castigo que nos imponía. Se sentaba a la mesa y no despegaba los labios; escuchaba la radio meciéndose en el sillón y se iba a la cama sin habernos dirigido la palabra. Nosotros no teníamos nunca muchas ganas de conversar con él, pero si se callaba no podíamos soportarlo y queríamos sacarlo de su mutismo a toda costa. Hacíamos verdaderas escaramuzas, pero siempre fracasaban. Mi padre no abría la boca.

Sí, me acuerdo de mi casa. Hay cosas que un hombre no puede olvidar, aunque sea para despreciarlas. La cocina estaba al fondo y en ruinas. Había perdido una parte de la campana: Veía desde mi cuarto al amanecer la humareda del fogón cuando mi padre colaba café. Una mañana se desprendió una parte del fogón y nunca más volvió a su lugar. Con una escoba barrieron los escombros como si no hubiera pasado nada. En casa nunca se hicieron arreglos. No teníamos mucho dinero. Vivíamos del sueldo de maestra de mi madre... Si llovía las goteras inundaban la casa; mi madre ponía palanganas y cubos, y mi padre afirmaba que apenas escampara arreglaría las tejas rotas del techo, pero nunca lo hizo. "Esta casa se nos cae encima", decía mi madre y se encerraba en su habitación.

Mi título de contable colgaba de la pared de mi cuarto, frente a mi cama. Todas las mañanas al levantarme lo veía. Me impresionaba como algo inútil, como un trasto viejo e inservible. El trabajo no aparecía, no me caía ni del cielo. A veces trabajaba en algún balance anual o llevaba los libros de una tiendecita, pero eran trabajos que no duraban. Fue por eso una sorpresa cuando mi amigo Roberto entró por la verja del jardín, que nunca se cerraba, para anunciarme que en la Isla de Pinos solicitaban un contador.

Aquello fue una consternación en la casa. Mi padre vino desde el patio, donde estaba lavándose las manos en el palanganero, con la boca abierta, anhelante. Mi madre salió de la cocina secándose las manos en el delantal... Su imagen queda fija en mi memoria, como una película que se detiene. Escribí aceptando el trabajo. Tres días después recibí un telegrama donde me decían que estaban esperándome. Me dispuse para hacer el viaje. Le ofrecí matrimonio a Elisa. Ella aceptó. Mi madre se opuso a mi partida con todas sus fuerzas. Pero no pudo detenerme. No podía soportar la frustración que me rodeaba, el sentimiento de impotencia en el cual vivíamos desde hacía tiempo. El empleo de contador en Isla de Pinos era la solución de mi vida. A pesar del gallinero, del gallo rojo y negro que dormía a la cabecera de mi padre y lo despertaba todas las mañanas con su canto estridente, de las palomas y del jardín, de todos los símbolos de mi existencia, partí casi sin un remordimiento. Mi madre agotó todos los argumentos desde la enfermedad hasta la locura y la muerte para disuadirme del viaje. ¿Debo decir de que todo fue inútil? Me casé con Elisa y partimos. Dejé mi casa, el barrio en el que siempre viví, los amigos, dispuesto a conquistar una fortuna y seguro de lograrlo.

Nos instalamos en este *bungalow*, propiedad de la Compañía y cuyo valor iríamos pagando con el tiempo. Me levantaba temprano, alrededor de las siete; Elisa me hacía el desayuno y después emprendía yo el camino a pie hasta las oficinas. Los primeros días sentí miedo de no poder desempeñar correctamente mi trabajo. Había pasado más de un año sin que realizara nada como contador; pero lentamente fui encontrando lo que había aprendido y la seguridad de no equivocarme en mi profesión. Trabajaba frente por frente a la puerta del despacho de Murdock (al cual muchos empleados cubanos llaman Mr. Mordió), en donde se efectuaban todos los negocios de la empresa. Un empleado entraba y salía llevando en una bandeja café y tabaco. El viejo era astuto, halagador; hablaba bien el español; sabía encontrar frases suaves y convincentes. Sus hábiles maneras me impresionaban como un juego artificioso e inútil. No tenía ninguna necesidad del café y los tabacos, de las frases corteses y los razonamientos mentirosos para conseguir de los cosecheros concesiones, bajos precios, ventajas... Ellos estaban obligados a venderle a la "Island Grapefruit Co." sus cosechas enteras o en cambio comerse las toronjas en el desayuno. No había otro comprador.

Creo que comprenderán que yo no sabía nada de esto. Los primeros dos años de mi estancia en la Isla fueron para mí maravillosos, reparadores. La nueva vida que presentí se había echo realidad. Elisa y yo éramos felices. Lo diré con un lugar común: nada empañaba nuestra dicha. Me gustaba mi trabajo y esperaba muy pronto ascender y hacerme de un capitalito. Cada cual tiene su aspiración en la vida, ¿no les parece?

III

Un tiempo después, a los cuatro meses para ser exactos, llegó a la Isla en el vapor "Patria"; desembarcó en el muelle de Nueva Gerona, otro empleado de la Compañía. Se llamaba Gerardo Sarmiento. Era un hombre alto y delgado, tal vez bien parecido, "fuerte en contabilidad" como me dijo una vez Murdock. Las oficinas se componían de seis empleados, dos hondureños y cuatro cubanos. Yo podía considerarme el principal después de Murdock, y el jefe cuando él daba un viajecito a La Habana para resolver algunos asuntos importantes de la empresa. Gerardo Sarmiento venía a ayudarme en mi trabajo. Podía considerarse como mi secretario.

Un día le dije al viejo que necesitaba un ayudante. El trabajo aumentaba. Murdock llamó a La Habana y una semana después estaba Gerardo en la Isla. Traía una recomendación de un banco de la capital y creo que había cursado dos años en la Universidad.

¿Podrá decir alguien alguna vez que cavó su propia tumba? Tres meses después de su llegada, ese pensamiento me daba vueltas y ahora puedo decir que yo metí a mi enemigo en mi casa, lo senté a mi mesa, le presenté a mi mujer y puse en sus manos todos los secretos de mi trabajo. Gerardo ascendió; a los dos años de estar en la Isla era el hombre de confianza de Murdock. El admirable viejo puso en sus manos los liti-

ANTON ARRUFAT

MODESTO TORRES



MI ANTAGONISTA

gios y las compras. Comencé a recibir sus órdenes, comencé a ser humillado por el que yo mismo pedí como ayudante. No puedo negarle su habilidad, y si ustedes quieren puedo concederle inteligencia; pero nadie ignora su falta de escrúpulos y de compañerismo. Aduló, intrigó, y tuvo la suerte de ver realizados sus propósitos.

IV

Al año de nuestra estancia en la Isla, para las vacaciones escolares del mes de agosto, nos visitó mi madre. Yo le envié el costo del pasaje y fui a esperarla a Nueva Gerona. Vivió con nosotros dos semanas. Por las noches, después de comer, nos sentábamos en el portal para coger un poco de fresco, si los mosquitos lo permitían. Mi madre, hundida en un sillón de mimbre, añoraba los años de su juventud en casa de su padre, un rico cafetalero de Oriente. Recordaba la quinta que su abuela había mandado construir al estilo francés. Nos la describía con lujo de detalles. Elisa estaba encantada; yo volvía a escuchar una descripción que me sabía de memoria. El matrimonio con mi padre fue para ella como si su vida se paralizara. No vivió más que para recordar su juventud; logró recuperar de ese modo todos los acontecimientos con una nitidez y coherencia que me desesperaba. Mi madre contó tantas veces lo mismo, y de la misma manera, que me impresionaba como si lo estuviera leyendo en un papel. Creo que ante sus ojos desfilaban las palabras pero no los recuerdos que esas palabras intentaban recoger, y que habían desaparecido con el tiempo. Esos espacios en blanco, irrecuperables, que hay en todas las vidas, no existían en la suya. Elisa y yo no nos explicábamos por qué tomó la decisión de casarse con mi padre, un hombre iluso y pobre. Su familia se opuso a ese enlace; y como ocurre en esos casos, la desheredó en una noche dramática. Se ha dicho que el corazón es un misterio. (La sabiduría es un lugar común). Mi madre se casó con mi padre para ser salvada de aquella vida perfecta. Quiso que sus días tuvieran la dignidad de la aventura. Sé que experimentó ese íntimo y raro momento en el cual tratamos de iniciar una existencia distinta. Luego comprendería su equivocación. Las cosas no son tan fáciles. Mi madre ha llevado una vida de tormentos habituales, cotidianos. ¿Sentirá ella también la necesidad de atormentarse a sí misma?

V

¿Cómo no iba ella a hablar de mi padre? Nos contó que seguía igual, haciendo lo mismo. ¿Recuerdas que me lo contaste? Quiero hablarte así, porque sé que leerás estas líneas. Las escribí para mí, y también para ustedes. ¿No es acaso como si les enseñara una fotografía? A la gente le gusta retratarse. Cada uno cargará con su parte de culpa. Yo sólo no puedo hacerlo. No se puede estar bajo un mismo techo sin coger nuestra parte de responsabilidad. Sí, los remordimientos, los viejos remordimientos. Hemos alquilado nuestras sillas para el espectáculo, nos disponemos a verlo perder. El viejo va a dar un salto... Esa noche estábamos sentados en la sala. Los mosquitos habían manifestado su ferocidad y tuvimos que resguardarnos detrás de las telas metálicas y encender los bombillos amarillos... Mi padre se quejaba de la suerte. Buscaba como ejemplo otros hombres que con menos inteligencia "se realizaron" —como él decía— mientras que a él "los hados" —me parece ver su ademán grave y aparatoso— no le ofrecían la ocasión. (Tampoco la buscó) Mi padre esperaba, simplemente. ¿Qué otra cosa iba a hacer el viejo? (Mientras tanto vivía del sueldo de maestra de mi madre. Por supuesto, no dejaba de sentir herido su orgullo de hombre indolente y fracasado). Pasaba las tardes junto a la ventana hasta el atardecer, aguardando que alguien viniese a avisarle que la Compañía de Lengua de Pájaro se interesaba en explotar su mina. Por nuestra calle no pasaba mucha gente. Estaba sin pavimentar y sólo los vendedores de viandas y frutas se atrevían a aventurar sus carretillas por entre piedras y huecos. Al atardecer "arrastran muertos", como decían las Castillo. Fueron muchas las ocasiones en que mi padre, exaltado ante la presencia de un desconocido que pasaba la calle, corría hacia el fondo de la casa a buscar a mi madre para que estuviese junto a él en el momento en que el mensajero llamara a la puerta, en el momento del triunfo. Pero siempre el desconocido seguía de largo y mi madre se retiraba silenciosamente a sus quehaceres. Hablaba él entonces de la esperanza. "La esperanza debe cerrarnos los ojos a la hora de la muerte", afirmaba. Algún día el mensajero tendría que llegar. Las explotaciones de la Compañía minera estaban muy avanzadas y era imprescindible poner su mina en explotación. ¿No estaba ahí, pegadita a las otras? Entonces lo llamarían. Le harían estupendos ofrecimientos para arrendarle la mina. Se le consultaría, se le escucharía. (Mi padre estaba loco por ser escuchado. Si hubiera podido escribir, habría escrito un diario. Los fracasos tienen que explicarse, justificarse). Si ese momento llegara, si el mensajero de la Compañía entrara por la verja para anunciarle que necesitaban su mina, no importaban los años, las tardes perdidas sentado en su sillón al pie de la ventana, las humillaciones, las vicisitudes... (Y ese momento tenía que llegar fatalmente). Expondría su plan ante los accionistas. Señalaría los grandes defectos técnicos y las deficiencias económicas en que incurrían actualmente, y la forma de superarlo. Y aquí mi padre recitaba su largo discurso, que había preparado en el curso de los años. Daba unos pasos por la sala y se detenía en el centro, tomaba aliento y comenzaba. Los accionistas admirarían su exactitud y sagacidad. El oía sin inmutarse, sin mover un músculo de la cara, como el que escucha el elogio merecido que no puede asombrarle. Luego volvía al sillón y estudiaba la reforma de algún párrafo, mientras la noche caía en el barrio.

...Mi madre hizo un gesto de cansancio. "¿Sabes lo que hizo un día tu padre? Se levantó muy temprano y se vistió con el traje blanco de por las tardes, me pidió el desayuno. Se puso el sombrero que guardaba en un travesaño del armario y se marchó sin decirme una palabra. Imagínate. Yo estaba asombrada"... Mi padre hacía muchos años que no salía a la calle. Recuerdo que una vez salió para ir al médico. Fue la única vez que visitó a un médico. Tenía una salud de hierro. "Regresó al anochecer con el traje de dril ajado y el sombrero entre las manos como si quisiera ocultar su nerviosismo". En la mesa, tres días después, contó lo que le había sucedido. Fue a ver a los accionistas de la Compañía minera y estuvo esperando frente al edificio, sin atreverse a entrar. Se sentó en la acera; en el café de la esquina; volvió a pararse frente a las puertas a la hora de la salida. Los accionistas pasaron de prisa por su lado. Uno le pidió permiso... Él se decidió y fue al automóvil, repitiéndose mentalmente lo que iba a decir; escuchó el ruido del motor y una ráfaga de aire caliente le abrió el saco y agitó las alas de su viejo sombrero. Vio las cabezas de los accionistas, cabezas que había visto retratadas en todos los periódicos, por el cristal posterior; una mano se levantó como recalcando una afirmación y la máquina dobló la esquina... "Así hablan los accionistas", pensó. Y se quedó con la mano extendida y la palabra en la boca. No se marchó. Se ajustó el sombrero y fue al café. Esperaría a que regresaran después del almuerzo. Pero no volvieron. "Nunca vuelven", dijo el mozo cuando bajaba la puerta de metal. Después en la casa, habló de su orgullo. Que tal vez les escribiría... Que él era un minero experto y poseía minas riquísimas. Además, no es lo mismo solicitar que ser llamado. Podían, podían esperar un tiempo más. Sus gastos estaban cubiertos. Tenían esa ventaja sobre aquellos que necesitan de hoy para mañana. Esperaría en casa, repitió muchas veces antes de acostarse... Mi padre nunca más ha vuelto a intentar otra salida. Sé que debía estar yo fuera de casa para que él se decidiese a salir. ¿No era yo el testigo de tu fracaso? Es terrible ponerse en evidencia ante los ojos de un hijo, ¿verdad?

VI

Gerardo entró en la sala con una caja de toronjas para mi madre. Ella había puesto la maleta en el suelo. Fue más cómodo para el viaje colocar las toronjas en una jaba. A mi madre le agradó mucho el regalo. Fuimos los tres a acompañarla al muelle. Allí me hizo algunas preguntas; trató de interesarse en nuestra vida. Sé que le costó un gran esfuerzo, y lo agradezco. (¿Puedes leer estas líneas? La tinta se ha corrido un poco). Cuando vivíamos juntos en Santiago, yo formaba parte de su vida. Estaba dentro de un sistema; era una tuerca en la maquinaria. ¿No era yo tu único apoyo, tu consuelo? Pero la distancia introduce un elemento extraño en las relaciones humanas. Era como si me hubiera desprendido de su vida y me alejara. Subió al barco fondeado en el río Las Casas; sonó la sirena y comenzó a moverse hacia el mar Caribe. Vi su ancho sombrero de paja con cinta amarilla, un poco gastado, que guardaba para estas ocasiones; sus manos aterradas a la barandilla; el aire agitaba sus cabellos encanecidos; la tela de su traje se pegó a su cuerpo escuálido. La sentí vulnerable, vieja, cumplida, y la ternura me tocó. El barco se alejaba con un ruido de sirena, motores y agua. Levanté la mano para saludarla, despidiéndome. Ella también lo hizo. No volvió más. A veces me llega alguna carta. Elisa y yo volvimos a nuestra casa. Gerardo se quedó en Nueva Gerona para resolver asuntos de la Compañía.

VII

Al empujar la puerta de su despacho, lo vi sobre su mesa de trabajo, inclinado, como si fuera a firmar una carta. Lo saludé. No me contestó. Las manos estaban crispadas sobre los brazos del sillón. Lo toqué. La cabeza cayó sobre el pecho. Los lentes rodaron al suelo. Mr. Murdock estaba muerto. Un alto empleado de la Compañía vino para acompañar su cadáver a Estados Unidos. Una hermana vieja, que vivía en Pasadena, reclamó el cadáver. Murdock no tenía otros parientes. Supimos por el alto empleado que el viejo no poseía un centavo después de tantos años de trabajo y dedicación personal a los intereses de la "Island Grapefruit Co." Pero fueron muy gentiles con él, pagaron todos los gastos de traslado y entierro. Hubo otros pequeños gastos en la cuenta: coronas, limpieza de la bóveda que sus abuelos construyeron en el cementerio de Pasadena. Cuando embalsamaron el cadáver hicimos una pequeña recolecta para comprar un cojín de flores y redactamos unas palabras de despedida como inscripción en la cinta morada.

Al día siguiente, cuando el cadáver del viejo ya había partido hacia La Habana para allí ser trasladado a Estados Unidos en avión, Gerardo Sarmiento pasó por delante de mi despacho con su firme andar. Levanté la mirada de mis papeles: introducía la llave en la cerradura de la puerta del despacho de Murdock, resueltamente. La puerta se cerró. Al poco rato escuché su voz, llamándome. Estaba frente a su mesa...

El viejo te recomendó como el hombre capaz de reemplazarlo, y se olvidó de mí que estaba aquí primero que tú. No sé cómo la muerte no le cerró la boca antes de que pudiera hacerlo. La Compañía escuchó su recomendación y ahora soy tu subalterno. Estoy eliminado. El viejo sacó la mano de la tumba y barrió conmigo. Gerardo, esa mesa iba a ser mi mesa, y ese sillón, mi sillón. ¿Debo guardarle rencor al viejo? Hay algo que me hace disculparlo: murió sin un centavo.

—Oliverio, quisiera ver las cuentas.

—Se las traeré ahora mismo.

VIII

Elisa no podía ver a Gerardo. Me lo había dicho en diversas ocasiones. Yo me encontraba en una situación difícil. Gerardo era el jefe, y no estaba de más recibirlo en casa a menudo. Cuando él venía, Elisa se retiraba con cualquier pretexto y sin llamar mucho su atención, como yo le había advertido. Como William no era un mal cocinero del todo, yo invitaba a Gerardo a comer una que otra noche. El vivía en Nueva Gerona, en un hotelito. Quiero decir que el cocinero era un mulato de Puerto Padre encaprichado en que lo llamaran William.

Había vivido algunos años en los Estados Unidos, y a veces deslizaba alguna frase en inglés. Nunca supimos su verdadero nombre. Pero sus amigos, cuando querían molestarlo, lo llamaban Remigio.

La conversación en la mesa estuvo divertida. Hasta Elisa tuvo que reir uno de mis chistes. Creo que ese no lo conocía. (Mi repertorio de chistes es limitado) Gerardo no hablaba mucho, pero con unas cuantas copas atinó a contar dos chistes aburridos. Elisa se retiró temprano. Nosotros salimos al portal y estuvimos conversando y bebiendo un rato más. Creo que no estuve mal. La bebida me aligera las ideas, aunque se me van algunos disparates.

Destapé la botella de whisky, regalo de un comprador inglés, que guardaba en la despensa para las grandes ocasiones. La noche era propicia. Gerardo elogió el whisky y tomó dos tragos con soda. Entre nosotros reinaba siempre un ambiente amistoso, de compañerismo. Nadie debe asombrarse de lo que escribo... A medida que pasaban los minutos me sentía mejor. La cara me ardía. La sangre me corría por las venas como fuego. Conté anécdotas del trabajo al principio, las pequeñas envidias después... Gerardo me escuchaba sin interrumpirme. Me dejaba hablar. La palabra explotación salió de mis labios muchas veces y manché la memoria de Mr. Murdock. Hablé del monopolio y de la esclavitud en la que se encontraban los colonos, muchos de ellos norteamericanos también, al verse obligados a vender sus cosechas a un sólo comprador que se permitía el lujo de marcar el precio de las frutas. Hablé sin medida, sin que nadie me avisara que debía parar. El silencio de Gerardo me impelía a contarlo todo tal como me venía a la cabeza. Inventé engaños, intrigas, traiciones, decepciones, falsas promesas... Me cité a mí mismo como ejemplo. Terminé afirmando que nos desdeñaban, y que no se ilusionara con la confianza que los accionistas parecían otorgarle. Siempre lo tendrían entre ojo. Gerardo no abría la boca. En vano traté de arrancarle algo sobre sus intenciones y proyectos. Mis palabras parecían rebotar en su cara como en una pared. Creo que hizo una afirmación con la cabeza, como si estuviera de acuerdo conmigo, y se marchó en su automóvil. Yo comencé a pasearme por el corredor al que se abrían todas las habitaciones del *bungalow*. Pasé por el cuarto de Elisa con mi botella en la mano y al cabo se apagó la luz de la lámpara del velador. Ella siempre leía antes de dormir. El aire agitaba el mosquitero que parecía un enorme panal de abejas. Me llegué a la cocina. William canturreaba una canción de los esclavos de las plantaciones de algodón de la Luisiana. Repetía las lentas vocales sin cansarse, una y otra vez, mientras fregaba los platos.

Volví a la parte del corredor que daba con el cuarto de Elisa y me senté. Puse la botella de whisky en el suelo. De vez en cuando me empinaba un trago. Ella estaba allí, protegida en su mosquitero, roncando tranquilamente. ¿Creen ustedes que no estoy aplastado? Ese viejo idiota pone en manos de Gerardo lo que me pertenecía a mí solamente. Otros pensarán que es un hecho consumado, archivado y olvidado en los anales de la Compañía, pero para mí no lo es. No me deja tranquilo un momento. Yo que vine a ganar dinero, huyendo de mi familia y del destino que parece oponerse a todo cuanto quiero realizar... Al cabo de un rato me levanté y me puse a mirar al interior del cuarto de Elisa por los resquicios de las persianas. No podía ver nada. Escuchaba su respiración. Dí unos golpecitos en las persianas... Me pareció ver un movimiento en la cama, y me aparté sigilosamente. Ella no debía enterarse de mi fracaso. Volví a mi sillón y reanudé la bebida. La luna aparecía muy alta entre los árboles de la carretera que relucía. Mi sombra se proyectaba grotesca en las maderas del corredor. Me fui quedando profundamente dormido. Me parecía avanzar como un buzo debajo del agua...

IX

—¡Escapó!— exclamó William debajo de mí.

Hice un esfuerzo y me incorporé.

Elisa había dejado mi casa hacía más de una hora. William luchó por despertarme sin conseguirlo. Corrí a la habitación y me quedé mirando la cama vacía, el mosquitero recogido cuidadosamente. Registré el armario, los cajones de la coqueta, no se llevó casi nada. Unicamente nuestra maleta de viaje. En el fondo del armario estaba el vestido que le había regalado para su cumpleaños el mes pasado. William me puso en las manos mi escopeta y la linterna. La noche estaba fría y busqué un saco. Recorrí la casa antes de salir, registré todos los rincones. William venía detrás de mi afirmando que ya lo había hecho. ¿Pero dónde estaba entonces Elisa? Salí a la carretera... Las luces de Nueva Gerona brillaban ya muy cerca. Subí las escaleras del hotel y llamé a su puerta. No respondió. El empleado de la carpeta subió, refunfuñando.

—Se fue hace una hora— me dijo.

Bajé a la calle. Escuché el ruido de las botellas del lechero. ¿Dónde estaría Elisa? Gerardo también se había marchado. Lentamente uní los dos hechos. Recordé tantas cosas... Elisa huía de Gerardo como se huye de quien se ama cuando algo lo impide. Quise buscarlos. Caminé por las calles de Nueva Gerona hasta el amanecer. Apretaba la escopeta en mis manos... ¡Todo fue inútil! Escaparon los dos juntos en la lancha de motor de Murdock. El viejo parecía ayudarlos desde la tumba. Gerardo dejó dispuestos todos sus asuntos. El plan lo venían madurando desde hacía meses. Recordé que Gerardo solicitó vacaciones para después de terminado el balance del mes de septiembre. Ahora sí todo estaba perdido. Me había vencido, ¡arrebatado la dirección de la oficina y la mujer. Pero las vacaciones no durarán la vida!

X

Pero llegaron a la Isla malas noticias para los norteamericanos. Isla de Pinos fue reclamada por mi país como parte de su territorio y acababa de firmarse un tratado reconociendo su soberanía sobre ella. El mismo día del anuncio de la firma del tratado, la "Island Grapefruit Co." liquidó sus negocios en la Isla. Los impuestos del gobierno de Cuba perjudicarían sus espléndidas ganancias. El establecimiento de las oficinas en la Isla comprometía más de lo que podía beneficiar en el futuro. Comenzó la liquidación rápidamente.

Tuve entonces una ligera esperanza. Nada me importaba tanto como vengarme. Olvidé lo que significaba para mí el cierre de las oficinas de la Compañía en la Isla. Perdería mi empleo de un momento a otro. Ya me lo habían comunicado. Cerrándose la oficina me quedaría en la calle. ¿Pero qué podía importarme eso ahora? Gerardo tenía que venir a la liquidación de las oficinas. Era una obligación de su cargo. Ante la eventualidad se vería precisado a suspender sus vacaciones.

Era sábado. Según mis cálculos debía llegar, en el barco procedente de Cuba, esa mañana. Me levanté muy temprano. Me rasuré cuidadosamente y me vestí con mi mejor traje. En uno de sus bolsillos deslicé el revólver.

El muelle estaba solitario. Había silencio en los almacenes que lo rodeaban. Sobre los tablones del muelle se amontonaban las maderas de pino traídas desde los aserraderos del interior; las últimas cajas de toronjas con el cuño reluciente de la Compañía comenzaban a ser colocadas una encima de las otras por los cargadores...

El "Patria" no llegaría hasta las once. Mi reloj marcaba las nueve. Anduve un rato por las calles cercanas, la mano en el bolsillo donde llevaba el arma. ¿Vendría él en el "Patria"? ¿Podría vengarme? ¿Si Gerardo muere podré descansar y ser feliz? Su presencia gravita sobre mi vida. Temo que me destruya; temo encontrarlo y no poder matarlo. Y aquí estoy para darle muerte. ¿Qué sentirá al morir? ¿Sufrirá Elisa cuando le den la noticia? Sé que ella no vendrá en ese barco. (Gerardo no expondrá su vida). El barco aparece de pronto, blanco, parecido a una gran lata de sardinas. Bajan dos pasajeros por la escalerilla. No pude verlos bien hasta que saltaron al muelle. Uno de ellos era él. Llevaba sombrero, quizás para ocultarse de mí. Me deslicé entre el grupo que aguardaba para subir a bordo, extraje el revólver y apunté cuidadosamente a su cabeza. Algo faltaba en mi venganza. Hubiera deseado que me viera en el momento de morir; que supiera que yo, Oliverio, era quien lo mataba. Pero la felicidad no es completa en la vida. Si quería escapar de la policía tenía que ocultarme entre la gente, dispararle sin ser visto y escapar aprovechando la confusión. Apreté el gatillo y la bala no salió. Miré el arma entre mis dedos temblorosos: tenía puesto el seguro. Comencé a sudar copiosamente, casi se me resbalaba de entre las manos; no atinaba a soltar el seguro; mis nervios estaban en tensión, a punto de una crisis. El tiempo pasaba, el sol me quemaba las sienes, el pelo, la espalda. La gente se movía, conversaba. Sentí que lo que me rodeaba adquiría un movimiento vertiginoso, grotesco, como una película muda, las imágenes saltaban delante de mí. Al fin quité el seguro, busqué a Gerardo con la vista, lo rodeaba un grupo de personas. Veía su sombrero por encima de las otras cabezas. Traté de serenarme. El grupo comenzó a caminar hacia mí. Se fue desplegando y Gerardo quedó visible. Entonces me di cuenta de mi equivocación. No era él. Había cometido un error imperdonable. Regresé al *bungalow*.

XI

Comenzaron días terribles para mí. El hambre, el desempleo, me amenazaban. La liquidación de las oficinas llegaba a su fin. Nos dieron un mes de sueldo como regalía. Los empleados cubanos regresaron a sus casas; los hondureños fueron a Centroamérica, donde la "Island" había abierto otras oficinas. A mí no se me dijo nada. Supe que Gerardo sería el jefe de esas oficinas. ¿Cómo iba a llamarme a su lado? Volví a verme como antes, sin saber qué hacer. Tenía unos cuatrocientos pesos ahorrados. ¡Me convertiré en un hombre de empresa! Mi venganza vendrá después. No puedo ocuparme de tantas cosas. ¿Qué venganza mayor que triunfar? De repente supe lo que debía hacer. La memoria me ayudó. Recordé al agrónomo que realizó un plano de las riquezas de la Isla para informar a los magnates norteamericanos... Estuvo en casa a verme en varias ocasiones. Con entusiasmo habló de las tierras pantanosas del sur y del éxito que significaría sembrar arroz en ellas. Es cierto que el agrónomo siempre tenía dos copas de más, pero sabía muy bien lo que se traía entre manos. La tierra era magnífica, espléndido el negocio. Se necesitaban hombres que supieran luchar hasta vencer. Solicité a La Habana algunos libros sobre la siembra del arroz, quería conocer hasta los mínimos detalles. Yo, Oliverio, el pionero en la siembra de arroz en Isla de Pinos. Por descontado, el agradecimiento de mis conpatriotas. Invertí todo mi dinero. Por esos días recibí la demanda de divorcio. No me interesaba ya nada que no fuese el arroz y acepté. La devolví firmada al abogado. Me largué al sur de la Isla con William, que no consintió en abandonarme.

XII

La puerta del despacho de Murdock está abierta. Sigilosamente atravieso el pasillo y entro. Juan está limpiando el piso. Ha llegado la hora de marcharnos. Gerardo no viene. Juan sale con la frazada y el cubo lleno de agua sucia. Están cerradas las ventanas. Sobre la mesa encuentro una carta de Gerardo con su dirección en el sobre. La carta está sin terminar... Guardo el sobre en mi bolsillo. Están en La Habana.

XIII

Fui saltando en un viejo camión, sudando, rodeado de aperos y libros. William guiaba, silbando y sonriendo sin motivo. Me tenía ya cansado con sus dientes al aire. Yo miraba el paisaje, un brazo apoyado en la portezuela del camión, el sombrero metido hasta las cejas. Delante de mí se extendía un campo de arroz. Pequeños canales, hombres inclinados, amparados del sol por grandes sombreros, metidos en el agua, hasta la rodilla, los pantalones enrollados...

Creo que he visto una película italiana sobre la siembra del arroz. Pasa una carreta con toronjas. Gerardo vuelve a estar presente. Antes de salir, estuve en las oficinas del periodiquito de Nueva Gerona a publicar un anuncio sobre la siembra de arroz.

Mi nombre aparece en ese anuncio. Le mandé un ejemplar por correo certificado. Me he propuesto escribirle cartas amenazadoras, insultantes.

El camión salta. Vamos por un camino vecinal de tierra apisonada. Los árboles van quedando detrás. Y aparecen los manglares. Un ave blanca vuela sobre ellos, chillando. El camino termina. El camión se detiene. Abró la puerta, salto a tierra y deseo en ese momento marcharme cuanto antes. La empresa es superior a mis fuerzas. El manglar parece un cementerio de huesos clavados verticalmente en la tierra.

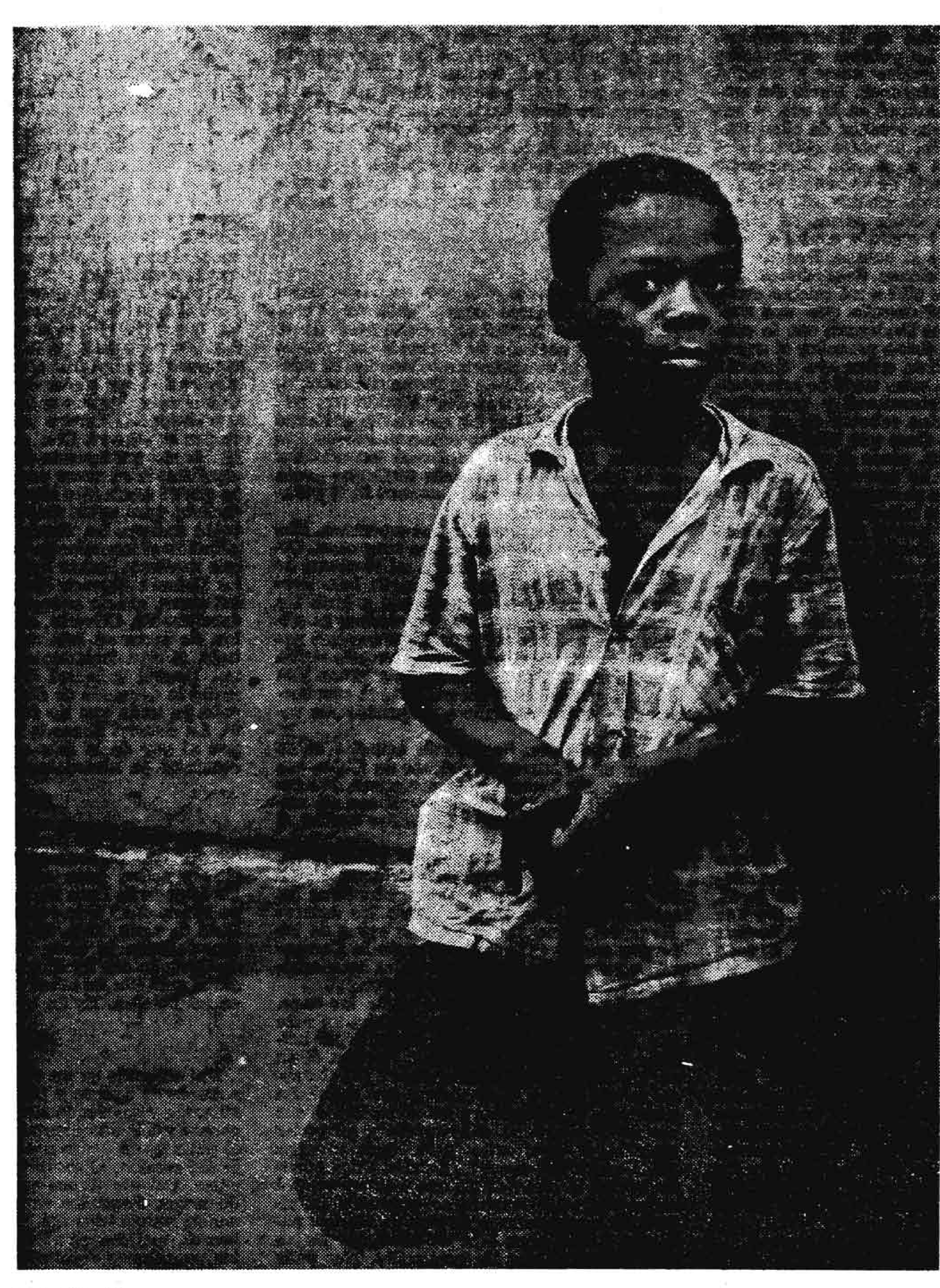
Sembramos arroz. Dos guajiros nos ayudaron. Construimos una choza. El arroz era pésimo. No podíamos transportarlo al pueblo. Los guajiros nos abandonaron. Insistí un mes más. Comíamos arroz a todas horas, por la mañana y la noche. Arroz sin sal. El agua empezó a terminarse. En un pequeño bidón guardamos lo que quedaba. No caía una gota de lluvia.

Me sentí febril. William escondió el agua. En medio de mi fiebre apunté al negro con mi escopeta. Se defendió haciéndome caer al suelo de una patada. Disparé mi rifle sin hacer blanco. El negro echó a correr alrededor de la casa. Lo perseguí. Pasaron los manglares, la casa, los rayos de la luna sobre la tierra, otra vez y otra vez, girando ante mis ojos. Me detuve, jadeante. Alguien se desplomó cerca de mí. Coloqué mi rifle en su nuca, pero no lo maté. El sudor del ejercicio me había curado la fiebre. (William cocinaba, guiaba el camión. ¿No íbamos a regresar?) Le dije que olvidara lo sucedido. La fiebre tuvo la culpa.

XIV

Sobre la mesa del comedor, debajo del frutero, estaba el periódico y las cartas que había enviado a Gerardo. El cartero había puesto en el sobre: "Dirección desconocida". Luego Juan me dijo que estaban en Honduras. Lo supo por un amigo que le escribió: "Gerardo está aquí con su mujer. Es el jefe de la oficina y gana buena plata". Creo que todo debe concluir así. Quiero que mis padres lean estas páginas. Nos sentaremos una tarde en la sala de la casa y se las leeré en voz alta. Así sabrán que las cartas que les escribía contándoles mis triunfos en el trabajo, eran un montón de mentiras. ¿No se sentirán en ridículo al recordar las que ellos me escribían pidiéndome dinero para poner en explotación la mina de manganeso? Mi padre me ve llegar desde la ventana. Entro por la verja del jardín y la cierro tras de mí. Mi madre se seca las manos en el delantal para estrecharme en sus brazos.

1956.



Raúl Martínez



UN DIA COMO OTRO CUALQUIERA

GUILLERMO CABRERA INFANTE

El trece de marzo es un día como otro cualquiera.

Amanece como siempre y como siempre anochece.

El trece de marzo de 1957 es un día como otro cualquiera: los carros de leche atraviesan las avenidas y los lecheros reparten la leche de casa en casa, comienza el ajetreo diario y los autobuses y los ómnibus se llenan de gente, los repartidores de periódicos dejan su paquete de noticias en cada casa, sabiendo que venden la historia de cada día a precios muy módicos, muchos se levantan y se van al trabajo y unos pocos regresan a acostarse después del trabajo. Unos no han dormido en toda la noche esperando a la puerta de un hospital. Otros se han levantado temprano en busca de trabajo, viendo sin poder leerlo un letrero impasible que dice: **No hay plazas vacantes.** Otros han dormido (en un parque, en un portal, bajo una escalera) un sueño miserable que espera a la muerte, que es mejor que el hambre, que es mejor que la enfermedad, que es mejor que el sueño miserable. Otros velan a sus nobles muertos en capillas lujosas o en pobres funerarias. Todos están vivos, ocupados en vivir la vida de cada día: todos viven en Cuba y son el prójimo: no todos merecen amarse, pero están ahí, presentes, viviendo:

hay cobardes
valientes
héroes
renegados
buenos
malos
dulces
resentidos
poderosos
débiles
ricos
pobres

y el país, la nación, la Isla, parece sostenerlos a todos en un momento al sol, antes de que se hundan en la miseria, el olvido y la muerte.

El trece de marzo de 1957 comenzó como cualquier otro trece de marzo en la historia: un día tranquilo, apacible, grato, sereno casi, y como todos los trece de marzo, como todos los días desde que empezaron los días, lleno de grandes y pequeñas esperanzas y vacío de esperanzas.

RELATO DE FAURE CHOMON

A las 3 p.m., en dos máquinas y un camión, salimos de la calle 21. En la primera máquina iba la vanguardia, con el jefe de la operación, Carlos Gutiérrez Menoyo y tres acompañantes más, Luis Almeida, Luis Goicoechea y José Castellanos. Detrás iba el camión con Menelao Mora y el resto de los compañeros. Al lado del chofer, Olmedo. En la segunda máquina, a retaguardia, íbamos Pepe Wangüemert, Osvaldo Díaz Puente, Abelardo Rodríguez —los dos habían escapado del Príncipe— y yo.

Si durante el camino hacia Palacio se presentaba alguna perseguidora por la vanguardia, Carlos Gutiérrez se ocuparía de entablar combate con ella, mientras los demás seguiríamos hacia adelante. Por el contrario, si la perseguidora se presentaba por detrás, sería yo el encargado de entenderme con ella, dejando a Carlos Gutiérrez en libertad de continuar rumbo a Palacio con el camión.

UNA LECCION DE SUMAR

—Ya puede hacerlo pasar. Pero hágale ver que estoy ocupado, por favor.

—Buenas tardes, señor Zaralegui.

—Quiay Cardosa. ¿Qué se le ofrece?

—Señor Zaralegui. Yo venía. Quería.

—¿Sí?

—No sé cómo desirselo. Supongo que ya Lucresia le haya hablado.

—No, no me ha dicho nada. ¿De qué se trata?

—Bueno, yo. Ya yo se lo plantié al sindicato, pero ellos disen que no pueden haser nada y yo venía para ver si era posible. Si de alguna manera. Es desir: no sé.

—Mire Cardosa. Yo no tengo mucho tiempo que perder. Si usted no me dice claro de qué se trata, lo lamentaré mucho, pero.

—Bueno, el caso es que yo nesesito un aumento.

—Bueno Cardosa, no creo que yo tenga necesidad de enseñarle los balances, pero lo cierto es que andamos mal. Los negocios no marchan como antes. Cada vez son más las trabas y los impuestos, y las ventas no aumentan. No es que tenga que cerrar, pero sí tengo que pensar, hacer reajustes, equilibrar nuestra economía. Pero nosotros no nos vamos de los negocios. Nos mantendremos abiertos con la ayuda de gente leal y confiable como usted. Es por eso que no puedo darle el aumento. Si hago una excepción con usted, sus compañeros querrán que haga una excepción con cada uno de ellos. Comprenda. Comprenda Cardosa. Póngase usted en mi lugar.

—Pero. Vea usté. Señor Zaralegui, yo no puedo vivir con lo que gano. Mi mujer tiene que operarse. A mi hija la sesantearon y no nos alcansa. Estamos pasándola mal.

—Ya mejorará la cosa, cambiarán los tiempos y podré aumentarle. Lo que es por ahora va a ser imposible.

—Pero es que estamos pasando hambre. ¿Usté sabe cuánto yo gano aquí? Vente pesos a la semana, eso es lo que gano: vente pesos, que con los descuentos se me quedan en diesiséis ventisinco.

Ya sé lo que usted gana, Cardosa. ¿Pero ha pensado cuánto es al mes? 16 por 4, son 4 por 6, 24. Llevo 2. 4 por 1, 4 y 2 son: 64. Más 25 por 4: un peso. Usted gana, Cardosa, exactamente sesenta y cinco pesos al mes.

RELATO DE FAURE CHOMON

Si durante el camino hacia Palacio se presentaba alguna perseguidora por la vanguardia, Carlos Gutiérrez se ocuparía de entablar combate con ella, mientras los demás seguiríamos hacia adelante. Por el contrario, si la perseguidora se presentaba por detrás, sería yo el encargado de entenderme con ella, dejando a Carlos Gutiérrez en libertad de continuar rumbo a Palacio con el camión.

La ruta que seguimos a través de La Habana fue la siguiente: 21, 24, calle 17 hasta la calle O, Vapor, Espada, San Miguel, Campanario, Dragones, Monserrate y por Monserrate directamente a Palacio.

Treinta y dos minutos después de nuestra salida, es decir, a las 3 y 32 de la tarde, llegamos a Palacio. En ese momento debía estar apoderándose de los micrófonos de Radio Reloj Echeverría, porque inmediatamente comenzó a leer su alocución al pueblo de Cuba, que había sido redactada por Pepe Wangüemert.

A nuestro juicio, lo que garantizaría la operación era que la guardia de la puerta de Palacio no pudiera cerrar la reja. Carlos Gutiérrez debía asegurar esa parte del plan. Todos teníamos instrucciones de no disparar hasta que Gutiérrez Menoyo lo hiciera. Ejecutó su misión maravillosamente. Carlos se tiró de la máquina, comenzó a disparar, seguido por los tres compañeros que lo acompañaban, avanzó sobre los soldados y tomándolos por sorpresa impidió que cerraran la reja.

LA MUJER DEL CORONEL

—No hace mucho, pero tengo la voz un poco tomada de todas maneras. Sí, sí, debe de ser el sueño. Tú sabes que yo siempre he sido dormilona y ahora que puedo... Espérate un momentico, mi amiga, no vayas a colgar... ¿De qué te hablaba? No, no, antes... Ah, ya, sí, hija, salimos y comimos fuera y nos fuimos después a Tropicana... No, no, en serio: Tropicana. Nos fuimos a Tropicana y pasamos una noche **maravillosa.** Tú sabes cómo es Sipriano... Eh, eh... Sí, hija, no seas boba, si yo misma me río. El se pone hecho una furia, pero yo no puedo evitar reírme. Con todo él dise que es nombre el que le ha traido suerte. Total si el General se llama Fulgencio y el hermano Hermenegildo, por qué no se va a llamar él Sipriano. Al menos eso es lo que él dice. ¿Sipriano? De lo mejor. No sé si tu sabrás que le dieron la consesión del mercado de la Lisa. Sí, hija, sí. Eso era lo que selebrabamos anoche. Senkiu, mi amiga. No, no, la gasolinera la administra el hermano de él, Deograsia. Y di-lo. A la madre debe habérsele quedado el serebro ardiendo: todos tienen nombres raros. Otro se llama Pasiano y uno que murió hase años se llamaba Metodio. Sí, claro, de dónde iban a ser, del campo: de Moa o Toa o Baracoa. Por allá, por Oriente. Bueno, yo no sé verdaderamente, pero él conoció al Yéneral por allá y juntos entraron al ejército y juntos asendieron y eso... Eso **es lo que le digo yo, pero él dise que con lo de coronel es bastante, que lo mejor es no comprometerse mucho y tener las manos libres. ¿A la Sierra?** No, mijita, nada de eso. Trataron de **mandarlo, pero él se escabulló...** Bueno, no, aquello anda tranquilo **y tú sabes lo de Curbelo,** al menos lo que se dise: sí, lo de las **dietas.** Pero todo eso es muy ajetriado y además él sabe que yo no me voy a vivir al campo por nada en el mundo y tú sabes que él no me pierde, ni pie ni pisada... Sí, sí, loquito. ¿Darle? Yo **no** le he dado nadita. Lo que está **es pegajoso.** Sí, sí, **cincuenta** y bien cumplidos. El ni se ocupa, bobita... No, si él me deja: él sabe que **a** mí no se me puede amarrar corto. Yo creo que hasta le gusta. Sí, hija, sí: todos son así. **Es** la edá: la vejés: un viejo sato. Sí, sí. Total, eso es lo que nos vamos a llevar. A mí que me quiten lo bailao. Bueno, está bien. Pon otra palabra. Pero, **por fa-vor,** no lo corras. Sí, sí, cuando tú quieras. Bueno... bueno. Hasta luego, mi amiga. Solón.

RELATO DE FAURE CHOMON

Estuve un rato sin conocimiento. Cuando recuperé el sentido oí que en torno mío golpeaban las balas y me arrastré hacia la pared de Palacio buscando protección. Pude mirar hacia el camión y ver a un grupo de compañeros que se había quedado en medio de la calle disparando hacia arriba. Traté de gritarles que avanzaran, pero el ruido de las detonaciones no permitía que me escucharan. Entonces quise acercarme a ellos, arrastrándome mientras trataba de parapetarme en las máquinas estacionadas junto a la acera de Palacio.

Inmediatamente me cayó encima una lluvia de plomo, procedente de la azotea del Palacio. Me protegí entre la rueda y el motor de un auto o una guagua. Entonces comprendí que de aquellos compañeros que estaban en medio de la calle, el fuego era tan intenso que no pude acercarme más al camión y tuve que permanecer allí inmóvil y caído, sin fuerzas para correr, porque se me iba la cabeza cada vez que trataba de levantarme.

EL CASO DE LA VIRGEN RENUENTE

—Está bueno ya, mi vida. Perdona. Yo no sabía. No quise ofenderte. Tú sabes que yo te quiero. ¿No lo sabes? ¿No lo sabes? ¿No lo sabes? Respóndeme: ¿no lo sabes?

—Sí, lo sé.

—Menos mal. Creí que me habías entendido mal.

—No, no te he entendido mal. Lo sé. Y ahora entiéndeme tú: me quiero ir de aquí, **me quiero ir de aquí, ME QUIERO IR DE AQUI.**

—Está bien, está bien. Ya te oí. No grites **que las paredes son muy finas** y ahí al lado se oye todo.

—¿Y a mí qué me importa que me oigan? **¿Te importó a ti** que nos vieran? A ti nada **te** importa nada. Te lo dije **bien claro:** no voy a entrar y tú con tus trucos y tus amenazas. **Me** voy a suicidar, me voy a suicidar. ¡Suicídate! Anda, **suicídate. A** ver si haces algo de verdad.

—Mi vida. Amor, amor.

—¡Qué amor ni amor? Es la verdad: estoy cansada **de** ti, de tus mentiras, de tus pequeñitas mentiras. Eres un miserable. Conque íbamos a ir al cine por la tarde, "porque es mejor para ver la película". Más valía que me hubieras dicho la verdad, Florencia, me quiero acostar contigo. Y se acabó. A lo mejor te hubiera dicho que sí.

—No puedo ser así. Yo no soy ése que tú pintas.

—No, qué va. Ese no eres tú. Tú eres un buen hijo, un buen ciudadano, un buen católico. Tú no eres así. Tú no te atreves a violarme. Podías haberme emborrachado **primero y después** hubieras hecho conmigo **lo que te hubiera dado la gana.**

—Florencia...

—Me quiero ir de aquí. Este lugar es fúnebre: mira, parece un necrocomio. Además es vulgar, es sucio. Me **quiero** ir.

—Nadie se siente bien **aquí,** Florencia.

—Tú. Tú te sientes bien aquí: eres tan vulgar y tan sucio como este lugar.

—Florencia...

—Nápoles y Roma. Son tres ciudades **de Italia.** Vámonos de aquí. Si no te vas tú me voy yo sola.

—Está bien.

—Vea.

—¿De qué te ríes?

—Mírate: te pareces a este lugar.

RELATO DE FAURE CHOMON

Además, estaba desarmado. Debido a los balazos que recibí se me cayó el M-3 que portaba y las granadas que tenía en la cintura las cuales, por otra parte, saltaron al contacto con las balas. Sólo me quedó una caja con 50 tiros.

Una hora y minutos estuve allí, todo el tiempo que duró el ataque. Entonces comenzó la retirada. Un compañero que había entrado en Palacio, Alfonso, recogió a Olmedo, arrastrándolo. Recuerdo también que trató de arrancar un automóvil, acaso el de Carlos Gutiérrez y no pudo lograrlo.

El compañero siguió por la calle corriendo y esquivando las balas que le seguían, hasta otro auto. Alfonso me vio. Me dijo algo que no recuerdo bien, se acercó con la máquina al auto detrás del cual estaba yo y me ayudó a montar con él. Luego fue hacia donde yacía Olmedo y lo recogió también.

La máquina tenía muchas perforaciones. En el momento en que nos alejábamos de Palacio, el cristal de atrás cayó hecho polvo. Salimos por Colón hacia Prado. El compañero Alfonso me pasó un M-3 que traía. Con el brazo izquierdo me apoyé en la ventanilla y seguimos. En Prado y Colón había un grupo de policías entre el público. Nos vieron. Yo les apunté, pero ellos se cruzaron de brazos, como si quisieran demostrar que no tenían intenciones hostiles. No les disparé.

SOLAMENTE PARA LA SERVIDUMBRE

—y le dije, mira mad vale que udté lo haga podque lo que ed yo, no lo voy a haced y me dijo, miren que udtede edtán fredca, y yo le dije, y quiened son udtede, y no me redpondió **nada y se quedó calladita y lo tuvo que hased ella solita.**

—Mi hermana, tu ere candela.

—¡Y de la brava! ¿Udtede saben lo que había dicho ella anteriormente? Pued que yo la había sorprendido hablando pod teléfono y hablaba bajito y todo, pero como yo tengo oído de tubedculosa la cogí en el brinco. Desía, quevá mijita, hablaba con una amiga, y desía, pued quevá, yo no me compro lavadora eléctrica desa, aunque lad den regalada, desía, pued mientrad halla una negrita que tenga que ganarse la vida, no gadto un kilo en corriente, desía: me salen mucho más barata.

—Tan frejca. Si hay ca uno. El proglema mío no ej con la señora, si no con el **ca-ba-lle-ro.** Todoj loj diaj viene y me come con la vijta y cuando no me toca por un lao me toca por el otro o por el otro. No tengo una parsela de cuerpo que no me haya tocado. Y no pueo decir na. Figúrense ujtedej que yo he tratao de dejar ese trabajo, todo ejto por no darle un dijusto a la señora, que ej un almedió, pero no he encontrao un buen chanse entodavía.

—Bueno, caballería, aquí me quedo. Uruguay.

—Miamiga, ¿y en donde tu va a pasal la Nochebuena?

—Pero, ¿y que ej lo tuyo, muchachita? Falta un año entodavía pa la Nochebuena.

—No, yotelo pregunto, polque como luego se folman eso barullos yeso correcorre, no fueraser...

—Puej mira, te lo voy a desir: en mi mansión de la Ripiera.

—Será de la Riviera.

—No, no, de la **Ripiera,** de la chusma. Aquí me quedo, caballero.

—Que te divierta... y gaste de lo ajeno.

—Esta Ñica es tremenda.

—Eh, ¿y pol qué tú?

—¿A que ustede no saben lo que pasó el otro día?

—No, mi amiga.

—Cuenta, cuenta.

—**Que se rompió el elevador fisno y tuvo que coger el**

de nosotra nada menos que don Her-me-ne-gir-do Tapia. El mismitico que viste y carsa.

—¿Y qué hiso?

—Taparse la narí. Al menó, mijita, cara deso puso.

—Llegamo, niñas.

—Hasta luego, mi amiga. Ete e mi piso.

—Ay, me quedésola. Qué bueno. Con las gana quetenía de rascalme. Es que luego critican.

RELATO DE FAURE CHOMON

Cuando los compañeros llegaron al segundo piso se dividieron en dos grupos. Uno cogió, con Carlos Gutiérrez, por el ala izquierda y los demás con Carbó y Menelao y otros, por el ala derecha. Carlos Gutiérrez, Pepe y otros llegaron hasta la terraza norte y el Salón de los Espejos. Desde allí observan que hay policías atrincherándose en la Avenida del Puerto y les hacen fuego desde el mismo Palacio. Siguen hasta el despacho de Batista. El grupo que ha ido por el otro lado se encuentra con el primero y se reconocen por el grito de "Directorio", que era la consigna. Entonces, cuando todos estaban en el despacho presidencial, suena el teléfono. Contesta Pepe Wangüemert. La pregunta que le hacen es ésta: ¿Es cierto que han tomado Palacio y matado al presidente? El contestó: "Sí, le habla un miembro de la milicia armada. Acabamos de tomar Palacio y hemos matado a Batista".

En medio del fuego, vuelve a sonar el teléfono. Acude Pepe. Machadito le grita: "Está bueno ya. Deja el teléfono, que nos van a matar a todos".

Ya hay algunos compañeros heridos. Machadito tiene un tiro en la pierna, Carbó, una herida de bala en el pie. Menelao está sentado en el suelo, al parecer herido. Muertos Esperón, Alfonso Delgado y algún otro. Entonces es cuando Carlos Gutiérrez se lanza a la escalerilla y da la orden de subir hacia el tercer piso.

Ahí es donde Carlos baja y se dirige hacia la escalera del segundo piso a los bajos, para ordenar que suban más compañeros, pero había gente de la guardia de Palacio que tenía dominada la escalera. Machadito y Carbó se han dado cuenta y le gritan que no avancen, pero no hubo tiempo. En cuanto Carlos y Castellanos entraron en la escalera recibieron una ráfaga que los fulminó. Ellos miraban tratando de ver de dónde les disparan y no lo veían. Entonces tiraron hacia arriba granadas de mano y cartuchos de dinamita que detenían el fuego cuando estallaban, pero éste volvía a comenzar en seguida.

¿QUIEN MATO A ESPERANZA PAZ?

—Ya se lo he dicho, señora: no hay nada que haser. Todo lo que le queda es firmar.

—¿Pero no e posible que me epere hata el quinse? Mire, a mi marío l'han ofresío un pueto y entonse pagaremo to lo que debemo.

—Mire, señora: ustedes deben tres meses. Han vivido el fondo y tres meses más. Ya no tienen ningún derecho. Si están aquí es casi por casualidá...

—Por casualidá, por casualidá. ¿Ya uté vio el letrero afuera?

—¿Qué letrero?

—Ese: "Habitasionej a presioj módicoj. Algunaj con diaj gratij". Habitacionej a precioj módicoj. Esa ej la primera parte. Ahora estamoj viviendo loj diaj gratij que anunsiaban. Usté sabe lo que es ejto: Una porquería, un calaboso: sin luj, ni aire, con mi hija enferma, llorando todoj loj diaj, por no tener aire ni luj. Ejto ej la mierda de la mierda.

—Yo lo comprendo, señora. ¿Pero qué quiere que haga? Yo no soy el arquiteto, ni soy Sarrá. Dese cuenta: yo soy el cobradol: yo no soy más que un cobradol y lo único que puedo hasel lo hise: he aguantao la demanda. Pero en la ofisina me han mandao pacá de nuevo. ¿Qué pueo hacel yo?

—Y nosotros, que vamoj hacer: Mi marío ejtá sin trabajo, m'hija ejtá enferma hase tiempo, yo he perdío toas las cojturaj. Ahora toaj están locaj con laj modaj esaj de Parí. ¿Cómo voiyó hacer modaj de Parí? ¿Me ven cara e'francesa?

—Bueno, señora, yo lo siento, pero tiene que filmal aquí

—Oigame, pero, ¿no pueden ejperarnoj? Trej díaj, dos diaj...

—Ya le dicho que no: niún día más.

—¿Un día? ¿Qué ej un día? Un día solamente.

—No, no, no puede sel. Es imposible.

—¿Veinticuatro horaj? Hajta la noche. Quisá mi marío encuentre algo.

—Mire, señora, yo tengo mucho quehacel. Tengo que cobral to esto y tengo que entregal lo que é cobrao. ¿Filma o no filma? Le avielto que si no filma vengo con un polisía.

—Pero compadre, ujté ej de loj delloj. ¿Cómo ej que ujté que ej tan pobre como nosotroj se pone de parte dello?

—Señora, pol favol, pol amol de Dió. No m'haga eso. ¿Usté no se da de cuenta que yo me gano la vida en esto? Ya mi trabajo es duro. No lo haga más difisir, se lo pido pol su madre, pol lo que más quiera: usté y yo estamos cogíos en la misma trampa. ¿No se da de cuenta?

RELATO DE ARMANDO PEREZ PINTO

—Yo estaba en Colón y Zulueta, más acá del hotel Regis, en el Parque América Arias, con Portela, cuando vi llegar las dos máquinas y el camión, y cómo Carlos Gutiérrez Menoyo barría la puerta. Entonces Domingo, primero se sitúa para entregar las armas que estaban en el camión situado junto a la Tabacalera. Yo me dirijo, de acuerdo con lo convenido, a llamar a José Antonio Echeverría para informarle que el ataque ha comenzado. Pero cuando me encaminaba a hacerlo, al pasar por una guarapera oí que ya José Antonio estaba hablando por Radio Reloj. La arenga por radio y el ataque se produjeron simultáneamente.

Además tenía que llamar a unos contactos que había en La Cabaña y en la Radiomotorizada que debían responder. Esa gente sabía que íbamos a hacer algo, pero no sabían qué. No respondieron esos contactos. Eran gentes que querían que les presentáramos la cabeza de Batista en una bandeja de plata antes de decidirse.

Cuando regresé nos encontramos Domingo y yo en el parque. Los comandos para la operación de soporte no aparecían. Domingo había dejado el camión con la puerta entreabierta para facilitar la operación. Decidimos esperar. Los disparos de dentro se oían claramente.

UNA POLIZA DE POSTRE

—Mira, Eusebio, es una cosa en la que vas al seguro...

—Pero, chico, si a mí no me va a pasar nada.

—Porque cobras siempre y la prima. No, si yo no digo que te vaya a pasar algo, sino todo lo contrario. Tú estás hecho un tronco...

—Díselo tú, Xonia.

—Ay, Pipo, viejo.

—...y eso y Dios quiera que no te pase nada, pero un seguro es siempre un seguro...

—Seguro.

—Mira Eusebio, la prima es una bobería. ¿Qué son para ti mil al año?

—Una bobería, eh, nena.

—Claro, Pipo.

—Claro que una bobería y con eso tienes derecho a una póliza contra todo riesgo.

—¿Contra riesgo político también? ¿Por qué no me vendes un seguro anti-golpe de estado? ¿O mejor: antielesiones?

—AntiFidel.

—Ten cuidado con lo que dises. Yo no le tengo miedo a ese tipo y si ese tipo tumba al General, yo me corto... la cabesa. ¡Pero no le tengo miedo! ¡Ni a él ni a nadie!

—Claro, claro, viejito. Ese Fidel Castro se queda en la Sierra, sembrado. Ya tú verás.

—Ay, Pipo, si yo no lo dije con intensión.

—Está bueno ya, puchunguita. No es para tanto. Te lo digo para que lo sepas: en mi mesa no se mienta a ese comunista.

—Una póliza es un antídoto, Eusebio...

—Un anti-dóctor, mejor.

—Hástela, Pipo. A lo mejor la nesesitas... un día...

—O una tarde. A las... cuatro...

—Ay, Pipo, mira que tú eres...

—Bueno, qué, Eusebio.

—Compadre, Tulio, mira que tú j... eringas. Esta bien Dame acá. Me ha salido caro ser condiscípulo tuyo...

—Pipo... Pipo...

—¿Qué Puchi...?

—Pipo, ponla a mi nombre, ¿quieres?

RELATO DE CARLOS FIGUEREDO

Iban conmigo en el auto, además de Echeverría, Joe Westbrook, Fructuoso Rodríguez y Otto Hernández. Seguimos por M hasta Jovellar, atravesamos L y al pasar junto al costado de la Universidad, nos enfrentamos con una perseguidora. Como teníamos orden de obstaculizar cualquier refuerzo que acudiera al Palacio Presidencial, detuvimos el auto en medio de la calle, chocando de frente con la perseguidora. Casi simultáneamente con el choque, yo disparé contra la perseguidora y recibimos una ráfaga de ametralladora que atravesó en línea oblicua el parabrisas. Nadie fue herido de bala. Agachados descendimos del auto por la derecha. El primero en apearse fue José Antonio Echeverría, que avanzó sobre la perseguidora disparando. Se le acabaron los peines de la pistola y entonces extrajo el revólver que le había quitado al sargento del Ejército en los portales de la CMQ. Un policía que estaba sentado en el asiento posterior de la perseguidora disparó contra él, matándolo. Echeverría cayó al lado mismo de la perseguidora.

Nos parapetamos detrás de un poste de hierro y un murito que hay en la esquina. La pistola de Fructuoso Rodríguez no disparaba porque tenía una bala trabada. Era una pistola y la habían cargado con balas norteamericanas. Joe Westbrook disparó contra los policías con su M-1. Yo estaba ya sin balas.

POR LA LIBERTAD DE PRENSA

—Aquí tienes, llevaselo al regente. Dile que el preámbulo va en ocho negritas, a medida veinte. "Dos muertos en riña tumultuaria", no. Me sobran tres letras. "Dos muertos en riña" primera línea, "provocada por deuda", segunda línea. Eh, Flavia, ¿qué haces? Hace rato que te veo luchando con el papel en blanco.

—Estoy haciendo una información. De primera plana. Esta hay que publicármela de todas maneras, César.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

—Es un palo. Deje que la termine y se la paso.

—Bueno. Estoy ansioso por verla.

—Descuide, que yo también lo estoy porque la vea. Esta me la publica seguro. Es un palo.

—Termina y pásamela.

—¡Ya está! Una verdadera obra maestra.

—¡Vaya! Mira, Cheo.

—Un momento, vidita. Esto sí que está bueno, no cuelgues el teléfono. ¿Por qué no lo publicas en primera plana, César? ¡Muchacho, te la comiste! Esto sí que es un palo. La noticia del año...

—Caballeros, por su madre ¿qué es lo que pasa?... ¿Dónde está el chiste? Miren que yo no he escrito un entrefilet. Es una noticia más bien seria.

—¿Dónde leíste tú esto?

—En el cable.

—¿Y tú crees que el cablista está allí pintado en la pared?

—Pero es que eso es una información...

—Mira Arturito, te voy a dar una lección de periodismo. ¿Cuál es el título de la información?

—Yo me lo sé de memoria: "Desastre aéreo — 68 muertos en otro accidente — es el tercero en la semana".

—Bien. Eso mismo dice. Bueno, ahora quiero hacerte una pregunta. ¿Quién es el dueño de este periódico?

—Vilaboy.

—¿Y de qué otras cosas es dueño Vilaboy?

—De un central azucarero.

—¿Y de qué más?

—De Cubana de Aviación...

—¿De Cubana de Aviación? Entonces, ¿cómo crees que vamos a publicar y en primera plana, la noticia de un desastre aéreo? ¿Tú quieres que la gente se niegue a viajar por avión? Esa no sale ni en una plana interior. ¿Tú sabes cuál es noticia de primera plana? Toma...

—Choque de trenes en Milán — muertos y heridos. ¡Pero eso salió ayer en "Avance"!

—Y sale hoy aquí de nuevo. Esto es un periódico: un diario al servicio de los intereses de la comunidad. El periodismo es un sacerdocio vivo.

RELATO DE TONY CASTELL

A las 3 y 27, posiblemente cuatro minutos después que la primera máquina, saltamos de otro auto Juan Pedro Carbó, Machadito, León Yeras y yo. Debíamos tomar el parqueo de Palacio y sentí cierta sorpresa regocijada cuando oí que los propios guardaespaldas de Batista, los famosos "tigres", salían volando ante nuestra presencia... Pero no contamos que en el café que está en la misma esquina de Monserrate y Chacón había siempre soldados y policías de Palacio y marineros amigos suyos, que se reunían a matar el ocio tomando y jugando a los dados. Desde allí partió el primer ataque contra nuestro grupo. Las primeras balas matan a León Yeras. Luego hieren a Carbó. Al cabo yo siento que me han herido en una pierna. Carbó ha perdido los espejuelos y la ametralladora. Pero con su pistola y su gran coraje sigue hasta la entrada de Palacio, a tientas, tocando la pared para guiarse. Machadito ya ha entrado, corriendo en Palacio. Yo me dirijo hacia el centro del parque Zayas y a mi lado una calibre cincuenta traza un rastro, levantando el pavimento como si fuera de cera, derritiendo el asfalto, el concreto, clavando los plomos en la yerba. Me parapeto tras la estatua. Avisado no sé por qué me viro y veo a un marinero que me apunta a la espalda. Salgo al centro del parque y le tiro. Creo que lo maté. Pero había dado la espalda al Palacio de Bellas Artes y desde allí me hace fuego un guardajurado, uno de esos policías que cuida Bellas Artes. Le hago fuego. El policía se esconde. Puedo ver en el suelo, herido, a Orlando Martínez. Corro y me guarezco en la quincalla que está en el Sevilla. Allí hay dos muchachas, que se asustan de mi aspecto. La pierna me sangra. No tengo ya parque. Decido dar la vuelta a Palacio y entrar por el fondo, para aprovisionarme de balas y posiblemente de otra arma. Pero cuando doy la vuelta, veo que en la puerta del Ministerio de Defensa tienen emplazada una ametralladora calibre 30 y están disparando contra Palacio. Trato de dar marcha atrás y en ese momento se me acerca una ambulancia de la Cruz Roja. Intentan llevarme a curar. Yo sabía lo que esto significaría: estar solo en un hospital o en una casa de socorros, a merced de la policía. Les digo: "No, no. Yo estoy bien". Cuando insisten los amenazo con la pistola —que no tiene ya una sola bala— y echo a caminar rumbo a la Universidad. Son cincuenta cuadras y sangro. Por el camino, en un café, oigo la noticia de que José Antonio Echeverría está muerto. Ya no tiene objeto ir a la Universidad. Estoy en Virtudes y San Nicolás. La pierna me sangra aparatosamente y la gente me mira asombrada. Decido refugiarme en casa de mi abuela que vive en San Lázaro. Desde allí pude hacer contacto con Faure, con Carbó, con Machadito y el resto de los supervivientes del asalto a Palacio. Es decir, estos contactos los hice casi una semana después.

LA BELLA CUBANA

—¿Y qué tú me dices de Rosita Fornés? ¡Está fenómeno!

—Yo prefiero a Blanquita Amaro...

—Está muy vieja...

—No digas eso, compadre. Ni jugando. Blanquita está durísima, durísima...

—La verdá e que a mi no me gusta. Tú has visto a Mayra Freire...?

—¡Eso es un tiro!

—Compadre. Tú ve que tiene pol aquí y pol allá y pol más allá. E la bola del mundo!

—¿Y Olga Chaviano?

—¡Muchísimo mejol que Brenda!

—¡Pero tú te acueldas deso!

—¿De Brenda?

—Sí, cómo no. Yo la veía en "Bohemia" y eso.

—Pero si e un bacalao.

—Pero yo no digo que me avocara, socio, yo digo que la veía en la revitas y pol ai. Ella era muy famosa.

—Fama na má. Oyeme, ¿tú has visto una mulatica que va mucho pol allá po la Calzada?

—¿Pol Marianao?

—Sí, pol allá po donde vive Utasio.

—¿La que tiene un hermano que está en la Sierra?

—La misma.

—¿Quel novio entró con nosotro en el ejército?

—Esa.

—Si, ¿qué pasó con ella...?

—No que a mi siempre se me ha paresio a Glady Sikal...

—¡Compadre yo que creía que usté iba a desil otra cosa! ¡Mia que a usté se le ocurre!

—¿Tú dise de enredalme con ella? ¡Si eso es arisco!

—Entonses a qué mensionarla.

—¿No estábano hablando e jeva...?

—Sí, pero no de veldá.

—¡A no, yo le dije polque me se ocurrió...

—No, etá bien. Lo que pase que uté...

—Oyeme, ¿tú has visto a Selia Crú? A mí no me guta la cara, mi helmano, pero el cuerpo que tiene esa negra vale un...

RELATO DE RICARDO OLMEDO

Al llegar a Palacio, se detuvo la máquina principal frente por frente a la puerta de la calle Colón y Menoyo mató personalmente a los cinco soldados que custodiaban la puerta. Fue entonces que me tiré del camión, que iba pegado a la máquina y disparé dos ráfagas de ametralladora y lancé una granada contra la puerta que da al patio, para dar tiempo a que todos los hombres se bajaran del camión.

Una vez en tierra los demás, penetré en Palacio, por la puerta izquierda, tratando de ganar el patio. Allí, me hirieron ya dentro. Herido, casi sin sentido, me arrastré hasta la calle, donde vi a Chomón y Alfaro, que me llevaron al Calixto García.

Las cosas habían comenzado mal ya desde el día 11, cuando manejaba el camioncito del jardín "Fin de Siglo", en que trasladaban las armas. Iba a recoger unos fusiles antitanques que tenía Juan José Alfonso, manejado por Dagoberto Castro Pillado. El camión tuvo un encuentro con la Policía en San Miguel del Padrón, donde Dagoberto resultó herido en los pies. La Policía ocupó el camión, pero teníamos otro que disfrazamos de carro de leche, donde llevamos armas y que iban a utilizar los refuerzos de la operación de apoyo. Pero por un error este camión se quedó en Luyanó. También en el Chateau-Miramar quedó una camioneta con un toldo por arriba donde se colocó una ametralladora calibre 50, montada por Casio Martínez. Casio desapareció hace seis meses a causa de un chivatazo que desde la cárcel dio Hiram Pérez. El cadáver del pobre Casio no ha sido encontrado.

Menelao venía dentro del camión y como yo fui el primero en caer herido, no supe cuándo ni dónde cayó. Aunque muchos me han dicho que murió en el parque, en la fuente, luego de entrar y salir de Palacio. Yo no recuerdo más que mucha gente subiendo por sobre mí, saltando sobre mi cuerpo que está atravesado en la escalera, mientras trataba de arrastrarme hasta el portal, hasta la calle.

LOS LEJANOS RUIDOS DE LA LIBERTAD

—Ahora.

—¿Se ve algo...?

—Ni jota.

—Mira bien.

—¿Qué tú dices...?

—¡Que se callen!...

—Abajo...

—Ya. Los otros.

—¡Arriba!...

—¿Se ve algo?

—Nada, nada.

—Mira bien.

—Estoy mirando bien. Lo único que me falta son los anteojos. No se ve nada. Ni se oye nada ahora.

—Caray y nosotros aquí encerrados.

—¿Qué rayos será...?

—No te quepa la menor duda, es una cosa gorda...

—Sí, el tiroteo dura hace rato... Y esta gente se ha puesto muy mansa de pronto.

—Y estar incomunicados aquí...

—¡Cállense, caballeros!

—¡Abajo!...

—El otro, tú.

—¡Ahora!...

—Les toca a ustedes.

—¿Para qué? Total, no se ve nada...

—Caballeros, no discutan y súbanse, que les toca a ustedes.

—¡Dale!...

—¿Se ve algo?

—Nico.

—Mira bien.

—Estoy mirando bien.

—Mira bien.

—¡Sió!

—Compadre, y mira que nosotros estar presos aquí.

—Con la cantidad de cosas que están pasando afuera.

—Y lo que se puede hacer.

—¡Abajo!..

—De nuevo.

¡Arriba!...

—Mira a ver.

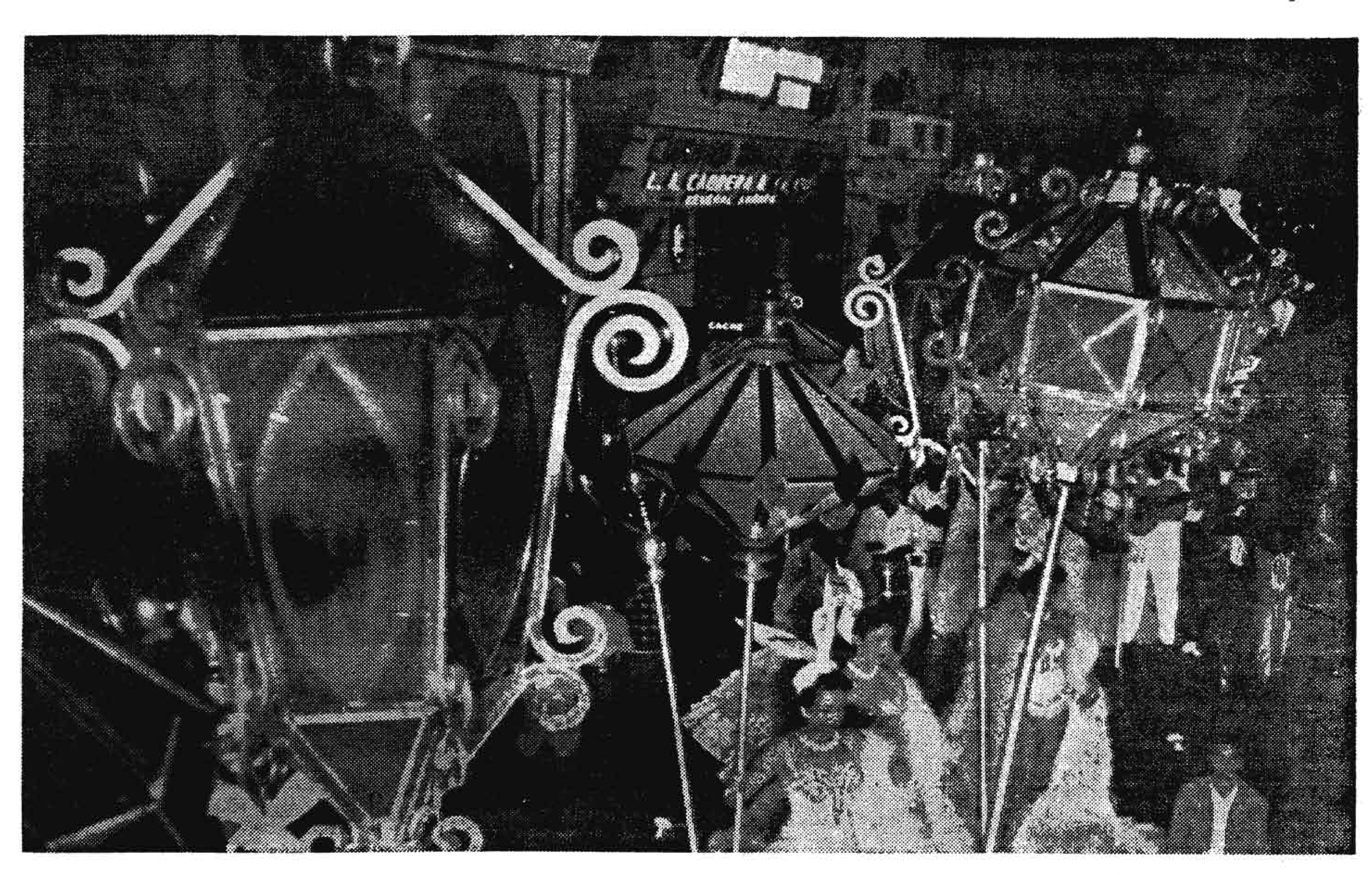
—Estoy mirando.

2 AÑOS DE CINE

FAUSTO CANEL

Hablar de mis dos años de labor en cine documental es una tarea difícil. No por hipócrita prurito de falsa modestia, ni por la injusta subestimación que muchos cineastas hacen de su labor en cine documental. Para mí el documental es un género independiente, con características y posibilidades propias y diferentes al del llamado cine argumental de largo metraje. Por otra parte, muchos cineastas importantes en la historia del cine —Ivens y Flaherty, entre otros— han dedicado toda su obra al cine documental. No, no es una cuestión de subestimaciones o categorías. Es más bien la insuficiencia de una obra, todavía demasiado en ciernes, para resistir ni siquiera la crítica parcial de su propio autor. No creo que la autocrítica pueda jamás ser objetiva: siempre será por lo menos justificante.

Mi labor en el cine comenzó quizá la



primera vez que vi cine con un mínimo sentido crítico. Allí, por primera vez, comencé a comprender que mi mayor vocación era colocarme detrás de una cámara... y hacer cine. Pero el problema entonces era encontrar esa cámara. Mi primer documental fue realizado en colores, en 1956, para la Universidad donde entonces estudiaba. Antes había comenzado un corto "experimental" argumentado, utilizando como base un cuento cubano publicado por la revista "Carteles". Pero el fotógrafo se enfermó, el dinero se acabó y el proyecto quedó engavetado para siempre. Con el triunfo de la Revolución tuve la oportunidad de comenzar a trabajar para el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos. Para los que comenzaban conmigo después de muchos años de infructuosa labor en favor de la industria cinematográfica en Cuba, el comienzo de esta nueva labor ya en función de un objetivo verdaderamente industrial y revolucionario era el final de una larga etapa

definitivamente superada. Para mí era no más que una situación privilegiada y no exenta de una mayor responsabilidad revolucionaria y creadora.

Mis primeros documentales tenían una intención didáctica. Cuando se hace una película sobre la siembra y el cultivo del tomate o sobre la organización y utilidades de las cooperativas agropecuarias, para instruir al campesino en sus nuevas responsabilidades agrícolas, el cine documental adquiere un significado mayor: deja de ser un documento para ejercer además una función docente. Junto a esto, mi intención era más pretenciosa. Con cada documental traté de lograr la atmósfera verdadera de entusiasmo que encontré en las cooperativas visitadas. Para alguien que como yo había vivido siempre en la ciudad, el conocer íntimamente la realidad campesina en medio de una revolución agraria era una experiencia inolvidable. Un cineasta que pretendiera recrear aquella realidad no debía limitarse a mostrar lo más simple y objetivo de las labores campesinas. No debía limitarse a que su película fuese didáctica exclusivamente en lo referente a las formas físicas de organizar y sembrar una cooperativa. Debía ser didáctica también en un sentido más amplio: debía mostrar la atmósfera específica de una determinada actividad humana en un momento determinado: la vida del campesino cubano en tiempos de revolución. No creo que "El Tomate" o "Cooperativas Agropecuarias" hayan logrado esto de una forma total. Vista ahora, creo que son películas muy deficientes, como lo pueden ser las primeras películas de un director novato. Pero en ella se puede percibir esta intención.



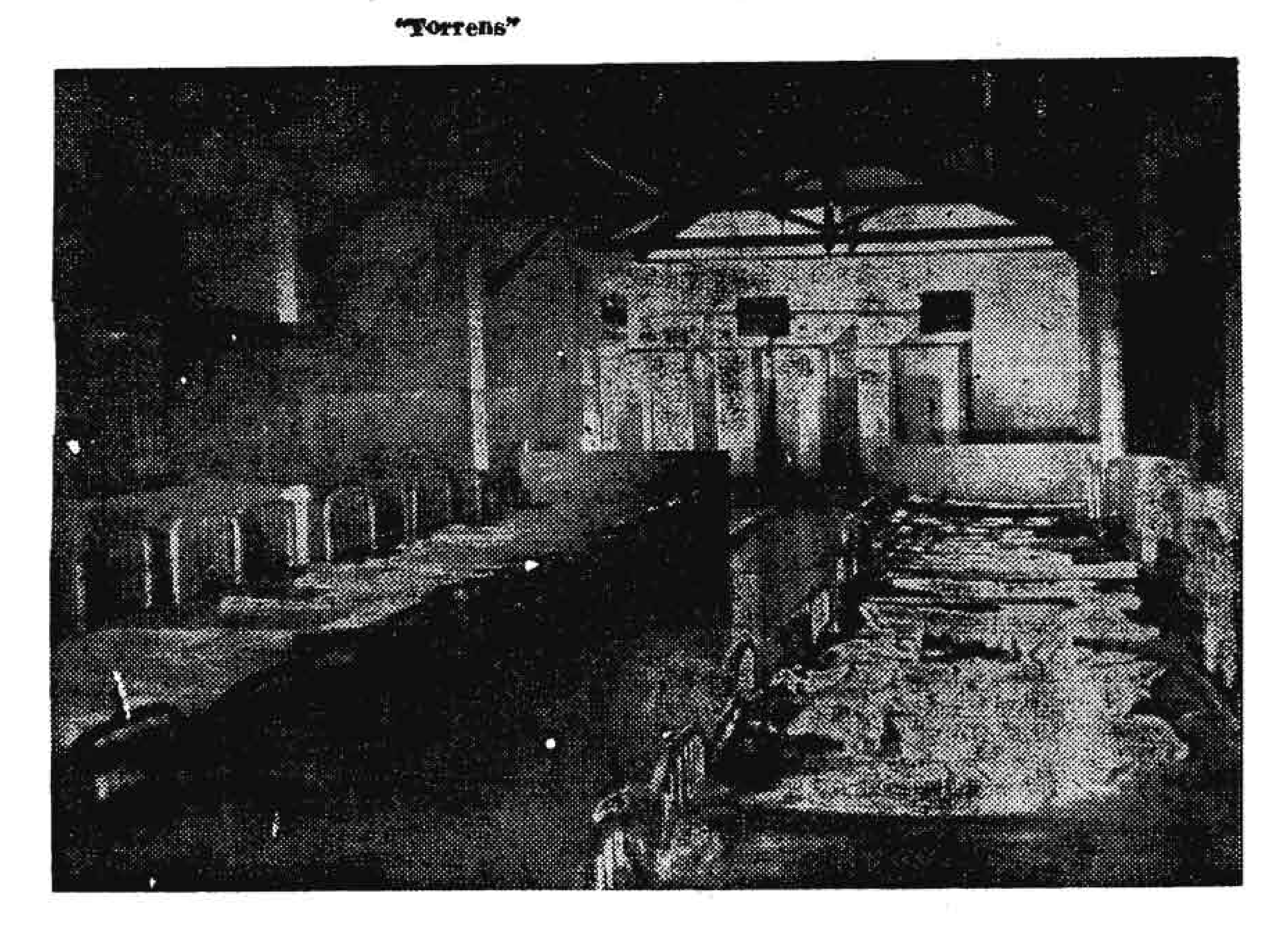
"Cooperativas Agropecuarias"



"El Tomate"

Fotografía: Harry Tanner y Néstor Almendros Jorge Herrera, Minervino Rojas

"Torrens"



"CARNAVAL" fue mi siguiente película. Aunque fue dirigida y escrita en colaboración con José Massot, la responsabilidad no dejaba de ser la misma. "Carnaval" fue concebida también como una película de atmósfera: la atmósfera violenta del carnaval habanero y la atmósfera atávica de La Habana Vieja de noche. Su función era una función turística: mostrar la realidad de unas fiestas y la amabilidad de una ciudad al posible visitante extranjero. Pero también tenía una intención política: mostrar un pueblo que goza en contra de las mentiras sediciosas del enemigo de afuera y mostrar la alegría del momento en comparación con la fingida alegría de los carnavales de otras épocas. Para mí, los fallos fundamentales de "Carnaval" hay que buscarlos en la concepción de los personajes y de su historia. No hay una lógica definitiva ni una justificación suficiente para desarrollar el argumento. Pero hay quien dice que en esa misma ingenuidad argumental se encuentra el mayor encanto de la película. "Carnaval" es, de mis documentales, el que más me gusta desde el punto de vista técnico. Creo que hay momentos de atmósfera conseguida en virtud del color, del montaje y de ese tipo de filmación que ahora la moda viene a llamar "free cinema".

"Torrens" es un estudio somero de las causas y consecuencias de la delincuencia juvenil. El punto de partida eran las mejoras experimentadas en el reclusorio de varones de "Torrens" y los métodos encaminados a evitar —social, económica y educacionalmente— los muchachos delincuentes. Hay en la película un premeditado intento formal de conseguir un tipo de exposición fluida, dinámica, que a mi juicio le iba bien a la exposición objetiva de los cambios físicos experimentados en la institución comparándolos con la realidad anterior de la misma dependencia. A diferencia de lo que ha gustado a algunos la secuencia del "Torrens" antiguo, creo que, cinematográficamente, lo mejor de la película es la secuencia de los niños callejeros. La primera es una secuencia exclusivamente técnica: la cámara se limita a pasearse en busca de una prueba objetiva; en la secuencia de los niños callejeros que corren frente a la cámara mostrando su propia vida, el cine no sólo es técnica: es también documento directo de la realidad. Que es para mí su cualidad por excelencia.

• MI TIA LEOCADIA •



Y EL PALEOLITICO INFERIOR

La otra tarde entré en ese inmenso almacén de cosas útiles y de cosas inútiles que llamamos en Cuba "el Ten-Cén" y que levantaron los norteamericanos con el nombre de Woolworth's en la fachada, que nadie nunca pudo pronunciar, que se encuentra por todas partes del mundo y que en La Habana es más lujoso que en ninguna otra parte gracias al éxito fabuloso que alcanzó, porque cuando lo trasladaron a la esquina de Galiano se convirtió en una especie de círculo social para todas las clases.

En ese gran club donde todos hemos matado tantas tardes, los jóvenes suelen conocerse y mirarse furtivamente por encima de los mostradores para darse quizás los más audaces una cita amorosa en un cine oscuro o en la posadita de Rayo, para luego no amarse más y volver a mirarse furtivamente por encima del mismo mostrador tratando de que los pasillos no coincidan; hay señoras bien vestidas que engullen enormes cantidades de alimentos en medio de una batahola inmensa, mientras se cuentan sus enfermedades con el rostro encendido por una dura determinación de vivir, y hay, entre otras muchas cosas, señores desteñidos que van a deslizar las manos entre el mujerío que se apretuja ante los mostradores.

Yo pensé con lástima, mientras meditaba en la posibilidad de un café con leche, que la gente muy joven tenía la desventaja de no tener recuerdos y que ni siquiera sabía que no hace muchos años el Ten-Cén había estado en la esquina de Amistad y en su lugar había una tienda de buenos burgueses españoles, que tenía dos torres, y que en la otra esquina había un café de espejos inmensos donde iban los políticos gordos de jipi a pasar la tarde y que tenía unos reservados de aire cómplice que daban a Rayo, que eran para mí la suma del pecado. Pero luego pensé que la gente muy vieja pensaría con lástima que yo, en comparación con ellos, no tenía recuerdos y ni siquiera sabía qué había en el Ten-Cén cuando el edificio de las dos torres aún no existía, y que a su vez los muertos los compadecerían a ellos por no tener recuerdos de cuando la esquina no tenía aceras y la calle no estaba empedrada y la cruzaban esclavos en sus menesteres diarios o campesinos trayendo las vituallas a la ciudad desde las huertas vecinas, y más lástima o más envidia aún por los que están por nacer, que no tienen recuerdos y que a su vez, cuando sean viejos o muertos, compadecerán o envidiarán a sus descendientes por la ausencia o la abundancia siempre renovada de recuerdos. Y pensé en una cosa que nunca había pensado mientras una dependienta muy gorda y muy bella me servía el café con leche sentado cerca de la puerta de San Miguel. Pensé que siempre habrá más muertos que vivos, que la suma de los que han muerto siempre será enormemente mayor que la suma de los que en un momento dado viven sobre la tierra, y que el número de muertos se agiganta constantemente, y releí con la mente la necrología del periódico de la mañana y comprendí esa especie de satisfacción que siempre siento al leerla, satisfacción de matemático que ve sus cálculos confirmados con cada día que pasa. Pensé que vivimos rodeados de muertos, sobre los muertos, que en número inmenso nos esperan tranquilos en los cementerios del mundo, en el fondo del mar, en las capas innúmeras de la tierra que nunca volverán a ver el sol, y que posiblemente, sin que nos percatemos de ello, hay cenizas suyas en el cemento con que levantamos nuestras casas, o en la taza que llevamos a la boca cada mañana, cenizas de rostros y de ojos y de manos, que permanecen junto a nosotros todo el tiempo que duran nuestras vidas y que nos rodean y están junto a nosotros y debajo de nosotros y encima de nosotros. Pensé en los inmensos osarios del mundo que se convierten en polvo que el aire dispersa y nosotros respiramos, y pensé en el 4 de mayo del año 194 y en el 28 de agosto de 1903 y en un día del 328 A.C. y en todos los millones de seres humanos que vivían en ese momento y hacían el amor y desfloraban vírgenes y sollozaban y apuñalaban a un hermano y se emborrachaban y comían y compraban miel y pensaban lo que yo estoy pensando ahora y se iban a pasear y se secaban las llagas, y de cuyas vidas no queda nada nada nada ni el menor recuerdo, porque los edificios que cobijaron sus vidas ya son polvo y los papeles en que escribieron sus nombres se volatilizaron y su polvo yace bajo muchas muchas capas de tierra que quizás una excavadora levantó ayer por la mañana y un hombre convirtió en cemento que otro hombre colocó en el muro donde en este instante reposan nuestras manos.

Yo había estado el día anterior en la Biblioteca Nacional y, con cuidado porque se me deshacían entre los dedos, me había puesto a hojear los números de 1910 de una revista que salía los sábados, en la que un dibujante dibujaba las tragedias de la semana: "el crimen del Guatao", "degollamiento de mujer por marido celoso en plena función del Payret", "la suicida con luz brillante", "los guajiros ahorcados desnudos en La Luisa", "la puñalada de Tulipán", y otras cosas así, o se iba al Necrocomio y dibujaba de perfil a los autopsiados del día, que reposaban sobre las planchas de zinc, muy tranquilos, con el cráneo hundido o con la zanja que les recorría el cuello de una oreja a la otra y los labios finos de la herida que permitía ver el comienzo de la tráquea, o con la cabeza seccionada del todo, serena sobre la plancha de zinc, o con el surco oscuro de los ahorcados y la boca seca entreabierta y los párpados reposando a medias sobre los ojos o el globo del ojo saltado, o la cabeza del negro viejo que hallaron muerto en el Cerro y al que habían encontrado un papel que decía "yo tengo 140 años, nací en el Congo y me vendieron en La Habana en 1787" que quien sabe quién escribió y le metió en el bolsillo poco antes porque la tinta estaba fresca, para que cuando se muriera supieran que era más que centenaria, y así el dibujante iba llenando la plana con el perfil de los muertos, y pensando en ellos me pregunté si de ellos no quedaría nada, no se acordaría ya nadie nunca y los pocos que se acordaban no tardarían en morir. Y me pregunté si del negro Pablo Dupuy y del americano que encontraron en la bañadera del hotel Plaza y del tripulante irlandés Farrell a quien le hundieron el cráneo en la Alameda de Paula y de la muchacha que vi ayer en la esquina de Industria y de las delicadas venas azules de sus pies, y del chino Lon Fuy que quemaron en la calle Soledad y de la blanca Esperanza Otero que se ahorcó y del mulato vagabundo que se quedó dormido en la Ciénaga y el tren le separó la cabeza mientras dormía, de todos ellos ¿no quedaría entonces nada nada? ¿Y de nuestros perfiles tranquilizados por la muerte y de nuestras bocas secas y de nuestros párpados a medio cerrar y de nuestros cuellos yugulados o cuerpos mutilados, o macerados por la enfermedad? ¿Ni habrá nadie que hable de nosotros en el fondo del próximo milenio, a varios metros sobre nosotros, nosotros a varios metros sobre todos los millones de desconocidos que nos precedieron?

Endulcé la leche, y mientras la revolvía lentamente, me puse a hacer un cálculo del número de muertos de la humanidad, pero cuando terminé me di cuenta que me había quedado corto.

Un poco más confortado, miré en torno. El público bullía sin cesar, chocando los que entraban por la puerta de San Miguel con los que venían del interior de la gran tienda. El local estaba superiluminado. Un hombre subido en una escalera de mano cambiaba, entre la muchedumbre que lo rodeaba, un anuncio que decía "super-cake gigante de frambuesa" por otro que decía "hot-dogs a 15".

El aire acondicionado, muy fuerte, me hizo temblar un poco. Tragué un sorbo del café con leche, aún caliente, y luego lo endulcé un poco más. Miré al suelo de granito muy limpio que un muchacho barría cada vez que la

CALVERT CASEY



multitud se hacía menos densa. Imaginé el destino de aquellos pocos metros cuadrados de terreno donde tal vez sólo un siglo antes, cuando el barrio era suburbio pobre, hubo una casa de madera con árboles y quizá una vaca y otro siglo más atrás una estancia sin fragmentar, mercedada por el Rey, y dos siglos más atrás un bosque de palmas y yagrumas y allí, debajo de la fila de sillas iguales donde las señoras masticaban, habría quizá un sendero y por él correría un hombre que huía de alguien o que tenía ganas de correr, y reconstruí el bosque que había sido desalojado para dar paso a formas infinitas de vida y por donde sólo pasaban hombres furtivos o tranquilos y antes que ellos sólo animales asustados.

Lentamente, fuí cayendo en cuenta que allí mismo, en el espacio donde yo estaba sentado, rodeado y empujado por el público escandaloso que se adelantaba a la hora del cierre para comprar el último cepillo de dientes, había estado el patio de la casa de mi tía donde ella había sembrado en un gran cantero, contra todas las ordenanzas sanitarias, una pequeña ceiba que había crecido demasiado para el tamaño del cantero y que subía hasta las habitaciones de la casa de los altos, buscando el sol, y varias matas de albahaca y rosales raquíticos; que en el mismo espacio que ocupaban los lavaderos y las cafeteras brillantes y los anuncios de batidos y helados, frente a mí, había estado su cuarto, el primer cuarto de la inmensa casa, el cuarto del armario de patas altas y luna, lleno de trajes de principios de siglo y de ropa de cama muy rica y muy amarillenta. Un poco más allá, donde un grupo de colegiales sorbía grandes copas de helado a la salida de clases, entre el escándalo de la libertad, había muerto mi bisabuela que pasaba los días en un sillón junto a la cama, acompañada de su gato que dormía en su regazo o sobre su cama todo el día y que desapareció cuando ella murió. De vez en cuando venía una nieta y procedía a la delicada operación de bañar a la anciana.

Por un instante, dejé de oír el ruído incesante del Ten-Cén y me acordé que la habitación daba al patio, que olía a flores se-

cas y a tierra y a hojas podridas y a toallas mojadas y a orinales llenos y a piso lavado a baldes de agua. Al patio se salía por una puerta; la otra puerta estaba cerrada por una reja, alta como el puntal del techo, sobre el cantero cantaba de vez en cuando un gallo y visto desde el interior de la habitación, a través de la reja, el patio tenía esa melancólica intimidad de todos los patios de La Habana. Cada habitación era un mundo aparte separado de las demás por las mamparas de vidrio mate coronadas por un encaje de rosas de madera y cuando el sol llegaba a los canteros cada pieza se iluminaba con la luz del patio y de la tierra podrida se desprendía un enjambre de insectos cegados por la luz.

De todo aquello sólo quedaba el interminable mostrador negro y los colegiales masticando y el escándalo inmenso de la tienda y la música indirecta filtrándose a través del escándalo y del frío del aire acondicionado.

Yo conocí a mi tía Leocadia en sus últimos años. En lo que había sido sala de recibo de la vieja casa de San Miguel, un mostrador de cristales rotos anunciaba al mundo que allí se hacían plisados y bordados y que mi tía era modista. Todo el mundo hablaba de la rica clientela de mi tía, pero yo nunca vi entrar a nadie por el hueco de la puerta que había sido ventana el siglo anterior y cuya reja yacía oxidada en el patio, detrás de la ceiba. De vez en cuando la sala temblaba con las vibraciones de complicadas máquinas eléctricas. Era que mi tía hacía cadeneta.

Pero mi curiosidad y los misterios comenzaban en su cuarto, que yo sólo podía entrever cuando ella abría las mamparas para extraer dinero del inmenso armario que nadie más que ella abría. Poco a poco fui conociendo los secretos de la habitación. Había una cama de bronce y un encendedor de pera reposando sobre la almohada que conectaba con un antiquísimo bombillo azul que colgaba del techo, y un tocador con dos fanales morados decorados a mano por mi tía y una motera con patas doradas y dos lienzos comidos por la polilla porque mi tía había ido a San Alejandro. Cuando recordé que uno de los lienzos representaba el estanque de la Quinta de los Molinos, con la isla artificial en el medio del agua verdosa cubierta de hojas de lirios, me reí solo y la dependienta gruesa y bella se me quedó mirando un poco agresivamente. Desvié la mirada y recordé aquella vez que mi tía enfermó y me permitieron entrar a verla. Estaba acostada sobre sábanas raídas y poco limpias y reñía a alguien por querer usar la ropa de cama, bordada muchos años antes, que ella almacenaba en el armario y que nadie, nadie tocaba.

Recordé que mi tía se había visto obligada a alquilar las habitaciones del fondo, y realquilar las del piso alto, a inquilinos que no pagaban nunca y que sostenían pelas descomunales donde con frecuencia intervenía el orden público. Un muro separaba la casa de mi tía de la vecina y era posible conocer la vida secreta de sus moradores por la periodicidad de las pendencias, sostenidas a grito herido.

De todo aquel mundo hostil sospecho que mi tía se defendía cerrando su cuarto al mundo exterior. Más de un domingo, sola completamente en la enorme casa, la encontré repasando la rica ropa de cama de hilo de olán y de batista que por largos años esperaba uso y los trajes pasados de moda. Me imaginaba que su cuarto de virgen sexagenaria sólo se abriría para quien ella quisiera. Luego supe que las mamparas de vidrio mate se habían abierto varias veces con renovada fe, para volver a cerrarse y quedar siempre la ocupante sola.

Yo siempre había oído los cuentos sobre mi tía que se repetían en la familia a través de los años y a mi vez hacía que me los repitieran muchas veces. Una vez en la playa de Matanzas, en los primeros años de la República, había salvado a otra bañista temeraria nadando una distancia enorme con la imprudente rescatada a la muerte. Al surgir mi tía de las olas con la salvada por los cabellos el público aplaudía emocionado, no tanto por el acto como por las formas espléndidas de la bañista. Volví a reírme, esta vez en voz alta, ocultando parcialmente la cara con la mano derecha. Dos dependientas me miraban fijamente y cuchicheaban entre sí.

El primer novio de mi tía había muerto trágicamente. Alguien le había hecho un disparo en los primeros años violentos del siglo. Ella le guardó grandes lutos y jamás volvió a hablar de él. Cuando el tema se rozaba en su presencia se encerraba en el mutismo.

De su siguiente contrariedad amorosa sacó mi tía heridas más profundas que nublaron su discernimiento, que nunca fue muy claro, durante todo un largo y doloroso año. Los rumores de la época, que gustaban establecer un vínculo entre la patología y la magia negra, atribuían su desvarío a unos polvos vertidos en una taza de café. Lo cierto es que a raíz del lance poco afortunado, mi tía Leocadia cayó en un estupor que duró exactamente un año. Los médicos la diagnosticaron sin esperanzas y fue preciso que la familia montara guardias constantes para que mi tía, que se negaba a vestir otra cosa que la ropa interior más imprescindible para cubrir su desnudez, no saliera a la calle, para delicia y diversión de la muchachería irreverente de la calle San Miguel y gran nerviosismo de todos los vecinos. Su curación fue tan extraña e inesperada como su enfermedad. Las industriosas mujeres de la familia se encargaron de bordar una capa de paseo a un diestro de paso. Llegado a cierto punto, el bordado no pudo avanzar más. Había un error en la trama que rompía la simetría de las figuras. Súbitamente, mi tía salió de su estupor, se puso de pie y señalando los errores de la bordadora se liberó para siempre de la influencia perturbadora y el diestro pudo seguir viaje. Del episodio mi tía tampoco volvió a hablar jamás y cuando una vez yo aventuré una pregunta me acogió el más frío de los silencios.

Una mujer delgada y nerviosa se sentó a mi lado y empujándome el codo con un movimiento brusco me hizo derramar parte del café con leche sobre el mostrador. Los colegiales y los empleados del mostrador estallaron en risas que difícilmente podían contener. Temblándome un poco las manos, porque no me gusta atraer la atención en lugares públicos, levanté el vaso que también se había volcado.

No sé cuánto tiempo después (mi tía había prosperado mucho) llegó un hombre a la casa al que ella presentó como su socio y que procedió a instalarse en los confines del patio, mucho más allá del cantero y de los palanganeros de hierro. Mientras secaba torpemente y sin atreverme a alzar la vista el líquido derramado sobre el mostrador, traté de recordar si el huésped había llegado a la casa como otro inquilino más y la sociedad había surgido después, o si el pacto se había concertado primero y el socio se instaló más tarde cerca del centro de actividades. Traspuestos ya los cuarenta años, mi tía aún era bella. Ya no iba a pintar el estanque de la Quinta de los Molinos en tardes de domingo. En el optimismo de la fácil prosperidad republicana, ahora creía en las virtudes del dinero y, como siempre, en la posibilidad del amor. Compraba acciones de bancos que quebrarían muy pronto y que además arrasarían con sus ahorros. Del huésped, cuya aparición aún nadie puede explicar en la familia, mucho más joven que mi tía, nunca se habló bien a mi alrededor. Sé que mi tía lo adoró. De aquella época databa su colección de batas bordadas y las randas y encajes menos amarillentos.

Pero el hombre tenía malas costumbres, una pasión por los frutos del sudor ajeno, gran admiración por su propia belleza y cierto desmesurado amor al bienestar. Una vez sorprendí a mi tía mirando un viejo retrato. Era de él. Cuando reveló sus verdaderos fines y las utilidades del negocio comenzaron a desviarse antes de llegar al entrepaño del primer cuarto, mi tía lo dejó partir con su bello perfil y sus costumbres dudosas. La ruptura debió ser dolorosa. Muy de tarde en tarde lo mencionaba de repente, cuando ya todo el mundo lo había olvidado, como quien quiere librarse de un mal recuerdo hablando de él.

Alcé la vista y pude comprobar que todo el mostrador me observaba con una curiosidad agresiva. Sentí un sudor frío invadirme las piernas. Miré hacia la puerta de San Miguel, pero estaba muy lejos.

Inmovilizado por la indecisión y por el temor que provoca toda situación violenta, recordé que mi tía se había tocado el trigémino. Era la moda. Un especialista español le tocaba el pequeño nervio en la base de la nariz a todo el que quisiera tocárselo; lo curaba todo y además devolvía la juventud. Un día alguien anunció solemnemente en la familia:

—Tía Leocadia se tocó el trigémino.

Todo el mundo comenzó a hacerse tocar el nervio y como es natural acabaron por sacarle una guaracha. Ni mi tía ni nadie recuperó la juventud y el español dio por terminada su visita a La Habana un poco más rico de lo que había llegado.

Entonces a mi tía la visitaba un viudo. Recuerdo que los domingos comenzó a extraer sus prendas del armario y los vestidos de colores ya muy desvanecidos, y se ataviaba para esperarlo. El nuevo novio de mi tía era un hombre grueso y escandaloso que se vestía todo de blanco y se almidonaba hasta la corbata. Usaba bastones con empuñadura de marfil, leontina, leopoldina, ostentosos alfileres de corbata y un reloj muy grueso de oro. Vivía de los esplendores mal habidos del último gabinete conservador, de los que hablaba como Milton del paraíso perdido, pero a diferencia de Milton confiaba en el regreso al Edén. Mi tía lo oía arrobada. El hombre hablaba constantemente de un pasado invisible de esplendideces y la familia llegó a entusiasmarse ante la colección de bastones.

En ese momento comprendí que debía irme. Sentía la curiosidad agresiva de mis vecinos de mostrador que me vigilaban atentamente, pero sólo atiné a revolver el resto del café con leche con un movimiento terco de la mano y la cuchara, la mirada clavada en el vaso sin agua, mientras el ruido se hacía más denso. Comencé a sentir mareos. Hice un esfuerzo y logré serenarme un poco.

Poco tiempo después se susurró en la familia que el viudo se había instalado en casa de mi tía. Vi claramente su imagen ante mí. Era un hombre áspero y vulgar. El tiempo y las realidades se encargaron de acentuar estas cualidades. Dormía rodeado de las fotografías de la difunta en vida y en plena prosperidad. Lo que mi tía conoció fueron los últimos restos de un bien cada día más remoto. Como los años pasaban y los amigos no volvían a Palacio, pronto desaparecieron la leontina y el grueso reloj, que mi tía desempeñaba todos los años por el santo del viudo, los alfileres y la famosa colección de bastones, con el resto de los trajes tiesos de almidón, y aparecieron los hijos, becados durante los largos años de orfandad en instituciones públicas. Lentamente se fueron instalando detrás del padre, so pretexto de empleos que nunca aparecían, y mi tía vio la familia aumentada con tres adolescentes torpes e inmensos que lo devoraban todo y que tenían algo de bestial en su apariencia y en sus costumbres, y por la hermana, una criatura vivaz y desmañada que hablaba a gritos e incesantemente del recién abandonado asilo-convento para niñas pobres, deteniéndose morbosamente en todas las tentativas de violación y rapto ocurridas en el sagrado recinto, y que respondía brutalmente a cualquier insinuación en pro del silencio.

La familia, feliz de hallarse junta nuevamente tras los largos años de separación, ventilaba sus diferencias a gritos, acometiéndose brutalmente en medio de contiendas que hacían a mi tía buscar refugio despavorida en su habitación.

Los nuevos inquilinos y la depresión económica alejaron a la familia y a la clientela y mi tía se quedó sola, defendida únicamente por el viudo de los ataques de la formidable *menagerie*.

El ruido en el almacén era insoportable. Las voces del público, obligado a evacuar la tienda por la proximidad del cierre, alcanzaban un volumen ensordecedor a medida que la masa humana se desplazaba en una lenta oleada hacia la salida de San Miguel. Una mujer apoyó por unos instantes todo su peso contra mis espaldas, casi comprimiéndome contra el mostrador. Esta vez mis vecinos estallaron en una carcajada abierta. Quise pagar y marcharme rápidamente, pero la dependienta gruesa no me oía. Mientras la llamaba obstinadamente tratando de hacerme oír por sobre el ruido ensordecedor,

pensé en los años de penuria y de hambre y recordé a mi tía adobando una sopa única para alimentar a los hambreados sargentos políticos del barrio y participando ardorosamente en campañas electorales, convencida ella también del regreso posible al banquete perdido para siempre, y luego ya miembro de la sargentería, reducida su esperanza a que el viudo pudiera volver a trabajar tras los largos años de forzoso descanso. Me acordé que, en un brevísimo paréntesis de la miseria, hizo traer un pesado juego de comedor que inmediatamente procedió a cubrir con fundas, en preparación de unas bodas que no podían tardar, a cuyos preparativos yo asistía tan entusiasmado como ella, pero que nunca se celebraban porque mi tía las aplazaba con extraña terquedad hasta no haber completado lo que ella llamaba su habilitación. Recordé que el padre arrojó muchas veces a los hijos de la casa en medio de escenas que congregaban a todo el barrio frente a la puerta de mi tía y sumían en la humillación al resto de la familia.

Y recordé otra ocasión en que trajeron a mi tía de una casa de socorros con el rostro traumatizado por una caída. Su andar era ya muy torpe. Venía indignada y lloraba por la irreverencia del mundo. Al bajarla del automóvil que la condujo a la sala de curaciones una vez más solícita que las demás, entre la chiquillería espectadora de todos los sucesos, había recomendado:

—Abájale el moropo.

Exasperado por mis esfuerzos impotentes para hacerme oír en medio del barullo cada vez más violento, debí hacer un movimiento brusco porque mi vecina de la derecha dió un grito asustada, como si temiera una agresión de mi parte. Deseé con toda mi alma quedarme solo en el inmenso local como se había quedado mi tía cuando la hicieron desalojar la casa. Cuando tentados por la oferta del Ten-Cén los propietarios vendieron la vieja casa, mi tía enfermó gravemente ante la inminencia del desalojo. Lentamente, las habitaciones fueron desocupadas y su contenido trasladado a otro lugar. Las máquinas de calar fueron rematadas en su mayoría porque ya nadie calaba, y desaparecieron con el juego de comedor, los tiestos de menta y de albahaca, los muebles en desuso, el baúl del viudo, las fotografías de la difunta y los palanganeros oxidados.

Sólo quedó en la inmensa casa vacía la ceiba y los rosales que nadie podaba desde hacía años, y mi tía en su cuarto con el armario de luna, del que sólo ella tenía la llave, los fanales morados y los óleos agujereados. Cuando mi tía sanara entraría la piqueta a demoler la casa.

Pero mi tía nunca sanó. Los hijos del viudo debieron haberlo olfateado porque súbitamente se reconciliaron con el padre y se instalaron como pudieron en la casa medio vacía, a defender, según anunciaban a gritos, los derechos del padre. Mi tía tardó mucho en morir. La piqueta se impacientaba en la calle, mientras su enfermedad y su agonía seguían lentamente su curso. Los más allegados nos instalamos cerca de ella, velando de día junto a la cama, por turnos, en una especie de guerra sorda con la tribu bestial que gritaba afuera, golpeando las paredes y tirando las puertas. Ante el fin próximo, y los intrusos más próximos aún, todos nos sentimos acometidos de deberes, descuidando nuestras ocupaciones para vigilar solícitos los últimos instantes de mi tía, en un acuerdo mudo de llegar antes que ellos a la llave del armario.

El escándalo dentro de la tienda alcanzó una intensidad insoportable, para luego decaer bruscamente al volcarse gran parte del público en la calle. Con enorme alivio comprobé que mis vecinos de mostrador también se iban, y que todos se habían levantado de sus asientos a la vez, como movidos por un resorte.

Pocos días antes de morir, perdida toda movilidad e incapaz ya de hablar, cuando yo llegué a relevar a otro familiar mi tía me miró con una expresión de terror en los ojos, que habían sido muy hermosos y que con el tiempo habían tendido a ser protuberantes. El viudo entró en el cuarto y cuando volvió a salir los ojos se clavaron en él, siguiéndolo hasta que la sombra desapareció tras la mampara, y luego de nuevo en mí, para indicar, queriendo salirse de las órbitas, el armario cerrado. Luego regresaron a mí, lentamente, y la cabeza hizo un gesto negativo. Me estremecí. Miré el armario. Estaba en su posición habitual, haciendo esquina, pero un costado se separaba ligeramente de la pared. Los ojos seguían mirándome con insistencia. Me acerqué al armario y pude ver que una de las tablas del fondo reposaba en el suelo, mal oculta por el mueble. Lo separé un poco más de la pared y entonces vi que todas las tablas habían sido removidas y que el interior estaba casi vacío. Las piezas de encaje, las sábanas bordadas, los mantones que olían a alcanfor, habían desaparecido. Sólo los viejos vestidos seguían colgando de sus percheros. Con un violento esfuerzo de la voluntad, volví a mirar al rostro que me observaba desde la almohada. Uno de los fanales arrojaba una tenue claridad sobre los ojos horrorizados y sin luz. Mi tía estaba muerta.

Ya era muy tarde. El Ten-Cén estaba vacío. El café con leche estaba helado. La dependienta gruesa se había marchado. Un muchacho lavaba las últimas tazas de la tarde, casi exactamente en el mismo lugar donde había estado la cama de hierro de mi tía. Dos empleados cuadraban las ventas del día en una contadora, algo más lejos, pero más acá de donde estaba la ceiba.

Sentí el granito pulido y durísimo bajo mis pies. Me bebí el resto de la leche helada, pagué y me fuí.



RAFAEL MORANTE



EDMUNDO DESNOES

WHAT can I DO? . . .



Barbara Bennett cerró el balcón que daba al mar del Malecón y conectó el aparato de aire acondicionado. Acercó la silla a la cama y cruzó las piernas sobre las sábanas. Antes de abrir El Viejo y el Mar que llevaba en la mano, Barbara se miró las piernas rojas y desnudas y siguió por las sábanas hasta el mar y las nubes tontas que descansaban sobre la línea del horizonte. Se le habían quemado demasiado las piernas, el **Copper Tone Oil** había fracasado, el sol cubano era más intenso de lo que esperaba. Siempre leía con las piernas colocadas en alto para facilitar la circulación y evitar las venas varicosas.

Ojeó las últimas páginas del libro: ciento cincuenta y dos. Lo leería todo antes de que regresara su esposo de Cojímar. Tenía hasta las cinco de la tarde. La piel quemada de la espalda se le cuajó de alfilerazos cuando se movió ligeramente para acomodarse en el asiento:

Era un viejo que pescaba solo en un bote en la Corriente del Golfo y hacía ochenta y cuatro días que no cogía un pez. Los primeros cuarenta días un muchacho lo había acompañado. Después de cuarenta días sin haber pescado los padres del muchacho le habían dicho que el viejo estaba definitiva y rematadamente salao, lo cual es la peor forma de la mala suerte, y por orden de sus padres el muchacho había salido en otro bote que cogió tres buenos peces la primera semana. El muchacho se entristecía de ver al viejo regresar todos los días con su bote vacío...

El muchacho que cada mañana trataba de venderle a los turistas billetes de lotería se levantó de la cuneta y poniéndose la muleta debajo del brazo, comenzó a caminar hacia el norteamericano.

—No, no —dijo Bennett.— **Only fools believe they can win a prize.**

El muchacho no comprendió pero entendió que era una negativa; sin embargo, decidió continuar acosándolo. Si Bennett le había hablado era señal de que no estaba todo perdido. Además, no tenía otro lugar a donde ir... Le extrañaba que no lo hubiesen echado ya de la entrada al Hotel Nacional.

Tener que ir solo a Cojímar molestaba a Bennett. Ayer en la pesquería el sol sólo le curtió la piel pero Barbara parecía un cangrejo. Decidió llevar al muchacho. Necesitaba alguien al lado para conversar:

—¿Tú quieres venir conmigo en el auto? Yo voy a Cojímar, regresaré por la tarde, esta tarde — Bennett acompañó sus palabras con gestos que lo remontaron veinte años atrás a España.

—Bueno, vamos —dijo el billetero.

Mientras Bennett pedía el auto al garaje, el muchacho se metió el fajo de billetes en el bolsillo apoyándose sobre su pierna izquierda, una pierna de madera que comenzaba donde debía estar la rodilla. El muchacho anticipaba que el extranjero le daría algo por nada, por hacer algo que no valía ni cinco centavos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Bennett después de meter las dos cámaras en el compartimento de la pizarra.

—Jesús, míster.

—Jesús, ¿cómo Jesucristo?

—Sí, Jesús, me llamo Jesús.

Era la influencia de la condenada iglesia católica, Bennett recordó a España de nuevo. El billetero parecía un monstruo de Goya. Los países latinos estaban llenos de monstruos afables.

El muchacho trepó al auto con dificultad, colocando la muleta junto al timón. Bennett le recomendó que la tirara en el asiento trasero.

¿Tú quieres ganar una peseta? —Bennett le preguntó cuando entraron por el Malecón.

—Sí.

—¿Y un peso?

—Un peso, sí.

—¿Tú quieres te doy cincuenta pesos?

—¿Qué quiere que haga?

—¿Y cien pesos?

—Yo quiero dinero, míster, todo el dinero que usted no quiera. Démelo todo.

—¿Mil pesos?

—Sí, seguro. ¿Qué tengo que hacer?

—Ya te diré, te diré luego, espera un poco —Bennett no tenía ningún plan para ocupar al muchacho. Era un juego para entretenerse.

Un avión voló sobre la carretera rasgando el cielo con el rugir de los motores. El muchacho miró hacia arriba. Jesús imitó el vuelo del avión con la mano: —sssssssSSSSss. Levantó vuelo debajo del asiento, salió por la ventana y dejó la mano extendida sobre la carretera con el pulgar y el meñique extendidos como alas. Jesús contempló cómo la sombra volaba junto al auto.

—¿Te gusta el general Batista? —preguntó el chofer.

—No me importa.

—Good for you. Batista no pensar en tú, ¿por qué tú pensar en Batista?

—Batista es un comemierda —exclamó Jesús para ganarse a Bennett.

Abandonaron la ciudad por el elevado de la Vía Blanca. El tufo de los almacenes del puerto se adhería al cielo de la boca. Jesús miró intrigado los grandes tanques a ambos lados de la carretera.

—¿Que es eso? —preguntó el muchacho.

—Tanques de gas, yo creo. Si pones un fósforo adentro explotan como la bomba.

Una hora antes de partir, Bennett trató de convencer a Barbara para que lo acompañara a Cojímar. Ella insistió en que estaba demasiado asada por el sol. Que todavía la piel seguía cocinándosele. Nadie era importante. Lo aprendió hace años. La amistad y el amor eran enfermedades. El apego a otra persona es una debilidad de carácter. Pisó el acelerador.

Jesús miró los pedales. El vapor y el calor del motor comenzaron a inquietarlo. El muchacho pensó en las llamas del infierno que explicaba con láminas en colores el cura de la escuela parroquial. Ya no iba más a esa escuela. El cura daba unos cocotazos muy duros.

—¿Qué pasa? Parece que hay un fuego en el motor.

—No, ahora mismo ponemos agua en el garaje.

Una nube de vapor salió del radiador y el muchacho comenzó a moverse en el asiento. La pata de palo podía coger fuego. Diez pesos su padre había pagado para comprarle una nueva. Su hermano había colocado periódicos viejos debajo de la pata de palo mientras dormía y los había encendido con una caja de fósforos. Una caja entera. Miró a Bennett y se sintió aliviado. No le pasaría nada: lo había visto miles de veces en el cine. El norteamericano le salvaría la vida.

Diez minutos después de detenerse a echar agua en el radiador, Jesús exclamó:

—Tengo ganas de mear.

—¿Qué?

—Por favor, tengo ganas de orinar.

Bennett comprendió y detuvo el auto entre dos colinas. Mientras Jesús orinaba detrás de un arbusto, Bennett se preguntó por qué no abandonaba al muchacho. Había dejado morir a su propio hijo de tuberculosis por creer en el médico de Alicante. Nada podía ser peor que la muerte de Paul. La cabeza del muchacho asomó detrás del arbusto. Bennett arrancó el auto.

Tambaleándose en medio de la carretera, Jesús le gritó palabras que llegaron deshechas a sus oídos. El muchacho comenzó a correr detrás del auto con la muleta debajo del brazo.

Por un momento Bennett sintió que la angustia lo paralizaba: no movió ni un músculo y el auto siguió avanzando. Eso le enseñaría a no molestar más a los extraños. Si regresaba el muchacho armaría un escándalo, pensó viendo como Jesús se encogía y se encogía en el espejo del parabrisas.

Al llegar a la cima de la última colina Bennett se sintió aliviado. La bahía, las diminutas casas y el cielo le abrieron una sensación de libertad. Repasó con los ojos los diferentes matices de azul en el cielo y en el agua. El cielo y el mar no tenían pasado ni futuro, pensó, sólo presente. Detuvo el auto y dejó el motor andando mientras tomaba algunas fotos.

Desde el restaurante del hotel de Cojímar parecía que podía coger las embarcaciones con la mano. Pidió café con leche y comenzó a colocar Kodachrome en la cámara Rolleiflex. La Laica tenía película en blanco y negro. Miró en derredor. En la boca de la bahía vió el viejo fuerte español. Gris como una piedra.

Los piratas ingleses habían desembarcado en Cojímar y ocupado La Habana durante un año. Si los ingleses dominaron alguna vez la región, no dejaron huellas. Los españoles construyen iglesias y fuertes de piedra maciza. Los ingleses son prácticos, nunca dejan detrás esqueletos arquitectónicos o supersticiones religiosas ...En lugar de perder el tiempo con tanta política, los cubanos deberían ocuparse de sus asuntos personales. Cada uno a lo suyo. Así no importaría si Batista era presidente o San Francisco de Asís. La política es el negocio de unos cuantos oportunistas que viven y engordan alimentándose de las emociones y la inseguridad de los hombres. No volvería a meterse en política. Lo de España le alcanzaba para el resto de la vida.

En cualquier momento Bennett esperaba ver aparecer a Jesús. Ya tenía tiempo suficiente para llegar andando. La cuesta no era tan empinada. Se ató el pañuelo alrededor de la frente. El sol lo obligaba a fruncir el ceño y mirar con los ojos entreabiertos. No importaba: De todas maneras Jesús no estaba muerto...

Donde las casas pintadas de lechada amarilla se detenían, el terreno descendía hacia el agua. Junto a la arena Bennett vió casas de madera con techos de guano y varios cafés pintados de colores bruscamente contrastados y decorados con diseños rudimentarios. Decidió fotografiar aquello en color. Evitó la perspectiva para que el diseño fuese plano. El diseño le recordaba la pintura abstracta de Stuart Davis.

En una época había pintado como Stuart Davis. Dejó la pintura porque no podía creer en nada. La cámara era un aislador entre la realidad y sus ojos. Las delicadas facciones de su primera esposa se reconstruyeron ante sus ojos hasta que casi pudo sentir la textura de su piel y el pelo negro y fuerte. Miró al cielo y el sol le cegó borrándole la imagen.

Junto al agua el aire estaba estancado y olía a pescado podrido y excremento de perro. Un pescador flaco se acercó para ofrecerse a acompañarlo a salir de pesquería.

—No, gracias, Don Quijote —Bennett respondió.

Fotografió un autobús abandonado y convertido en la casa de un miserable pescador. Luego descubrió un nicho con una virgen observando el mar con ojos vacíos.

—Ni da ni dice donde hay— exclamó un pescador que a unos pasos de allí limpiaba con un compañero un tiburón de cuerpo metálico y exacto.

Las entrañas del animal se derramaron sobre la arena después de una hábil incisión. Bennett se agachó para enfocar la cabeza del pescado. Quedó sorprendido ante la delicadeza y precisión del cuerpo del tiburón. Los tejidos delicados, las entrañas y los ojos. Antes un tiburón había sido sólo una boca con dientes afilados.

—¿No leyó en el periódico de La Habana sobre el niño que encontraron aquí en Cojímar dentro de un tiburón? —preguntó uno de los pescadores.— Este amigo mío, éste de aquí, lo pescó, el tiburón que tenía al niño.

—¿Un niño muerto? —preguntó Bennett para asegurarse de que había comprendido.

—Sí, míster. Probablemente alguna madre, usted sabe, que no estaba casada, tiró el niño al mar.

—La madre nunca pensó que ustedes encontrarlo dentro del tiburón.

—La policía la arrestó enseguida. El crimen nunca paga — el pescador repitió lo que había oído por la radio—. El que la hace la paga.

—Eso es si no tiene una buena palanca o inmunidad parlamentaria —dijo el otro pescador con sorna.— ¿Tú sabes lo que es inmunidad parlamentaria, Chano?

—Cómo no voy a saberlo, tú. Esa es una ley para proteger a los políticos. Si matan o algo así no tienen que ir a la cárcel. Usté ve —cuando alzó la vista ya el norteamericano se había alejado caminando por la arena.

Bennett decidió marcharse después de tomar una buena foto para cerrar el reportaje sobre el pueblo de pescadores que inspiró El Viejo y el Mar. Llevaba ya una semana fotografiando. **Man, a magazine for men**, le encargó un reportaje sobre Cojímar porque ahora iban a filmar la película. Ya tenía la foto para abrir. Podían comenzar con un **spread** de dos páginas del viejo remando al amanecer. Yendo hacia la mar. En la foto se veía todo el equipo, incluyendo la lata de agua descrita por Hemingway. De lo contrario podían empezar con un grupo de pescadores ancianos. Todos insistían en que ellos eran el viejo de la novela. Ayer había salido a pescar con uno que acusó a míster Way de emplearlo en la novela sin su consentimiento:

—No me dió ni un kilo prieto— protestó el viejo—, y yo le conté toda la historia.

El viejo pescó una aguja. Había tomado buenas fotos aunque el sol achicharró a Barbara ... También estaba la vista que acababa de tomar desde la loma, pero pensó que era una foto demasiado convencional. Que decidieran los editores de la revista en Nueva York. El no iba a romperse la cabeza por nadie, por gusto.

3

—El pez es también mi amigo —dijo en voz alta—. Jamás he visto un pez así, ni he oído hablar de él. Pero tengo que matarlo. Me alegro de que no tengamos que tratar de matar las estrellas.

Imagínate que cada día tuviera que tratar de matar la luna. La luna se escapa. Pero ¡imagínate que tuviera uno que tratar diariamente de matar el sol! Nacimos con suerte, pensó.

Barbara releyó los últimos dos párrafos. Cerró el libro dejando un dedo adentro como marcador. Aquella era la filosofía del pescador, Hemingway lo había puesto allí para que el lector reflexionara. En **Barnard College** había tomado un curso de apreciación literaria... Nadie podía pescar el sol, eso era verdad, ella tenía que conformarse con vivir con un hombre que más que a ella, quería a una mujer muerta.

Por eso no había ido a Cojímar. Su relación con Bill había llegado a un punto muerto. Cuando no se podía tener la pasión se aceptaba la comodidad.

Alargó la mano pero no llegó al teléfono. Se levantó gruñendo y pidió que le subieran un daiquirí. Antes de apoltronarse de nuevo Barbara se acercó a la puerta de cristal del balcón y siguió con los ojos un convertible rojo que pasaba por el Malecón. Luego miró el mar: era aburrido ver tanta agua junta. Prefería leer acerca del mar a contemplarlo. El mar está lleno de agua: sonrió para sí. Eso que todavía no se había tomado el daiquirí. Se quedó mirando el mar Caribe hasta que el camarero tocó a la puerta.

4

Sábado. Era posible que estuvieran bailando en el bar al otro extremo de la bahía. Bailando y tomando se olvidan de su miserable existencia, pensó Bennett. Esa sería una buena foto para cerrar el reportaje. Los pescadores bailando frenéticamente.

Alquiló un bote para remar hasta el bar. Jesús debe haber encontrado alguien que lo llevara a La Habana, Bennett pensó con alivio y remordimiento. Cuando dejaba de remar escuchaba en la brisa la música. Entre unos matorrales detrás del bar vió a una mujer con el vestido subido y las piernas apartadas. Bennett alzó la cámara para provocarle una reacción. La mujer no demostró ningún pudor. Gritó:

—Es cerveza, viejo, la cerveza no pierde tiempo para cambiar de color.

Dentro del Bar, Bennett tomó algunas fotos, pero le preocupaba la luz. El salón estaba muy oscuro. Quizás era sólo el violento contraste entre el sol y la sombra interior.

El salón parecía moverse y respirar con la música. Las parejas nadaban en un elemento extraño, un elemento que Bennett nunca podría penetrar. Era una respuesta a la vida tan válida como cualquier otra.

Dos soldados lo invitaron a un trago y aceptó. Se rieron y Bennett no pudo entender el sentido detrás de sus bromas y palabras amables. Los que estaban bailando no parecían marineros. Era agradable dejarse llevar por el ritmo de las voces y la melodía de la música. Después de unos minutos de abandono, Bennett sacudió la cabeza. No quería que lo tomaran por un turista imbécil. Se negó a dejarse llevar por emociones que no podía controlar. Por esa misma razón odiaba la poesía y la música. Trucos para cautivar la mente del hombre primitivo. Era absurdo ver a unos hombres soplando unos tubos de metal y a otros moviéndose como gusanos en el aire sin ninguna razón aparente.

Salió del bar antes de terminar el trago. Jesús no lo había seguido. Paul pasó los últimos tres días de su vida con la boca llena de sangre. Se casó con la madre de Paul un mes después de la herida en el dedo. Sangraba alarmantemente y tomándola por el brazo se metió el dedo en la boca... Siempre parecía nueva, la piel morena sin el asqueroso bello transparente de Barbara. Cecilia. Su pelo negro se estremecía cuando andaba o volteaba la cabeza.

Bennett sentía algo por Barbara, pero Barbara no era Cecilia. Comenzó a transpirar a pesar de que el cielo estaba nublado. Su mente quedó en blanco. Su espalda estaba fría de transpiración y de las patillas descendieron varias gotas. Le supo amargo cuando se pasó el revés de la mano por encima de los labios apretados. Siguió remando sin esfuerzo. Un viento norte empujaba el bote hacia la costa. No podía sujetar más sus pensamientos, retumbaban con demasiado estrépito.

España era la última moda antes de la segunda guerra mundial. Fue como un diletante y acabó como un neurótico. Nunca



debió haber salido de Estados Unidos. El resto del mundo es un infierno. En España conoció a Cecilia y allí nació Paul y allí estaban muertos. Dos viejas del pueblo que nunca antes había visto vinieron a llorar junto a la caja blanca mientras él miraba un almendro por la ventana. Nunca antes había visto aquellas dos viejas vestidas de negro. Entonces decidió luchar contra los fascistas porque su mujer española lo había acusado de nunca querer comprometerse con nada. "El pecado de soberbia te come. Te crees mejor que Dios, por eso nunca vas a la iglesia. Está bien que yo crea que tú eres más importante que Dios porque yo soy tu mujer, vaya".

La muerte de Cecilia en el bombardeo de Figueras mientras huían a Francia, a menos de cien kilómetros de la frontera, acabó con todo.

Varó el bote como un autómata. Ya no sentía nada.

5

Barbara encogió los hombros y sintió que se le llenaba de avispas la tensa piel. Era algo entre doloroso y agradable. Debe ser parecido al masoquismo, pensó y volvió a encoger los hombros. La piel le hervía como si estuviera debajo de una manta de lana:

Allá arriba, junto al camino, en su cabaña, el viejo dormía nuevamente. Todavía dormía de bruces y el muchacho estaba sentado a su lado contemplándolo. El viejo soñaba con los leones paseando por la arena.

Ruidos ahogados subían del Malecón, ruidos que parecían flotar y permanecer suspendidos en el aire. Esperaba oír la llave moviéndose en la cerradura. Eran las cinco y media... Comenzó a

...arse culpable por no haber acompañado a Bill a Cojímar.

—Veo que no te has convertido en un puñado de ceniza —dijo Bennett entrando en la habitación con un paquete envuelto en papel verdoso.

—¿Qué tal te fue? Ah, dices eso por la quemadura.

—Aquí tienes, ponte un poco de esto. El farmacéutico dice que esto cura y duerme la piel. Tiene un anestésico.

—¿Quieres untarme un poco? —Barbara dijo sin apoyar la espalda en la silla. La piel roja de la nariz y los pómulos estaba tensa como después de la cirugía plástica... Aquello sí había sido espantoso. La cara le había quedado amoratada durante una semana.

—Gracias, yo creo que es suficiente. Es una sensación rara, no sé si me está quemando o refrescando la espalda. Uno nunca sabe si sufre o está contenta en la vida.

—Si tuvieras que pasar hambre como los pescadores no hablarías así. Tú no sabes lo que es sufir, tú has vivido toda tu vida en Nueva York —dijo Bennett cuando regresó de lavarse las manos.

—No sigas hablando así, ya leí bastante sobre las penas de los pescadores en esa novela de Hemingway —dijo Barbara señalando el libro sobre las sábanas.

—Sí, pero eso no es lo mismo. En una novela es distinto. En la novela uno sabe que todo es mentira y hasta disfruta indirectamente del sufrimiento ajeno. La literatura siempre miente. La estética es amoral.

—**Stop it, I'm tired of all your theories.** A ti España te ha hecho mucho daño. Nunca debiste haber ido a vivir a España —Barbara vió que Bennett frunció la boca—. Tienes razón; la literatura es mentira, por eso me gusta, por eso preferí quedarme leyendo sobre Cojímar y los pescadores a tener que acompañarte a ese lugar tan deprimente y apestoso. Hasta el mismo Hemingway dice que es apestoso el lugar.

—No comprendo —dijo Bennett. No hay nada admirable en esos pescadores. Yo creo que Hemingway se equivocó. Cojímar no es material para un novelista, sino para un médico o un atropólogo. Estuve hablando con unos pescadores. Parece que publicaron la versión española de El Viejo y el Mar en Bohemia, esa es una revista semanal muy popular, algo así como **Life** para subdesarrollados. Uno de ellos la había leído. Dijo que no le encontraba nada de extraordinario al cuento, que cosas así le pasaban todos los días a los pescadores. Que ellos no pensaban que eso era nada del otro mundo. A veces el pez era grande y otras veces no era tan grande. También me aseguró que si encontraba otro trabajo más nunca en su vida volvería a salir a pescar.

—En la novela Hemingway presenta al viejo como una especie de sabio. El viejo habla con los peces y los pájaros. Es muy hermoso. Supongo que Hemingway tiene razón, en cierto sentido la vida de un pescador tiene su poesía, su belleza.

—Todo eso es **shit**, mierda. Lo que pasa es que cuando una obra es buena uno acepta como necesario todo lo que presenta. Cuando uno lee El Viejo y el Mar uno piensa que el viejo es fantástico, que todo el mundo debería ser como el viejo. La verdad es que todos esos viejos la pasan muy mal.

—Tú lo miras todo demasiado desde el punto de vista social. Mira como todo lo que luchaste en España fue inútil y perdiste encima a tu mujer y a tu hijo. Lo importante es la ciencia; es tener aparatos de aire acondicionado para no tener calor.

Jesús se agitó en el fondo del pensamiento de Bennett, rascándole el recuerdo como una pluma la garganta. En unos días acabaría olvidándolo todo. Además, Jesús no estaba muerto. Nunca volvería a hacer algo semejante. No valía la pena ser cruel.

—Nunca llegarás así a ninguna parte.

Bennett no le contestó.

—¿Cuándo nos vamos?

—Mañana... por la tarde sale un avión directo para Nueva York. ¿Tú crees que mañana el billetero, el niño aquel, estará allí?

—Seguro, la Comisión Cubana de Turismo le paga a ese niño para que esté ahí todo el día. Le da mucho **local color** a la salida del hotel. ¿Te pasó algo con el billetero?

—Nada, que lo monté en el auto y lo dejé por ahí abandonado para que no me molestara más. Le voy a comprar todos los billetes que tenga. Así me deshago de los pesos cubanos que me sobran... No tengo ganas de cambiarlos.

—Si te ganas el **big prize** podrías regalarle una pierna de oro. A la gente pobre aquí le gusta tener dientes de oro. El camarero que nos atendió anoche tenía dos dientes de oro. Con una pierna de oro el muchacho será el cojo más popular de La Habana. **Who knows,** con una cosa extraña como esa a lo mejor se hace popular en toda la isla.

—Sí, pero entonces nunca sabrá si lo quieren por la pata de palo o por él mismo.

—Hay cosas irreparables —dijo Barbara con crueldad—. Lo que le has hecho a ese muchacho es imperdonable. **There's no excuse for it.** Lo único que podrías hacer por él es adoptarlo.

—Eso sería mucho problema. Puedo darle unos pesos para que se divierta un poco, pero más no puedo. **What can I do?** Yo no puedo solucionarle los problemas a nadie.





ARSENAL DE LA AURORA

Estoy aquí de más y siempre vuelvo
(Las casas negras, la piedra que trabajo,
El contrafuerte óseo en que descansa
Mi voz incandescente, miro, y digo, Avila,
Madrid, Oradour, no sé dónde cayeron mis hermanos)

Un león invertido en las puertas de la banca
Bebe el oro de los amos del mundo.
Me siento renacer, tremendo bajo este viento norte
Que mece la hierba, las torres, los del oeste.
Mi nombre se pierde como algo muy repetido.
El hambre es tierra refractaria,
Abre en dos los pulmones,
Hace una interrogación en las espaldas.

Enciendo la pipa ahora.
No somos parte de un drama
Sino de una explosión.
Escribo.
No estamos sobre una escena
Acariciamos un polvorín.
Nuestro nombre lo empujan de un lado del mapa,
Lo borran y lo ensucian.
No. estamos en una batalla
Sino sobre un campo arado y renaciente.
Tengo una palabra en el Ebro,
Rodeo las bases del mangle y del basalto,
Me hundo en la tiñosa, conozco el rito,
Un paso más:
Las torres de luz solar cayendo en mis arterias.
Arsenal de ritos, arsenal de auroras,
Arsenal de palabras, ¡arsenal! ¡arsenal!
Cuba arsenal de diamantes forrados de fósforo,
Arsenal del pueblo, depósito del alba y de la noche.
No hablen de la soga en Wall Street
La casa del ahorcado.
Los figurantes declaman.
Una amenaza es una amenaza.
Nuestro arsenal es subterráneo.
Entra el mangle manchado de sangre,
El pantano, la montaña de fiebre verde olivo,
El dardo de platillo en la boca del héroe.
Arsenal de relámpagos sin perecer,
Piedra del rayo,
Sol del arsenal,
Golpeando la tierra fría.
No somos parte de un drama
Sino de una explosión.
(He visto hombres perseguidos por la metralla,
Los niños reventados y las osamentas del tigre
En la boca del cordero)
Nuestras manos se agarran a la boca,
Resuenan como un metal ardiente
En la cabellera que abrazamos.
Nuestras manos detienen la noche,
Se rompen contra un sol.
Atravesamos la sabana, repito, el lenguaje,
Tú lo sabes, compañero, entre la provincia y el ciclón.
La patria herida es la estación más suave de la naturaleza.
La patria es la tierra en que nos entierran sin tristeza.
Nuestras gargantas son buenas para cantar;
Nuestras gargantas al rojo vivo,
A la virulencia de la libertad.
El gas mostaza inunda la Unión.
Se hace ferrocarril. Navega por los grandes ríos
Entre gargazos y excrementos. El gas mostaza.
Quema la Casa Blanca. El gas mostaza arde en la calle del muro

Pero es mejor la tierra dura del trabajo,
Es mejor el pan blanco y el hueso duro.
Es mejor la espuma articulada, el himno de los rectos
Quemado contra las torres de sangre del pueblo,
En la primera edad de la alegría.
El fuego entra por Wall Street,
Abrasa al banquero, al general, al abogado,
Reduce a cenizas a los que venden,
Paraliza a la viuda, al funcionario:
La soga se mece en Wall Street
No somos parte de un drama
Sino de una explosión.
Señoras con nombre de insecto
Y ancas de madrépora,
Odio vuestros guantes que se pulverizan.
Los Alpes Marítimos son buenos para degustar nuestra sangre.
En París, Londres, Sicilia habeis bebido nuestra sangre
Con vuestros cabellos tenues de vampiro.
Pero este es vuestro exilio.
El mangle, la ceiba, la piedra
Y el tambor se unen en un cielo de fuego.

El gas mostaza en tierra Wall Street.
No está de más morir.
El pueblo también es un arsenal de poetas.
Cada hombre se cristaliza en arma blanca,
una fuerza sin centro
Hacia el límite del fuego.

Arde la Unión.
¡Arsenal! ¡Arsenal! ¡Arsenal!
Un millón, dos millones, tres
El gas mostaza,
No estamos en un teatro
Somos una explosión.
El viento del este y del oeste
Arde a la altura de Cuba
En un incendio de púrpura y sonido.

A LOS POETAS

Hermanos
Escribo desde Cuba
Donde los poetas no pasan hambre
Quemando sus linternas metafísicas
Contra un sol de cinabrio

Esta mañana voy a la Milicia
No me espera mi novia
Allí están
Paradas cien compañías de armas automáticas
Sus puntos de mira rompen el pasado
Ya no me veo en los espejos
Me digo el color exacto de estas vocales
Que echo a chorros en el verso
Como en el molde del caos
Naciendo un universo de verdad

Hermanos

Yo he estado en las cooperativas
Durmiendo en las fábricas y en los cuarteles de cemento
Sembrando mi sangre
Sobre el mineral sobre mi límite
Uno los puntos cardinales
En una fórmula de trabajo
Seco mi piel contra las mareas
Trabajo como el mar y los vientos
Mi tierra mi fuego mi elemento
Yo he estado en vuestros países
Leo con exactitud la espalda de vuestros idiomas
Y conozco vuestra historia mejor que vosotros
Pero no
Yo sé de que dolor cojea vuestro verso
Entro en vosotros como en un túnel amarillo
Un tren de municiones
Entro en vosotros como una sangre espesa
Contraída al sol
De vosotros me vino la amargura
Antes me habéis ofrecido
Blake Lautréamont Rimbaud
Ahora tengo algo que daros
Algo primitivo
Algo olvidado por vuestro hombre
Que es mi hombre
Donde me meto y me recuerdo

De todo esto que hacemos
Sin olvido
Ofrezco mi pueblo mis canciones mis banderas

No miro la muerte
No recuerdo la muerte
Soy mi propio vaticinio
Que es el vaticinio del pueblo
Mi lenguaje se rompe hacia afuera
Crece como un sol de banderas
Como una bandera conmovida al sol
Desde las fábricas desde las cooperativas
Como una campana
Cubriendo un ramo de palabras
Vienen los nombres
Las palabras
Que se integran y desintegran
En el poema

Hermanos

Yo conozco el límite de vuestro dolor
Acaricio el barro del alma
Contra el horizonte de las fábricas
Rompo como un sol nuevo
Ilumino el túnel de humedad y silencio
Desentraño el carbón y el sonido
Los ríos minerales y los ojos fijos
Del terror
Abro sin el cuerpo y sin el alma
La materia en que me lanzo
La última palabra colérica
Mi conquista

Hermanos

Os invito a este límite
Os entierro en mi voz
Para nacer
Os traigo lo que tenemos y lo que dejamos de tener
Un plato de rosas y cenizas
Contra la primavera y los castillos de ópalo
Os ofrezco
Mis banderas generosas
En cielos fragmentarios
Palabras del amor.

JOSE A. BARAGAÑO

Y

LO QUE otros hombres pierden cuando se pierde un hombre no es el hombre en su totalidad. Si un hombre muere, no mueren los demás; con él muere algo que estaba muerto en él y no en los otros. Con él muere solamente lo que es en él susceptible de muerte.

La muerte de un hombre es siempre la que traía consigo. No hay muertes infinitas aunque sus caminos sean diversos. La muerte en el hombre es sólo semejante a su misma muerte.

Sucede con la vida lo contrario. La vida de un hombre es múltiple como los miembros de su cuerpo. La vida de la mano y la vida del ojo no son la misma vida, tampoco lo es la vida del pie, sin embargo todas son vidas del cuerpo.

Si muere el ojo y no la mano, sólo se ha perdido el ojo y no el cuerpo. La vida del cuerpo que es total es la vida. No es cierto que en todo hombre que muere, muere el hombre.

---

de tal manera que traspase
los montes,
y no tengo amor, nada soy.

PABLO, I CORINTIOS

COMO las hojas solitarias
entre todo lo que perece
nada valía su cabeza,
ni la mano, del mismo modo
muertas, a pesar del amor.
No recordaron sus entrañas
qué labios había besado,
ni a quién había sostenido.

No recordaron otras noches,
quién había llegado, y quién
había en el silencio huído.
Sólo la noche exigiría
al condenado una respuesta.
El había olvidado el amor,
no recordaba sitio alguno
—oscuramente solitario—.

No recibió por ley la muerte.
Lo arrebató a la muerte misma,
la que traían sus entrañas.
Divagará como las hojas,
Sin recuerdos de medianoche,
ni amaneceres y distancias.
En él nada cantó, era oscuro
y como una torcedura, áspero.

Camino apenas para el trueno,
la lluvia está llena de noche.
Uno por uno han de morir
los ruidos que caen a tierra.
Entre todo lo que perece
serán su mano y su cabeza
como las hojas solitarias,
sin que el amor pueda juntarlas.

Cuando su mano halle la tierra
estará como cualquier hoja
que no sabe el vuelo que emprende
que desconoce lo que trae
el invierno, sus repetidas
fugas hacia otras primaveras.
Habrá olvidado sus recuerdos,
nombres y sueños y furores.

Estará cayendo en la nada,
no menos muerto que en el día
que contra sí mismo jurara.
Toda la noche vagará
del bajo monte a la montaña
sin encontrar tumba avarienta,
sin encontrar horizonte alguno
para esta muerte, y tantas otras.

vengo a ser como metal que resuena,
o címbalo que retiñe.

**SOLC que hubieses pensado
en las múltiples cosas
que son el amor.
Ese pájaro que vuela
sobre el embarcadero y que trae
en el pico un trino
no es menos doloroso, menos infeliz
que la muchacha que en su casa espera.
No hay menos cólera, ni menos odio;
ni siquiera olvido
comparable a la soledad
de ese vuelo sonoro.**

**¿Qué dialogan ahora las distancias?
¿Quién te recuerda niño alegre y temeroso?
Alguien que te ama
y alguien que te desprecia
se nombran como tú.**

**Sólo que hubieses creído
en lo espantoso del amor,
en la sabiduría y en el engaño.
Sólo que conocieras la piedad;
el deleite de la ironía.
No sabrías cómo puede
el amor ser generoso.**

**Alguien que te ama
olvidó escribirte,
pero se apoya en la ventana
de un hotel y piensa
en ti, que no estás en las sábanas.
Piensa cómo serías.
Algún desconocido te imagina.
Siempre te han esperado.
¡Apresúrate!**

**Nada sabías, nada que hubiese
sido para ti el amor.
Si tu amor fuera la esquina
de una ciudad de invierno
donde una pobre anciana
vendía ramos de olor.
Si tu amor hubiese sido
una estación de trenes:
fragor, humo y distancia.
Si esperara en el bar de los hoteles.**

**Podría ser tu amor, lo que rechazas:
los nacimientos repentinos,
la prostituta, el jugador,
el vagabundo y la tristeza.
Bien pueden ser los muertos,
o los que no han nacido todavía.**

**Si pensaras lo mucho que hay en ti
de las cosas que odias.
No eres menos feroz que el tigre
de los bosques, podrías saltar ahora
sobre tu propia imagen, y tiemblas.
En todo lo que odias hay un poco de**

**Si pudieras entender el amor.
Si lo acercaras.
El amor no es la piedad,
no es la sabiduría.
No es el engaño, la fatiga, el tedio.
Si tu amor no fuera dócil,
ni sencillo, ni tierno;
si no fuera colérico y fueras tú.
Igual que el ferroviario,
haces señales entre rieles
a la noche del tren;
igual que los mineros buscas
la noche de la tierra;
igual a los que buscan
en el mar la noche.
Oscuro como tú, no importaría
si no fuera benigno, ni sufrido
y fuera sinrazón como la cólera.**

**Pero ¿cómo sería tu amor sin tus re
¿Si no estuviera en ti, ni esperando
por ti, en los que te rodean?
¿Cómo quieres que sea?**

**Ciego como las mesas de los comedor
En su amistad con las palabras, torp
tímido, vulnerable como la luz
en ciertos sitios que están en los rec
Un día en Sabanazo, donde se cambi
y se almuerza. Aquél es pueblo para
no tiene hoteles.
Como las tardes llenas de relámpago
en la madera de tu casa.
Como las puertas, como los navíos.
Si sólo fuese el día, amor, multiplica**

**Sólo que a tiempo hubieses comprend
qué moría de ti, a quién matabas.
Era verdad,
la casa era el lugar que amabas.
Todo lo olvidas, todo lo has perdido
Y ni siquiera en ti
hubo gestos de burla.
Tenías mucha soledad,
nada reconociste.
La soledad
te fue enrollando
solo,
como en un pozo
hasta la última oscuridad
y te dejó sin manos,
sin cabeza,
de espaldas a tu muerte,
frente a la muerte.**



Judas no alcanzará absolución. Judas será siempre símbolo de todas las traiciones. Los hombres que andan en el amor a Cristo y de fe verdadera rechazarán las "pastorales" que los alejen del Maestro y que los conduzca de la mano de los fariseos.

PABLO ARMANDO FERNANDEZ

y si entregase mi cuerpo
para ser quemado, y no tengo amor,
de nada me sirve.

PERO el traidor es el sin nombre,
para siempre desconocido.
Su madre no lo reconoce,
su padre lo tiene olvidado.

No nacería donde yazga
ni flor de espino ni aromada.
Se ausentarán la primavera,
los días de lluvia y el verano.

Nadie querría acompañarlo
cuando el viento le acorralara;
pavorosos y alucinantes
los sueños del desenterrado.

Ni cielos lisos de verano
ni otoñales enmarañados
le servirían de techumbre
a quien nombran desmemoriado.

Olvidó cómo abrir las puertas
y caminos que se cerraban.
Norte y Sur se le confundieron,
se le hizo noche la mañana.

Nadie quisiera recordarle
en canciones martirizadas,
nadie le ofrece sus plegarias,
ni se junta para nombrarle.

Silenciado como su nombre
que no supo aprender a amarlo,
lo amó su padre de herramientas,
lo amó su madre de labores.

El que anduvo entre tantas cosas
de ninguna aprendió deberes.
Aquí no vaga, ni se queda
inmóvil, está perdido aquí.

Repetiría lo indecible,
palabras malaventuradas;
pero mi boca nunca diga
que le desnombra al fugitivo.

No lo diga entre los ancianos,
entre los niños no lo diga.
Silenciaremos su memoria,
sus malas obras y destino.

Ahora vemos por espejo,
en oscuridad.

Cuando murió el traidor
fue como no volver,
como partir hacia ninguna muerte,
ningún tiempo o respuesta.
No rodó su cabeza,
quedó sobre la piedra
resbalando,
cayendo silenciosa en el vacío,
secreto nacimiento de la muerte.
Ningún límite exacto que separe
ese instante
de los instantes sucesivos.
Sin inocencia,
sin remordimientos;
resbalando
hacia el hambre
de la tiniebla.
Hacia su propio ser
sin sus recuerdos,
hasta ser sin estar
en casa
con la amistad,
con la pasión, consigo mismo;
hasta no ser.

ahora conozco
en parte.

Sin distinción de voces,
de sonido incierto,
bárbaras a su oído y a su lengua
nada pudieron las palabras de amor.
Desconocía toda palabra bien significante.
Fue como hablarle a los espacios.
Ignoraba como se perdía y se desentendió
de los asuntos de la vida pequeña
para hundirse en su infinita muerte.
No participará de la leyenda,
de la jornada de los siglos.
Nadie dirá su alabanza.
¿Querría alguien decir su vituperio?
Cuando murió el traidor
no fue ayer, ni mañana;
fue como no haber nacido o haber muerto
hace siglos.
Sólo supo que no había estado
en tiempo alguno y que recordaba
un paisaje de hielo, vasto y vacío
como el hambre de sus entrañas,
su corazón y su destino.

FRANK RIVERA

HEME AQUI

Heme aquí,
sentado en las fronteras de la lluvia,
inútilmente sentado junto a la tarde,
mientras tu voz, amigo,
disuelve poco a poco
el sonido trivial de las gotas,
de todos los que cruzan apresurados
nuestro paisaje de asfalto y agua
unidos lentamente,
estirándose en las horas,
cobrando caracteres de eternidad.

Dices mi nombre
y de repente lo recuerdo dicho por aquella voz
y lo imagino en el resplandor de todas las sílabas
saliendo golpeadas de sus labios,
pienso de nuevo en nuestros ojos dibujando
frases de cuarzo en las ventanas,
en la voz simple que una sola vez
estrenó sus palabras en mi pecho,
inauguró el cristal,
derrumbó las corrientes vegetales,
instituyó la sangre de la tarde,
gelificó las luces, los sistemas,
y el pétreo murmurar de la otra lluvia
sobre el patio desierto.

Pero heme aquí,
sentado bajo los bordes de la tarde,
inútilmente sentado, mientras tu voz
se pierde en el sonido del reloj,
de todos los que cruzan nuestro paisaje,
del trivial y aburrido caer de las gotas,
mientras tu voz se pierde, amigo,
y te sigo mirando en mi ausencia
como miro el asfalto y el agua y nuestra mesa,
mientras tu voz se pierde.



¿NO TE DAS CUENTA?

¿No ves
que aún hay tiempo,
que después los años derrumbarán nuestras miradas,
el calor de tu voz
en mi memoria,
el amor desprendido de tu rostro
en nuestra oculta paz?
¿No ves
que todavía mis manos acarician
y mi piel es reciente
y mis ojos reviven tu figura
inalcanzable y falsa bajo el viento,
tu figura en el aire sorprendida
por un extraño gesto de la noche,
tu figura de carne equivocada
que encuentro en las aceras?
¿No te das cuenta
de los días que nos vencen lentamente
mientras escribo frases
y poemas,
mientras espero el sol sobre la tierra
que une nuestros pasos insulares
por calles diferentes?
¿No te das cuenta
que es a ti a quien espero,
no te das cuenta?

REQUIEM

Te alejas
como la sorda claridad del ave
en el día de ruidos y edificios,
vacío en el tiempo que ya no existe.
Quisiera no poder levantar mi mano que padece
en el último gesto establecido,
simple,
y luego es el olvido
en la pálida noche gobernada
por rituales de música:
padeceremos todos nuestro propio silencio
al borde de las mesas y los cines,
o al entrar de repente en una tarde sola,
violentamente sola y desprendida
que cruza las aceras.

Hemos perdido el último camino,
la calle numerada,
el vegetal destino que aguardaba con implacable amor
ese momento,
hemos perdido el alma, las palabras,
las fuentes, los papeles,
el viento,
nuestra vida,

homenaje de árboles en réquiem
por tu visita a este asombrado mundo
que canta y nos espera.

EL CINE

AÑO II D.H.

AMBROSIO FORNET

Quizá sólo podamos decir de **Hiroshima mi amor** que la hemos visto. Que hemos visto sus quemaduras, la vejez de sus quince años de terror impotente, su furiosa agonía.

Nos ha dicho que todo —el fogonazo que retrató cuerpos humanos sobre el pavimento, los doscientos mil muertos en el tiempo que toma sentirse abrasado— puede repetirse mientras hayan razas que opriman otras razas, pueblos que opriman otros pueblos, clases que opriman otras clases: mientras haya injusticias.

Hiroshima es el nombre de la injusticia, su nombre propio, su tatuaje. Ante su dolor quisiéramos tener, como quien nos lo cuenta, "una memoria inconsolable". Pero sabemos que eso no puede ser: que no es posible olvidar, pero que no es posible dejar de olvidar; que esa indignación que nos sacude sólo puede servirnos para comprender que Hiroshima está en todas partes y es también nuestro pueblo, y que en adelante no se nos permitirán ni el estupor ni la indiferencia puesto que ya no habrá excusas para nosotros, como no hubo clemencia para ella.

Pueblos enteros hasta el último individuo deberán elegir entre la destrucción y la entrega. Resnais dice que hay que entregarse de una vez y más aún: que basta con entregarse una vez para hallar en el pozo mismo de la indiferencia y de la muerte una posibilidad de salvación.

De esta película Betseo, el célebre poeta japonés, lo diría todo en el breve espacio de un hai-kai:

Hiroshima, Hiroshima... ¡Ah, Hiroshima!

Lo cierto es que está ahí, turbia y transparente como una vida humana, única como una vida humana y sin necesitar otra justificación que su existencia. De ahí la escandalosa suficiencia con que nos reta y nos aplasta. Sabe que nos conoce mejor que nosotros mismos, que en adelante seremos un poco como ella quiso vernos, que no acabábamos de ser porque ella aún no nos había concluido a su imagen, a su soberbia imagen de amor, a su imagen de muerte.

Esta ahí, la hemos visto. No podemos afirmar que ha sido con nuestros propios ojos porque éstos, desorbitados, eran menos nuestros que del asombro. Renaciendo en la agonía de dos cuerpos permeables, en la desolación, en la frontera de Nevers-Hiroshima, en el instante mismo en que desaparece la frontera, hemos tenido que reconocerlo y aceptar esa nueva niñez que nos impone. Y entonces mirar el mundo boquiabiertos y preguntar qué es, balbucir el nombre de cosas misteriosas —mano, sótano, río...— y luego el de cosas absurdas —ayer, hoy, nunca, siempre...—

Pero ya que no podemos hablar coherentemente de **Hiroshima, mi amor**, a propósito de su estreno en Cuba vamos a hacerlo de ese arte que, como nosotros mismos, en cierta forma ha nacido con ella: del **cine**.

II

Como quiera que escribimos en el año II, después de **Hiroshima**... y ésta constituye una invitación a la audacia, nos atreveremos a opinar que en ella no sólo está buena parte del cine del futuro, sino también que gracias a ella el cine se nos manifiesta como el arte del futuro, el de las mayores posibilidades de expresión, el más inquietante desafío.

Aquí podríamos hablar de un "presente sido porque ese futuro de **Hiroshima**... está ante nosotros y, al mismo tiempo, a nuestras espaldas. Resnais mismo ha concluido una nueva película de la que muy poco se sabe; **El Bello Sergio**, la película de Chabrol que ganó el premio Jean Vigo, no ha sido estrenada en Cuba; de **La Aventura** de Miguel Angel Antonioni, que resultó la revelación del Festival de Cannes de 1960 como **Hiroshima**... lo había sido del anterior, se ha dicho lo mismo que de ésta: que es infinita la belleza de sus imágenes y que constituye "la búsqueda de un nuevo lenguaje cinematográfico". De Antonioni acaba de estrenarse en Paris su última película **La noche**. Es decir, que sin hablar de grados de maestría cabría referirse a la "vigencia" de **Hiroshima**... como pudiéramos hacerlo al hablar, por ejemplo, de la pintura de Cézanne. Y es que en el cine la unidad de tiempo es el instante, el vértigo. Al genio arquitectónico le tomó siglos producir la Acrópolis y hay un lapso de milenios entre los Bisontes de Altamira y **Las Meninas**. El cine ha llegado a su plena madurez en un período de tiempo más breve que el de una vida humana. Sobre una escala temporal de la historia del arte ¿qué significa esto? Sencillamente que el mes pasado se discutían en todo el mundo las ventajas y desventajas del cine sonoro, una semana antes **Eisenstein** había terminado **Potemkim** y ayer se estrenó **El Ciudadano** de Orson Welles.

No creo que se pueda permanecer indiferente ante fenómeno semejante. Es usual en los medios artísticos referirse al cine como un subproducto del arte, cuando no negarlo absolutamente como arte. Se trata —alegan— de una "industria". ¡Por Dios! ¿Es que no podría hablarse de la pintura o la escultura medieval, por ejemplo, como de una "industria" o por lo menos como de un quehacer artesanal? Se me respondería que no es lo mismo y yo replicaría que efectivamente, no es lo mismo: no estamos en la época medieval. El artesano del cine, por lo menos, no utiliza las mismas herramientas y no es, como el artesano medieval, dueño de ellas; de ahí que en lugar de hacer arte con las herramientas del cine haya tenido que hacer pura y simple mercancía fácilmente vendible. Pero cuando puede disponer por cuenta propia de esas herramientas, en una u otra forma, el resultado es casi siempre una obra de arte. Para nadie es ya un secreto que las "nuevas olas" de las cinematografías francesa y norteamericana avanzan como consecuencia de su liberación de las grandes compañías y la consiguiente reducción de los presupuestos en las películas. Si para realizar una obra de arte en el cine se necesitan, en lugar de seis millones de dólares, sesenta mil, entonces el llamado a realizarla es Truffaut y no Cecil B. de Mille; y en efecto, es Truffaut con sesenta mil y no De Mille con seis millones de dólares el que hace la obra de arte. Si el cine no había acabado de ser, por definición, un arte, si era sólo "una industria", se debía a la simple razón de que era hecho por industriales, no por artistas. Y en manos de un artista puede ser, como le corresponde, una síntesis extraordinaria: **teatro, novela, pintura, música, todo al mismo tiempo** y, como nuestra vida, sucediendo ante nosotros y dentro de nosotros sin que podamos detenerla, ni fragmentarla ni fijarla. Y es preciso advertir que cuando hablamos de "nosotros" el pronombre alcanza una extensión que nunca conoció al referirse a otro arte: quiere decir sencillamente "todo el mundo". Porque, como el del hombre de la era supersónica, como el nuestro, el mundo del cine es, en efecto, todo el mundo, de Alaska a la Patagonia, de Lisboa a Vladivostok.

Exceptuando la arquitectura, no ha habido nunca un arte más "social" que el cine. Y como arte exclusivo de nuestro tiempo, en su aspecto técnico y social acusa las características propias de nuestro tiempo: por una parte, el desarrollo acelerado; por la otra, una invariable proyección hacia las grandes masas. A mi juicio, es este segundo aspecto el que vale la pena tratar de analizar con mayor amplitud.

III

El cine es el más joven de los medios de expresión artística: tiene la edad de nuestros abuelos, y el cine sonoro más o menos nuestra edad. Pertenecemos, pues, a una misma etapa histórica y somos factores y testigos de un mismo drama. Su pasado es en buena parte el nuestro y ambos estamos sujetos a una poderosa influencia, la del progreso técnico.

En virtud de sus propias necesidades, el cine es, por definición, un arte democrático. En este aspecto supera incluso al teatro renacentista, pues si bien es cierto que el pueblo iba en masa a los "corrales" a presenciar obras de Shakespeare o Lope —y participaba real, y a veces enérgicamente en ellas— era en última instancia "todo el pueblo" de Londres o Madrid, que medido con raseros actuales equivale a decir una exigua minoría. Pero no es preciso remontarse tanto para demostrar un hecho innegable que, por otra parte, podríamos ejemplificar con material más inmediato: en Cuba, donde es reducidísimo el porcentaje de personas que asisten al teatro —y casi inexistente en provincias— los cines tienen capacidad para unos 370,000 espectadores— y nos consta que a veces resulta difícil encontrar una luneta vacía.

No debe extrañar el favor que el gran público le dispensa al nuevo arte puesto que, entre otras razones, éste empieza dirigiéndose precisamente al gran público. Esto no es nada insólito: también la poesía y la literatura han tenido esa tendencia en sus orígenes. Pero debemos recordar que este acercamiento hacia el hombre y la sociedad lo realiza el cine en una época en que el artista y el público vivían, como nunca antes, en dos mundos diferentes. Por no hablar de la pintura, baste recordar que apenas once años después del primer Manifiesto Dadaísta, Chaplin concluía **Luces de la Ciudad** y estrenaba **Tiempos Modernos** dos años antes de que Joyce terminara **Finnegans Wake**.

En una época de arte "deshumanizado" sobre la que se cernía la certidumbre de que todo intento de comunicación era ridículo por inútil, irrumpe un arte que ingenua y temerariamente se define a sí mismo como **un medio de comunicación**. Sería injusto llamar a los exquisitos detractores del cine unos ingratos, puesto que es probable que no se hayan detenido a pensar que en tiempos en que el público miraba el arte como a los delincuentes —a distancia y con toda clase de recelos— el cine recobra para la creación a ese público que es una de sus principales dimensiones, le devuelve al creador el puesto que le corresponde en la sociedad y vuelve a hacer del arte un instrumento de relación humana.

Es cierto que esta relación se ha visto frecuentemente prostituida por el más nefasto comercialismo. No tendríamos más que pensar en De Sica, uno de los grandes genios del cine: terminó haciendo requiebros y atusándose un ridículo bigote en las mismas pantallas en que había gritado el desgarrador testimonio de una época. El cine italiano se volvió de cara a Hollywood, es decir, de espaldas al hombre, y de un salto cayó en esa forma degenerada de veneración religiosa que es el **estrellismo**: Humberto D. había muerto de hambre e impotencia y sobre su cadáver insepulto se alzó desafiante el busto de Gina Lollobrígida.

Pero desde los tiempos de Cleopatra ha venido haciéndose cada vez más difícil reducir el mundo a los límites de un escote de mujer. En esos escotes legendarios siempre se esconde su negación, el áspid legendario: en el de Hollywood, por ejemplo, un escritor como Chayefski; en el de Roma, un cineasta como Fellini. En períodos de tiempo relativamente breve el cine prostituido se recupera, volviéndose hacia el fondo de la sociedad y del individuo. La vida múltiple y única es su verdadero elemento, su escenario y su fuerza; cerrar los ojos a ella equivaldría a suicidarse. Y esto no significa en modo alguno que el llamado realismo o sus variantes sean el estilo por excelencia del cine; en realidad, no han sido más que "etapas" de su desarrollo. Trabadas firmemente a lo humano están películas tan disímiles, y cito al azar, como **Rashomon** y **Atentado**, por ejemplo. Y el ex-neorrealista Antonioni ha declarado recientemente que la única forma de prolongar el neorrealismo es "interiorizándolo", es decir, volviendo la cámara hacia el interior del hombre. Es esta diversidad de perspectivas lo que hace posible una constante renovación del arte cinematográfico sobre la misma base; en realidad, responde a la diversidad de la vida misma que es su tema.

IV

A la relación "cuantitativa" del cine con el público, es preciso añadir la calidad de esta relación. Nos hemos referido al número de espectadores y a lo que ven de cuando en cuando en el cine. Ahora bien ¿cuál es la disposición de ese público ante la obra cinematográfica?

Yo me atrevería a decir que, en términos generales, aun el público medio es capaz

de reconocer la maestría de una obra cinematográfica cuyo equivalente, en el pasado, hubiera tenido que esperar la consagración del tiempo. Ante el caso específico de **Hiroshima, mi amor** hay que tener en cuenta que resulta una obra revolucionaria aun para aquellos cuya educación estética con respecto al cine los capacita para enfrentarse súbitamente a ella. El gran público, habituado a ver películas mediocres y convencionales, no logra de pronto identificar eso con lo que cree que el cine es; pero no importa: ya sabe lo que el cine puede ser.

No obstante, la terminología que es válida para las otras artes resulta insuficiente al referirse al cine. Si **Hiroshima**... es una película de "minorías" no debe pasarse por alto este detalle: ha sido vista por millares de espectadores que han pagado por verla. Cuántos más la verán en la próxima década es algo que escapa a nuestros cálculos.

Por su parte, la crítica, casi unánimemente, la ha declarado "obra maestra". Esta unanimidad podría parecer sospechosa si necesitara muchas razones para justificarse: pero no es más que una afirmación de lo evidente. Recordemos a Moliére, quejándose burlonamente de la crítica minoritaria: "Es cosa extraña, señores poetas, que condenéis siempre las piezas a las que acude la gente y no habléis nunca bien sino de aquéllas a las que nadie va". Esta queja, que hasta cierto punto sigue siendo válida en el teatro no lo es, como hemos visto, en el cine. En éste, los "happy few" en quienes confió Stendhal ya son legión: jamás un arte ha educado con mayor rapidez a un número mayor y más heterogéneo de personas.

Por mi parte, no creo que haya habido nunca una relación más estrecha entre un arte determinado y su público que la que existe entre el cine y nosotros. Podríamos recordar la relación del griego con su teatro y su escultura o referir esta última, la pintura y los autos sacramentales al público medieval: no sería lo mismo. Nuestra relación con el cine es mucho más estrecha en el sentido de que se establece directamente con él y no con sus implicaciones morales o religiosas; una película es para nosotros sencillamente eso, una película, y no un símbolo o una representación de signos o imágenes sobrenaturales. Nosotros asumimos ante el cine una actitud que el hombre de aquellas épocas no imaginó siquiera que podría asumirse ante el arte; una actitud, digámoslo así, de franca irreverencia. "Tenemos confianza" con él y nos sentimos con derecho a desafiarlo y enjuiciarlo. Nunca ha sido, literal ni metafóricamente, un arte **sagrado**, sino algo que puede ser contemplado, por decirlo así, en mangas de camisa y en nuestro propio barrio.

Y no obstante esta familiaridad, el hecho de ser el cine un medio de expresión que se halla fuera de nuestro alcance, hace que nos situemos ante él con esa mínima dosis de humildad sin la cual no es posible penetrar una obra de arte. Todos podemos escribir un poema o pintar un cuadro, pero muy pocos tienen la posibilidad material de filmar una película. Así, esas pequeñas y destructoras rivalidades a que alude Moliére, en el cine no se plantean ni siquiera entre los críticos. Esto significa que vamos al cine sin pretender ser más que simples espectadores, es decir, en una disposición que nos permite ser verdaderos espectadores.

V

¿Qué significación artística tiene para nosotros una película como **Hiroshima, mi amor**? Por lo pronto, el público que la ha visto entra no sólo en contacto con la más revolucionaria concepción cinematográfica, sino también con la más reciente literatura europea: de hecho, con toda una nueva visión del mundo. Un público que quizá tarde años en llegar a los libros de Proust se ve metido de golpe en el mundo de Margarita Duras o Robbe Grillet. Desde luego, puede rechazarlo, pero el rechazo mismo supone una elección, una responsabilidad que no existe con respecto a la obra de Proust, puesto que para dicho público la obra misma de Proust no existe.

Cabe preguntarnos, por último, qué significa la aparición de las "nuevas olas" en el cine. Sabemos que la reducción del costo de las películas hace posible que estos nuevos realizadores salgan con sus obras al mercado. Pero ¿quiénes son estos "nuevos realizadores"? ¿Qué los une y qué los distingue? Si revolucionan la economía de la industria cinematográfica ¿por qué el fenómeno se produce hoy y no hace veinte años? ¿Cuáles son las causas y cuáles serán sus más inmediatas consecuencias?

Son preguntas que, por lo pronto, no estamos en condiciones de responder. Las personas que conocen más a fondo este movimiento y el desarrollo técnico del cine, así como esa multitud de factores que más o menos visiblemente se relacionan con el cine como arte e industria, podrían ilustrarnos sobre ellas u ofrecernos algunos elementos de juicio.
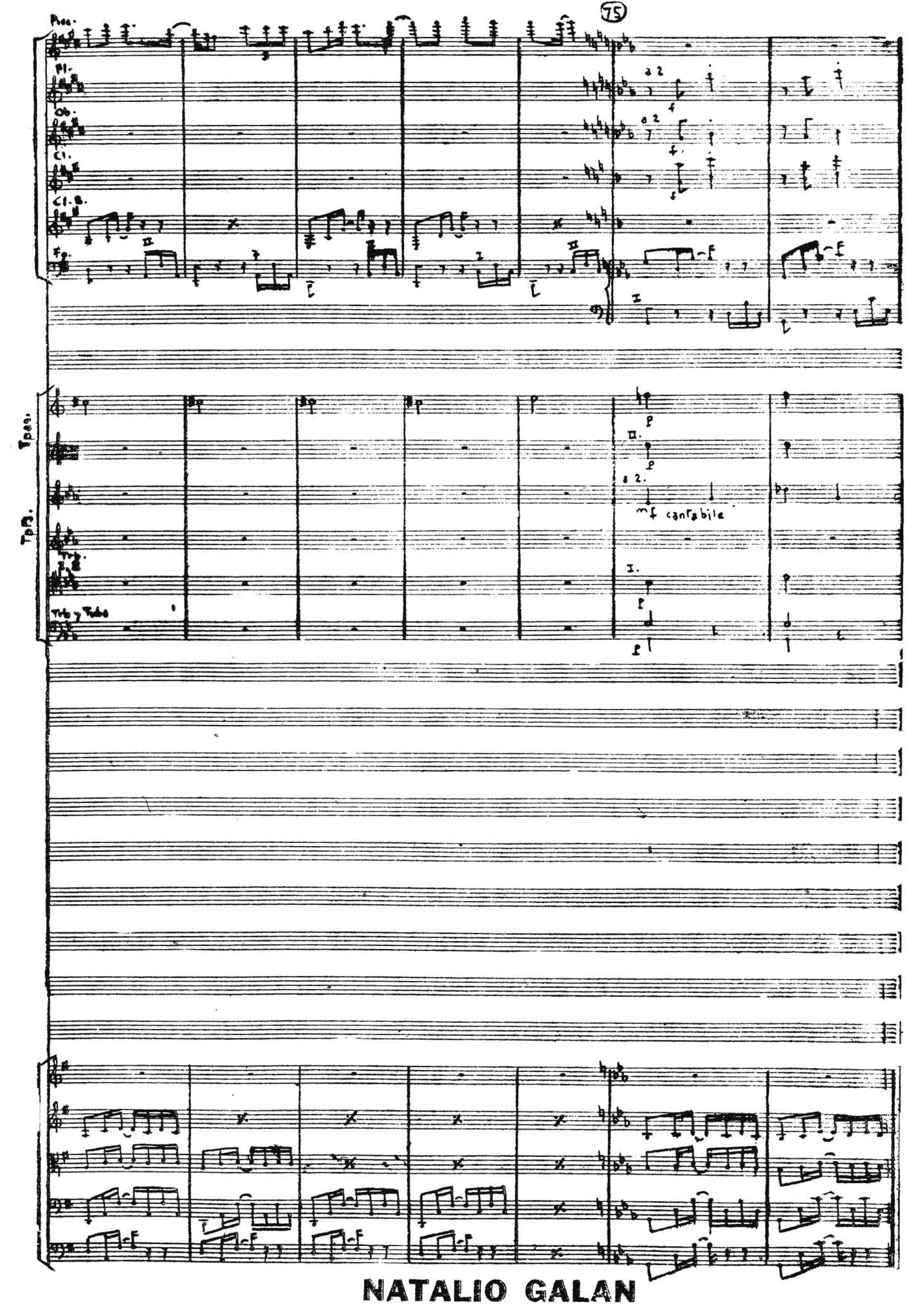
Lo que sí parece evidente es que no puede hablarse sólo de un fenómeno "generacional". Ya hemos hablado de los factores económicos que han permitido a los jóvenes de la Nueva Ola competir en el mercado; estos jóvenes no son, por otra parte, adolescentes: la edad promedio del grupo se acerca más a los 40 que a los 30 años —me refiero a la Nueva Ola de todo el mundo. Hay más: el "cine de arte" puede ser, además, cine "comercial"; hay excelentes películas que son excelentes inversiones financieras: baste señalar **Marty**, las películas de Chaplin y algunas de Hichtcock, a manera de ejemplo.

Por otra parte, el desarrollo técnico del cine amplía sus posibilidades expresivas; el cine avanza al paso de las Nuevas Olas, pero puesto que exige de ellas esa audacia imaginativa que demuestran, puede afirmarse también que las Nuevas Olas avanzan al paso del cine. Es decir, existe una verdadera interrelación entre el ritmo acelerado de la creación cinematográfica y los medios técnicos de expresión.
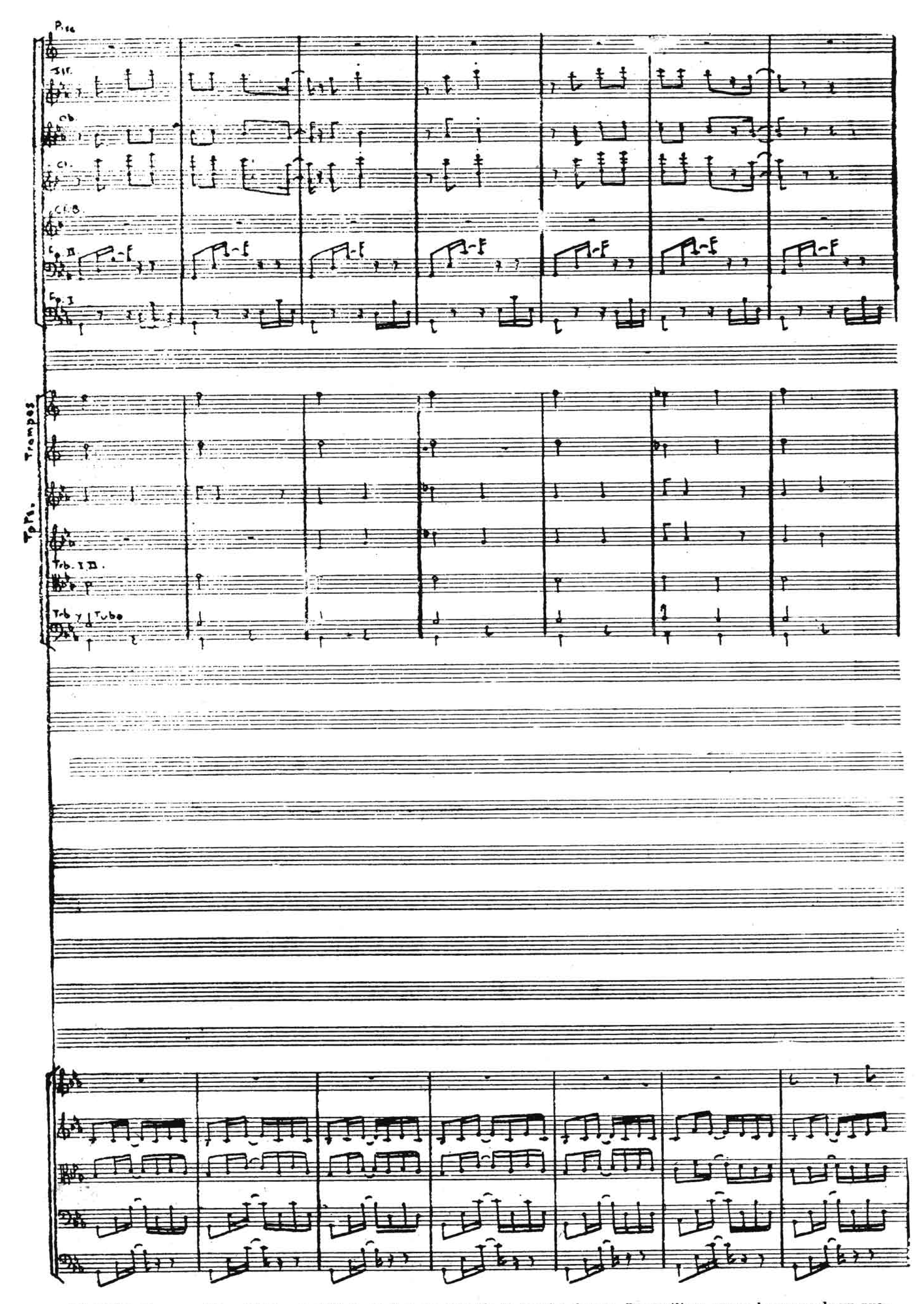
Si éste trata de ser limitado y comprimido —como es el caso del cine de Hollywood — acaba por hacer explosión; quizá la nueva cinematografía sea la explosión más violenta de una fuerza que había venido acumulándose, sin encontrar salida, desde la época del neorrealismo italiano.

Con los directores de la Nueva Ola el cine ha vuelto a ser una obra de autor, la expresión artística de una individualidad. Y no obstante, el director de cine es el artista que más se acerca, por su mecánica y su oficio, al antiguo artesano. Su obra es siempre, en cierta forma, como las gestas y las leyendas, una obra "impersonal", la obra tanto de un individuo como de un equipo y de toda una época. En ella no cabe esa soberbia soledad que caracteriza la labor del poeta, del pintor, del músico. El cineasta no puede dejar de sentirse heredero y producto de una época determinada, la suya, la que creó el cine y desarrolla sus herramientas. Señor y servidor de éstas, creador y criatura, el cineasta no es precisamente, si se le compara con el poeta o el pintor, un pobre diablo, pero sí un pobre dios. Esto quizás sea una garantía —y existen otras muchas— de que no perderá contacto con nosotros ni creará jamás un Olimpo en el que moriría solo; y una garantía más de que la gran época del arte cinematográfica estará siempre situada en una zona ilimitada del futuro.





75
Picc.
Fl.
Ob.
Cl.
Cl. B.
Fg.
a 2
mf cantabile
Trb y Tuba



LIBORIO. Danza política. Música de Natalio Galán; coreografía de Ramiro Guerra. La partitura marca los pasos de un pueblo que creía en los hados de la fortuna, en el destinismo de su miseria y en el favor de sus dioses y políticos.



Se ha hecho la corrección Seiba en vez de Ceiba, que equivocadamente escribió la Academia Española en su primer diccionario, y aún no lo ha corregido en las ediciones posteriores. Ella lo copió del padre Acosta, Historia Natural de las Indias, de quienes lo copiaron Herrera, Arrate, Valverde, Clavijero y La Sagra. Pero ceiba es una yerba marina que dicen alga, y nuestro árbol (Errodendrum enfractuosum) se dijo siempre "Seiba", voz de la lengua Siboney.

(Tranquilino Sandalio de Noda. "Memorias de la Sociedad Económica, Noticias históricas, geográficas y estadísticas del Marien, 1847).

OSCAR HURTADO

En toda la isla
no encontré abrigo ni cueva retirada
que no estuviese encantada por las rumorosas olas

(keats. "Hyperion III")

Cuando parecemos sumergidos en un mar de sargazos que nos sofoca e impide la marcha ágil y fuerte hacia un futuro mejor sólo la esperanza de ese futuro nos salva de los mil y un tentáculos.

Un pasado que sumaba destrucciones era el presente de entonces, pasado monstruoso de la era republicana en que tocó vivir a nuestra generación; era que fue chupando nuestra sangre cual vampiro absoluto hasta perderse toda esperanza de superarlo clavándole la estaca en el corazón. En aquel pasado preferí acogerme bajo la sombra de la seiba.

Todo lo que habita en mi isla tiene belleza, ¿por qué entonces preferir la seiba entre todos los demás árboles y cosas? Esta necesidad que me llevó a la seiba y no a la palma debía tener una explicación en mí, ya que se produjo como oscura intuición; pero cuando digo en mí no me refiero al individuo, suma de sensaciones subjetivas, sino al poeta que representa un momento histórico, pues lo primero no tendría más valor que el individual aislado, mientras lo segundo expresa la seiba en función de historia dentro de una época que fue la peor de la era republicana. Como Whitman dijo de *Leave of grass* pudiera decir que el paisaje de la seiba "es el canto de un gran individuo colectivo, popular, varón o mujer" *(Complete writings)*, y añadir:

Estos son en verdad los pensamientos de todos los hombres en todos los lugares y épocas, no son originales míos.
Si son menos tuyos que míos, son nada o casi nada.
Si no son el enigma y la solución del enigma, son nada.
Si no están cerca y lejos, son nada.
Este es el pasto que crece donde hay tierra y hay agua.
Este es el aire común que baña el planeta.
(Song of myself)

Esto es para mí el paisaje de la seiba, y algo más: algo que significa para los cubanos más aún.

Paisaje es aquello que nos enmarca y condiciona. El truoso, feraz y proteico como *el tercer día de la creación.* (Keyserling. "Meditaciones Sudamericanas"). Yo de estos paisajes sólo conozco el mío y lo interpreto, o mejor dicho, me dejo interpretar por uno de sus símbolos más universales, el de la Seiba. Escucho lo telúrico interpretado por otras voces americanas como la de Francovich que habla de "una mística de la tierra"; la de Fernando Diez de Medina que busca los mitos indígenas y ve al indio tan unido a la tierra "que no se divisan uniones"; la de una "sensibilidad geográfica" de Jaime Mendoza que ve en el indio "la tierra misma"; la de Roberto Prudencio que trata de hallar su sentido propio en el espíritu que alienta el altiplano de Bolivia, creyendo que las energías latentes de la tierra penetran la conciencia del hombre plasmándose en intuiciones, imágenes e ideas, proclamando que hay tantas culturas como paisajes; o la de José Pereira de Graca Aranha que ve la "geografía en la carne" del hombre, hijo de la tierra y recapitulación de su desenvolvimiento que recibe de ésta su "fuerza sutil e inmortal"; o el de José Antonio Ramos que hace de la tierra el verdadero protagonista en su drama "Tembladera", ese amor a la tierra que señala a los pueblos "la edad del verdadero patriotismo"; o la de Ezequiel Martínez Estrada que ve la pampa como espacio metafísico donde el hombre toma conciencia y hace de ella el sustitutivo de su ambición, donde en el baquino "parece haber tomado conciencia la tierra del secreto a que obedecen sus formas, colores, consistencias y distribución", donde la vastedad del paisaje "permite el cálculo por aproximación y el error sin consecuencias inmediatas"; o esas formas típicas del sentimiento de la vida cósmica en Mariano Ibérico. Escucho sus voces y trato de comprender, porque ellos han hablado bien.

El paisaje es condición de la geografía y no de la historia. La historia es dialéctica, como el río de Heráclito

los arquetipos platónicos. Si la historia nos cambia en lo social y político la geografía no. El hecho de estar en una isla situada en una zona determinada del planeta nos obliga a asumir posiciones ineludibles en nuestra expresión. La luz que nos gobierna es tan inmutable como el mar que nos rodea. El cielo diáfano con su luz intensa que acerca los objetos más lejanos obliga a suprimir la dimensión de profundidad en el lienzo marcando un estilo en la pintura, y su intensidad calórica moldea la arquitectura y los frutos de la tierra; mientras el mar nos aisla y obliga a una marina mercante para vencer la etapa colonial.

Nuestra isla es bella en su totalidad y está ausente de áridos desiertos y lugares sombríos, pero, al escoger, el poeta sabe que sus mejores dioses habitan en los árboles, en los dos árboles más destacados de nuestro paisaje: la palma y la seiba.

El primero fue incluido en nuestra heráldica republidonde no podemos bañarnos dos veces en la misma agua; peró la geografía es inmutable por largas centurias, como cana, heráldica de las claudicaciones, que selló el paisaje con destino colonial y turístico. El extranjero contempló nuestra Isla como áurea fontana de delicias y lo que fue para nosotros selva feroz de las gramíneas resultó dulce cañaveral ondulado por el viento para ellos; y nuestro sol que nos disuelve en sudores les calentaba los huesos. "¡La Reina de las Antillas!... la tierra del cocotero y de la palma... brillando bajo las glorias de un sol tropical...", apunta el viajero norteamericano Samuel Hazard, que tanto disfrutó en Cuba.

"Sólo las seibas patrias del sol amparan" dijo Martí por aquella época en claroscuro contraste, y agregaba: "los tristes, ay, los mágicos palmares en que mi patria es bella todavía". Esta belleza mágica de la palma, su hechizo que suaviza el carácter e incita a la abulia, unido al largo crepúsculo del trópico, provocaba con su esplendor efecto contrario al esperado en el cubano cuya savia era del linaje de la Seiba.

Martí poseía ese ojo especial que cala las entrañas y que sin necesidad de perspectiva veía lo fétido de una situación. Este sentido lo llamó ojo fétido, y es todo lo contrario de ver con el ojo luminoso. Surge de la dualidad con que se presentan las cosas, dualidad más bien aparente por necesidad de nuestros sentidos. Así la luz y la tiniebla no se dan nunca completamente separadas la una de la otra. El ojo fétido aparece cuando el ojo luminoso gira sobre sí mismo y se proyecta a la región de sombra. Es el *ojo invertido* o *espejo filosófico* de Jakob Boehme. Martí podía notar el ojo de serpiente en el canario amarillo; contraste sorprendente en el amarillo, color solar, de un punto fascinante de tiniebla.

En el paisaje esplendente y hechicero de la palma descubría lo fétido; ese paisaje corrompido por el espíritu brutalmente mercantilista de nuestros abuelos. El ojo de Martí no podía ser insensible ante la corrupción, y de repente en medio de su belleza notaba lo fétido.

En el bote iba remando
Por el lago seductor,
Con el sol que era oro puro
Y en el alma más de un sol.

Y a mis pies vi de repente,
Ofendido del hedor,
Un pez muerto, un pez hediondo,
En el bote remador.

En un período de dos años se ha dignificado la heráldica de la palma y el mal uso que de su símbolo se hizo. Es ahora que esta belleza comienza a sonreírnos cuando la sabemos nuestra. Se nos presentaba un falso guajiro bonachón e inocuo de tiple y güiro cargando a la cintura machete ornamental que ni tan siquiera reflejaba el sudor vertido en explotación inverosímil. El machete hoy cumple función bélica además de ser instrumento de trabajo de una clase libertada. Era un paisaje falseado el de la palma, el paisaje de un árbol cuya savia se licuaba hasta la raíz.

Si observamos la seiba lo primero en notar es su robustez y la horizontalidad de sus ramas en expansión a los cuatro puntos cardinales, espacio propiciatorio para un desarrollo infinito. Donde este árbol se encuentra vemos un círculo a su alrededor (no existe un bosque de seibas) que centra el paisaje. De ahí el carácter de soledad con que nos impresiona.

Cuando en la sabana de Méndez el niño Ignacio Agramonte se dirige al lugar donde acababa de ser fusilado Joaquín Agüero y moja su pañuelo en la sangre derramada demuestra ser de un linaje viril, grande y fuerte. Esta imagen histórica la reducimos a una fórmula, un símbolo, la Seiba.

La seiba es elemento fundamental en la mitología americana y de otros pueblos. Los mayas poseían trece puntos cardinales. Dividían el universo en tres planos superpuestos con cuatro puntos cada uno, lo cual da un total de doce; y al centro de estos planos, atravesándolos y ocupando el eje de simetría vital, la Gran Madre Seiba. "Y la Gran Madre Seiba se levantó entre los recuerdos de la destrucción de la tierra. Se irguió y levantó su cabeza, reclamando para sí misma el follaje eterno. Y con sus ramas y sus raíces llamaba a su señor". (Libro del Chilam Balam de Chumayel, cap. V).

En cuanto a las culturas africanas dice Frazer en su Rama dorada": "La seiba, que alcanza con su enorme tronco gran altura, viéndosela por encima de los demás árboles de la selva, es mirada con reverencia en toda el Africa Occidental, desde el Senegal al Níger, pues creen que en ella habita un dios o espíritu".

Sus equivalentes en las culturas de Europa los tenemos en el roble y la encina.

Podría decir que escojo la Seiba entre todas las demás cosas bellas de mi Isla porque representa el paisaje sin claudicaciones de la sombra acogedora, y porque su símbolo está presente en otros pueblos; pero sería más exacto decir que la Seiba me escoge a mí para manifestarse en la poesía así como lo ha hecho en otros ámbitos.

No he descubierto la Seiba. Ya otros la vieron antes, puesto que estuvo ahí desde el principio. Los españoles del descubrimiento celebraron en ella la primera misa y la hubieran visto mejor de no cegarlos sus dioses fáunicos, como el Becerro de Oro. Los negros, en cambio, la reconocieron y de su culto se incorpora a nosotros una mitología que tanta falta nos hace. Lucumí: Iggi Olorum. Congo: Madre Nganga. Musina Nsambia. Español: Seiba, tú eres mi madre, dame sombra.

La Seiba no es mi creación, sino que me crea; yo soy mediante ella, y no ella mediante mi escritura. Cuando yo cese y el tiempo amarillee este papel, la Seiba estará ahí marcando con su estilo el paisaje.

cuando la violencia hubo renovado el lecho de los hombres de la tierra,
un árbol más viejo, desembarazado de hojas, reanudó el hilo de sus máximas...
y otro árbol crecía ya en las grandes Indias subterráneas
con su hoja magnética y su cargazón de frutos nuevos.
(S-J. Perse. "Vientos")



El Expresionismo:

POESIA "DEL TEATRO" • VS • POESIA "EN EL TEATRO"

RINE R. LEAL

El presente ensayo fue ofrecido, originalmente, como una charla. Luego el material se amplió y finalmente forma parte como capítulo de un libro que sobre el teatro moderno prepara el autor, y donde se propone analizar este fenómeno desde 1827 a 1956, es decir, desde el Romanticismo hasta el Realismo Epico.

"No existe una obra maestra expresionista" John Gassner.

"El expresionismo es un intento de atrapar la esencia de la vida sin su contorno".
George Simmel.

No es tarea fácil poder precisar en sus lineamientos más precisos el expresionismo, que es el nombre genérico que se aplicó en el presente siglo a las teorías "no-realistas" y que comprende "ismos" tan famosos como el surrealismo, favismo, dadaísmo, abstraccionismo, futurismo, constructivismo, etc., señalando que la lista pudiera hacerse interminable. En realidad, se ha anotado la palabra para calificar en conjunto a todas las teorías "norealistas" y aunque los críticos marcan el nacimiento del expresionista hacia 1919, la verdad es que el movimiento ya existía antes de tomar carta de naturaleza. Así Bentley se adelanta a comentar que el primer escritor expresionista lo fue el alemán Reinhardt Sorge, que murió en 1916 y cuya pieza "El Mendigo se reconoce como uno de los primeros intentos del género, honor que comparte con "Las Tetas de Tiresias" de Guillermo Apollinaire en 1903, que sirvió para bautizar el término "surrealista". "Rara vez en la historia de la escena —anota John Gassner— la imaginación se ha presentado en forma más abundante y jamás ha habido en tan gran número una producción dramática sin un nombre que culmine". La razón de este desbarajuste es la confusión de forma y estilos que la batalla aún por ganar contra el realismo ha traído en el presente siglo. En gran parte, el expresionismo sólo ha triunfado en los pinceles de los pintores y en la luz y la mecanización de la puesta en escena. Las teorías de Reinhardt, Meyerhold, Tairof, Diaghilev, Piscator, Vantangof, Gordon Craig, Komissarjevsky y otros tantos no son sino un bello cuadro levantado sobre las ruinas de lo que fuera un grandioso edificio, sin que aún exista el genio capaz de ordenar los materiales dispersos y desordenados. Lejos de constituir una escuela, el expresionismo es una tendencia o influencia, que fluye no obstante en toda la dramaturgia moderna como una savia que no fructifica. Tratemos de analizar esta escuela que no existe. (1).

Lo más académico y organizado sobre la materia son los seis puntos que constituyen el sextálogo del expresionismo, formulado por Carl Enoch William Leonard Dahlstron y que en resumen son: 1) Solipsismo, lucha de opuestos, tendencia autobiográfica, tipificación, monólogos, apartes; 2) Inconsciencia, intuición, distorsión de la realidad, carácter de ensueños, pantomima, estilo literario telegráfico; 3) Sentimiento, éxtasis, música; 4) objetivización de experiencias internas, lirismo, alma pura, verso, contrapunto óptico; 5) Religión, búsqueda de Dios, realización de Dios, batalla con los "Poderes", lo sobrenatural; y 6) El valor del hombre, marco sicaláptico, socialismo esotérico, humanidad espiritual, realismo, recreación de los valores humanos. (2). Estos seis puntos, junto con la vuelta al mito, la teatralización y estilización de las formas para integrar la "poesía del teatro", se hallan presentes en alguna que otra medida en las obras del expresionismo. Para Bentley, las tres raíces del expresionismo son: Strindberg, la desesperación adolescente y la luz eléctrica. El primero de estos pilares está ya estudiado; la revuelta de los adolescentes fue el resultado de la primera guerra mundial que puso en descubierto una estructura social de carácter irracional; y la luz eléctrica es el caballo de Troya, con el cual Appia, el Strindberg de la puesta en escena, el verdadero creador de toda la escenografía moderna, rompe las murallas del realismo y penetra audaz su ciudadela confiado en el engaño de sus defensores y demostrando que la luz era capaz de crear una escenografía. Formalmente la actividad del expresionismo es prodigiosa y va desde la farsa a la tragedia, desde la renovación de los temas helénicos hasta la actualidad más detallada, el soliloquio, el aparte, las máscaras, la utilización del cine en la escena, las masas, la pintura abstraccionista, la música y sobre todo, rompiendo la falsa ilusión de que los espectadores no estaban en un teatro sino frente a la vida misma. Este intento es el llamado "teatralización" y bien merece un párrafo aparte.

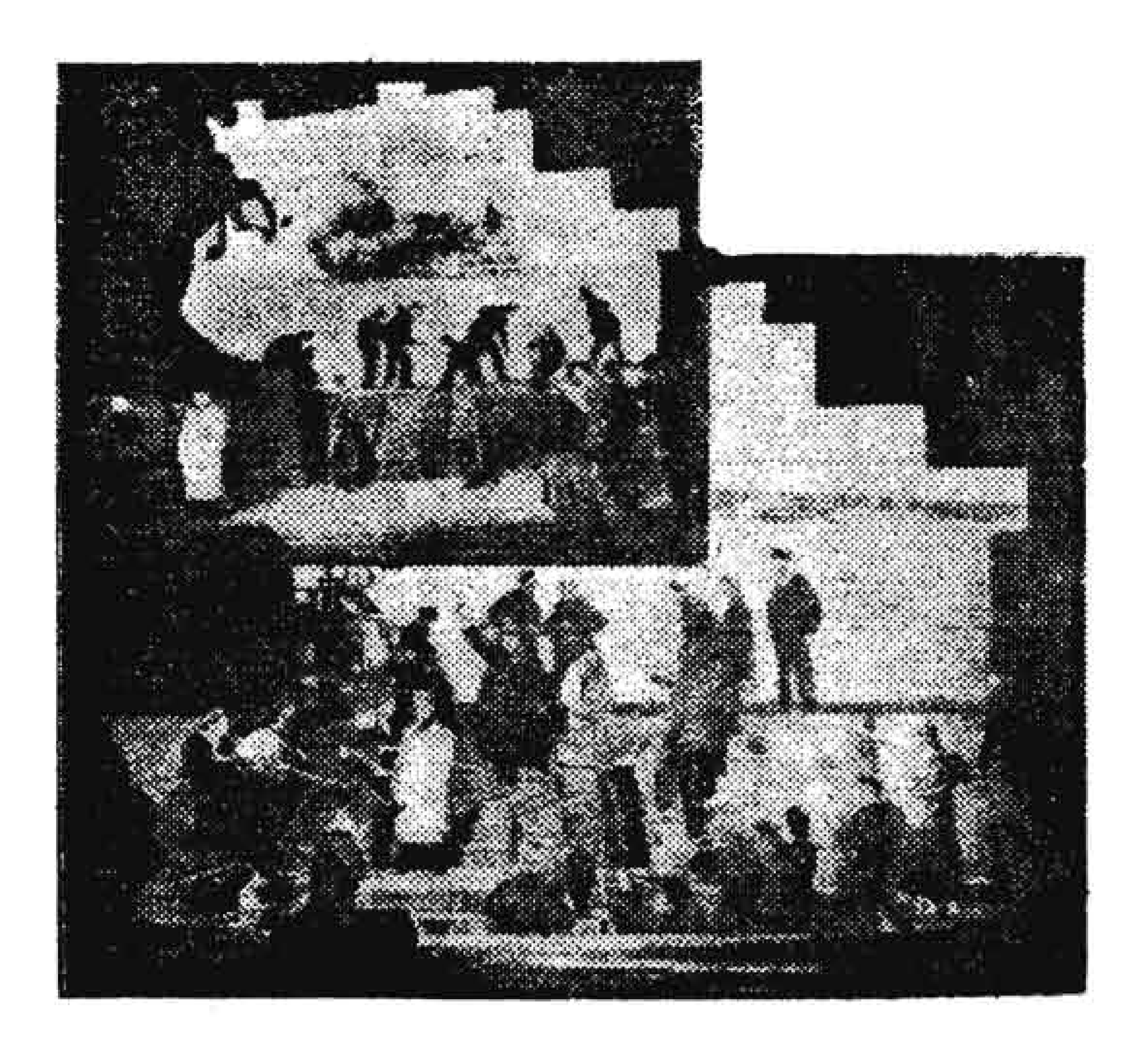
Cocteau es en cierta y muy importante medida el creador del término, al tratar de establecer el teatro "puro" lejos de mezclas con la literatura y las demás artes. "Hay que establecer la poesía del teatro", no la poesía *en el* teatro", aclara en su "llamada al Orden", especie de manifiesto surrealista. La poesía "del teatro" de Cocteau parte de una base cierta: trata de destrozar la ilusión teatral, mostrar en todo momento al espectador que se encuentra en una sala de teatro, escuchando una historia que está bien lejos de ser la vida misma y que todo es un truco, premeditadamente diabólico, del director y los intérpretes. Los personajes no son entes morales ni sus escenarios el "cuarto Victoriano" de sus abuelos; sus caracteres son muñecos en las hábiles manos del dramaturgo y su escena es un espacio vacío lleno de luz, color, movimiento y ritmo Los incidentes no están relacionados en forma de clímax y argumentación episódica para alcanzar una culminación racional y nunca son la imitación de una acción al modelo Aristotélico, sino un fragmento de sensibilidad, incoherente en su desarrollo dramático, pero que hay que aceptarlo en su totalidad y como una simple experiencia humana capaz de ser creída sin ser entendida, de la misma manera que se recibe un cuadro expresionista, que carece de moral, de historia, de significado literario.

Toda esta distorsión de la realidad trajo como secuela inmediata la dictadura de los directores de escena, régimen inaugurado por el talento espectacular de Reinhardt. El director pasó a ser el verdadero creador de la obra, el artífice total, el supremo jefe en el arte del teatro; cada estreno era seguido



La primera representación (1928) de "La Opera de los tres centavos" de Brecht en el teatro Am Schiffbauerdamm en Berlín. Brecht es un heredero directo, en sus inicios, de todo el expresionismo alemán; luego adoptaría posturas propias, superando las concepciones de su época.

"Olas de Tempestad" de Alfonso Paquet en 1926; puesta en escena de Piscator. Véase la utilización de las pantallas cinematográficas para alargar la acción dramática. Ese es el principal aporte de él al expresionismo.



con admiración más por la personalidad del regisseur que del escritor que había concebido en principio la pieza. El resultado fue una dicotomía entre el teatro y el drama, con perjuicio de este último, lo que explica la carencia de verdaderas obras maestras de este estilo "no-realista". (3).

Esta incapacidad del expresionismo para mostrar el interior de la vida, para superar esta separación entre teatro y drama y ajustarse a un medio expresivo producto de una sensibilidad ordenada, es el lastre que retarda el desarrollo del movimiento. Lo que se había anunciado en 1910 como una de las más puras y bellas de todas las escuelas dramáticas en el teatro moderno, se esfumó en medio de vapores argentados y el movimiento se transformó en una influencia que determinó la renovación de viejas fórmulas y esquemas. Mientras tanto, el realismo, replegado en esa fortaleza inexpugnable del melodrama y el entretenimiento que es el cinematógrafo, permanecía esperando su momento apropiado para reaparecer.

El expresionismo, nacido a principios de siglo, madurado en la década del 20 y llamado a desplazar todos los demás movimientos, desapareció para injertarse en el nuevo teatro, como una influencia decisiva en el mismo.

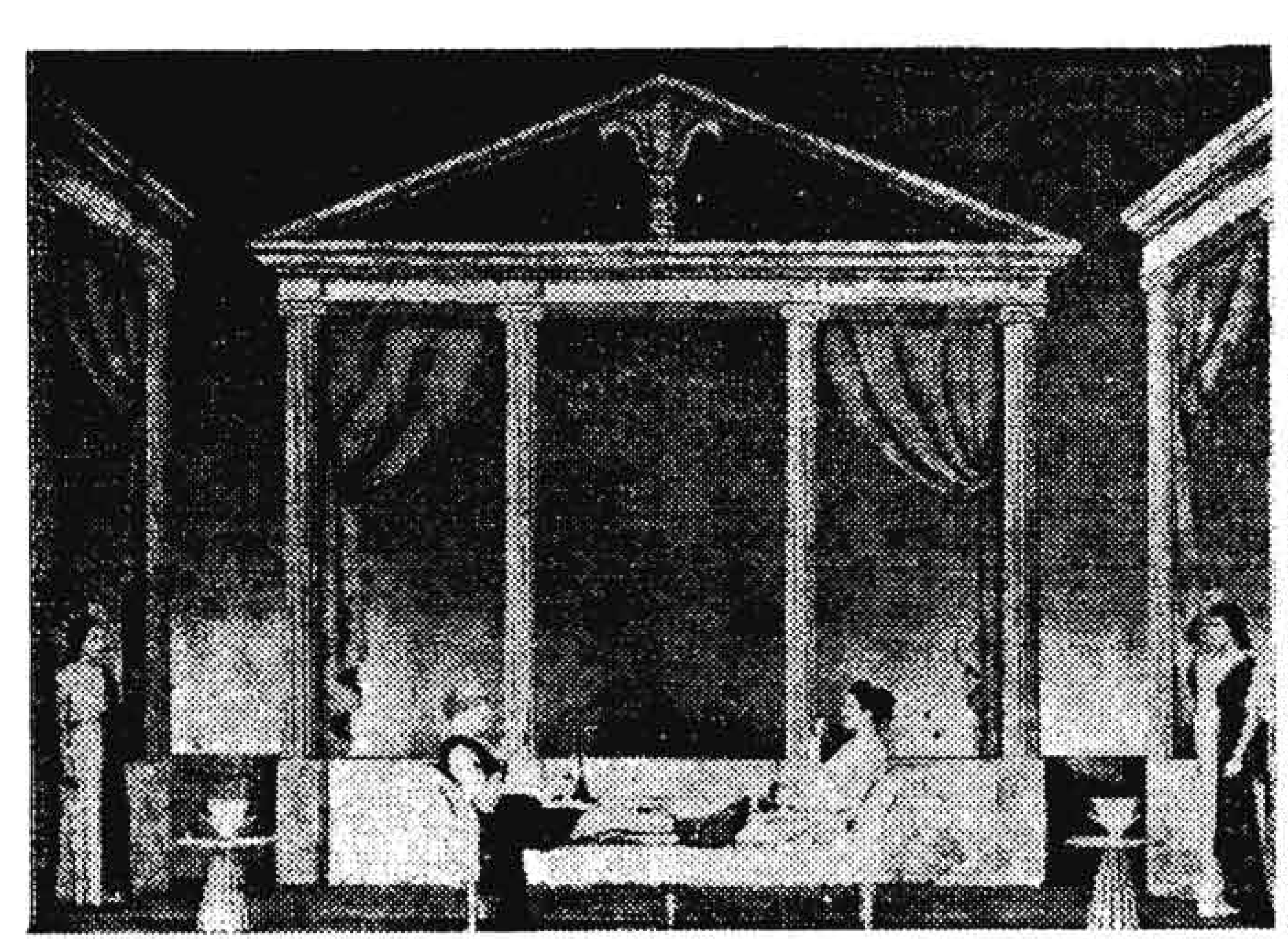
Si nos proponemos concluir, sólo añadiré que si bien Simmel explicó que los expresionistas trataron de agarrar la esencia de la vida sin su contorno, este contorno es, sin embargo, de una belleza tal como en muy pocas ocasiones la había conocido la escena: Talía se presentaba sin cabeza, pero vestida con sus mejores galas. Y es muy posible que el teatro del futuro, por lo menos en el presente siglo, sea determinado por un realismo fuertemente pertrechado, pero saboteado por las tendencias no-realistas, hasta provocar la combinación y mezcla del drama y el teatro.

Analizando el teatro en los años del 30, un crítico severo aseguró que la escena ya estaba condenada a muerte. Si su profecía se ha cumplido, nunca antes se había observado un cadáver con tanta vida...

(1).—La mayoría de la crítica contemporánea está de acuerdo en este punto. Al expresionismo le faltó, para constituirse en una escuela teatral, la consistencia, la sensibilidad organizada y la cohesión que caracterizan otros movimientos. Su incapacidad para construir el drama del hombre de hoy es lo que explica la decandencia del teatro en los años posteriores a 1920-30, cuando el expresionismo fue desapareciendo lentamente para injertarse en las otras escuelas y concluir su trayectoria como una influencia. Hoy, casi medio siglo después de su aparición, el expresionismo se manifiesta como una tendencia dentro del realismo social y su suerte está echada.

(2).—El libro en cuestión es "Strindberg's Dramatic Expressionism" del profesor Carl Enoch William Leonard Dahlstron, un tono indispensable para el estudio de Strindberg en particular y los expresionistas en general, con una generosa abundancia de crítica y anotaciones de los mejores pensadores alemanes de la época. El estudio exhaustivo de las obras expresionistas de Strindberg (entre las cuales el profesor incluye a "Padre") y las conclusiones generales a las que arriba, hacen de su estudio una valiosa interpretación del más apasionante de los dramaturgos modernos.

(3).—El principal culpable de esta dicotomía moderna es el brillante inglés Edward Gordon Craig, que llegó a tratar de eliminar de la escena nada menos que el elemento humano para sustituirlo con sus supermarionetas, una idea que desgraciadamente tiene más seguidores que lo que muchos se imaginan. La raíz de esta división que tanto daño ha hecho al teatro en el presente siglo parte de la falta de escritores que se emparejaran a las ideas escenográficas de todos estos maestros, que se convirtieron en dictadores de la escena y en autores ellos mismos. Nunca antes en la historia teatral el actor había significado tan poco para el director; por suerte, estas teorías parecen ir desapareciendo. Lo que había surgido como una reacción contra el divismo escénico, se convirtió, gracias al talento de los directores, en el divismo del *régisseur*, con iguales o peores consecuencias.



Ejemplo de "teatralización" de Lee Simonson para "Anfitrión 38" de Giraudoux. El expresionismo tuvo una influencia notable entre los escenógrafos de los Estados Unidos a partir de la década de los años 20.

"Un tercio de la nación", realizado por el Teatro Federal en la forma de "periódico viviente", que es una adaptación dramática norteamericana de los principios expresionistas europeos y el mejor ejemplo de teatro social de los Estados Unidos. "Un tercio de la nación" estudiaba el agudo problema de la vivienda.



● ● ● ● ● Un hombre INFAME

ROGELIO LLOPIS

Curbelito y yo habíamos decidido secuestrar el perro del enigmático borrachón irlandés, Mr. McGahren. Lo que en realidad nos proponíamos no era un secuestro sino más bien hacer desaparecer a Buck, como le llamaba su amo, o Bobo, como le llamaba la familia puertorriqueña dueña de la casa de inquilinato donde Curbelito y yo compartíamos una habitación. Al principio de vivir allí creímos que aquello de haberle puesto al perro un nombre como Bobo constituía una jarana premeditada, y que mofarse del irlandés era comidilla corriente entre los miembros de aquella familia. Pero muy pronto nos dimos cuenta de que aquella gente no daba para tanto, y que el cambio de nombre se debía más que nada a que se habían encariñado con el perro. Le habían puesto "Bobo" sencillamente porque de tan noble que era, el perro parecía bobo.

Largo rato estuvimos Curbelito y yo deliberando sobre cómo hacer desaparecer el perro. Primero se nos ocurrió echarle estricnina en la comida. Pero envenenarlo presentaba inconvenientes demasiado engorrosos, amén de que nos era imposible conseguir la estricnina. Una receta nos hubiera permitido comprar el veneno en cualquier botica de Nueva York. Pero poder producir la receta estaba más allá de nuestro alcance. Yo hice hincapié en lo inútil que resultaría pedírsela a un médico, o a un veterinario de habla española. Dar aquel paso exigía solicitar una consulta antes, pero no teníamos la cara lo suficientemente dura, ni se nos había ocurrido un cuento lo suficientemente convincente.

Tampoco nos era dado conseguir el veneno por trasmano. Entre la gente que conocíamos no había ni un solo individuo a cuyo alcance estuviera ponernos en contacto con alguien que pudiera servirnos a cambio de cobrarnos el favor. En todo caso, siempre se nos ofrecía podernos transar por un veneno de dudosa eficacia pero accesible al público —algo así como un insecticida potente, o acaso romper unos cuantos termómetros para aprovechar las cualidades tóxicas del mercurio. En resumen, que la única muerte que le hubiéramos podido dar al pobre Buck era justamente de perro, y llegar a proporcionársela nos parecía un desatino y nos repugnaba bastante.

Curbelito, que era partidario resuelto de la acción directa, demudó el semblante al oírme decir que teníamos que poner en práctica un plan de acción más hacedero.

—Pero, chico, ¿qué otra cosa podemos hacer para partirle el espinazo al irlandés? —me preguntó.

Para cada ocasión Curbelito solía tener un dicharacho a flor de labio. Tal maña me había hecho concluir que su presencia de ánimo era extraordinaria. Pero ya hacía rato que me había brindado pruebas de cuánto era capaz. Por ejemplo, de sobra sabía que no era capaz de un esfuerzo mental que le exigiera pensar en algo detenidamente. Pero aún sumando sus limitaciones, entre las cuales había que contar aquella pretensión suya de creerse más vivo y simpático que nadie, era evidente que estaba dotado de inteligencia práctica y que poseía buena cabeza para vérselas con el mundo. Su padre era gallego, y dueño de una pequeña tintorería perdida en uno de esos callejones coloniales de La Habana Vieja por donde a duras penas cabe un automóvil. A los pantalones que vestía Curbelito, sin exceptuar los dos de color negro que alternativamente usaba para trabajar, nunca les faltaba un filo reluciente. La costumbre de conservar su ropa bien planchada debía de obedecer a la circunstancia de haberse criado en un ambiente saturado de atmósfera de tintorería; y, naturalmente, a su gusto por el "figurao".

—Mira, compadre, —le dije yo— hay otros medios de ajustar cuentas con el irlandés. ¿Qué te parece la tortura mental?

—¡Eh! —repuso Curbelito.— ¿Tú quieres decir humillar al tipo? ¿Pero cómo? Con lo poco que sabemos de su vida, ¿qué daño le podemos hacer? Sabemos que es un fascineroso, que es tremendo curda y que nunca se baña... ¿qué entiendes tú por tortura mental? Que averigüemos si su mujer le está jugando fú o si tiene un hermano delincuente o si su madre...

—No, viejo, no. No se trata de meternos en tanto lío. Podemos cobrárnosla de otra manera.

Cuando hube interrumpido a Curbelito no pude reprimir lo que me pareció ser un sentimiento de inferioridad. Su agudeza y desparpajo me habían impresionado mucho más de lo que yo estaba dispuesto a reconocer en mi fuero interno —y eso que él sólo tenía diecinueve años y yo veintidós. No sabía si alabar su febril imaginación o si echarle en cara, medio en broma, que era un chantajista nato. Pero me pareció más al caso no apartarme del tema y me levanté de la silla a buscar la cajetilla de cigarrillos, ya que nuestras deliberaciones me habían dado ganas de fumar. Antes de regresar a mi asiento, que se hallaba frente al que Curbelito ocupaba en medio de la habitación, di candela al cigarrillo que él me había aceptado y al mío propio. Me eché hacia atrás en el asiento, puse cara de sesudo y miré a mi amigo de hito en hito.

—Si envenenamos el perro ahí termina la cosa. El irlandés se sentirá tristón por unos días, o unas semanas, o quien sabe si por unos meses. Pero si se lo secuestramos, el no saber dónde anda metido el perro vendría a crearle un estado de agobio ...y después, como un tiro, se pondrá a sufrir y a desesperarse.

—Me parece que has dado en el clavo. Ahora lo único que falta es que el irlandés se deje torturar por la desaparición del perro. Acuérdate que una cosa piensa el borracho y otra el bodeguero.

—¿Tú crees que él seguiría viviendo aquí, al lado de nosotros, si no fuera porque el dueño le permite tener el perro en la casa? El dueño hasta acepta que el irlandés suelte el perro en el sótano todas las mañanas antes de irse a trabajar. Tú sabes que en la mayoría de las casas no admiten perros.

—Y las hay que no admiten ni perros ni cubanos —intercaló Curbelito, apagando el cigarrillo en el cenicero mientras se levantaba de su asiento.

—Tengo que irme a trabajar— agregó.

Y sin más, tomó la chaqueta de cuero negro del respaldar de la silla y se la caló en el cuerpo de un solo movimiento. Antes de abrir la puerta volteó la cabeza en mi dirección e hizo constar:

—Vamos a ver si esta semana le metemos manos al perrito.

—No vayas a romper muchos platos en el restaurante esta noche— le dije.

Me dedicó una sonrisa un poco desganada —supuse que por tenérselas que ir a ver con los platos— y dió un portazo sonoro que tuvo que haberlo oído la casa entera.

Curbelito era "busboy", como yo, y trabajaba en un restaurante de "Times Square" de cinco de la tarde a una de la madrugada. Yo, por el contrario, empezaba temprano por la mañana y quedaba libre a eso de las cuatro menos cuarto de la tarde. En vista de nuestro horario teníamos que dejar el secuestro del perro para un sábado o domingo, días en que a ambos nos tocaba descansar. Aunque estos también eran los días de asueto del irlandés, los inconvenientes que íbamos a tener que vencer no lucían tan formidables y hasta, incluso, podíamos contar con una circunstancia favorable. Todos los sábados por la mañana, ya lloviera o relampagueara, el irlandés acostumbraba frecuentar la barra de la esquina. Casi siempre llegaba antes que los demás parroquianos y se instalaba en una banqueta alta frente a una copa de cerveza y un vaso pequeño de whiskey de centeno, con los brazos cruzados sobre el canto de la barra. Su narizota roja, presa de ligeros temblores, permanecía absorta olfateando las emanaciones del licor; y escondidos detrás de unos lentes gruesos, cuya armadura ahumada era fácil de confundir con aquellas cejas hirsutas y llenas de canas, sus ojos parecían hipnotizados por todo cuanto acontecía en la pantalla del televisor. El perro venía a acurrucarse a sus pies, debajo de las suelas de sus zapatos, porque habitualmente encaramaba las piernas en el travesaño metálico de la banqueta.

Cuando los tragos comenzaban a rondarle la cabeza se ausentaba de la barra; y una vez frente a la casa, metía el llavín en la cerradura y empujaba al perro puertas adentro, seguro de que Buck iba a encontrar acogida en el sótano de los puertorriqueños. Cumplida su misión, McGahren regresaba derechamente a la barra y no se le volvía a ver en la casa hasta bien entrada la noche, ya vencido por los tragos. Durante tiempo indefinido el perro permanecía en el zaguán, aislado del resto de la casa. Daba vueltas y más vueltas, y al no hallar en qué entretenerse se afanaba en husmear en los rincones. Aburrido de este pasatiempo, se dedicaba a rascarse los flancos con las patas traseras y unos pelambres resecos, que daban fe de su condición de vejestorio, revoloteaban en el aire y se esparcían a lo largo del sucio y gastado linoleo.

Curbelito y yo teníamos que actuar antes que uno de los puertorriqueños viniera a llevarse el perro para el sótano. Teníamos que echarle mano y hacernos con él cuanto antes, y sin ser sentidos. ¿Pero consumado el secuestro, cómo deshacernos de él luego? Era demasiado grande para meter en una caja de cartón y transportar en el "subway". Yo estaba dispuesto a tomar un "taxi" con Curbelito y el perro, aunque me tuviera que desprender de un par de pesos. Mi plan era atravesar el puente de "George Washington" y soltarlo en algún paraje solitario del estado de "New Jersey", donde abundan los bosques y matorrales. Allá anclado, no sabría qué rumbo tomar y llegaría a extraviarse sin remedio. Y sin collar de identificación, ¿quién iba a poder establecer el nombre y la dirección de su amo? Nosotros nada teníamos contra Buck, sino que más bien nos caía simpático, porque se daba muy fácil con la gente. A mí me llamaba la atención el brillo perenne de su hocico, su mirada llena de resignación y lo dócil que era con su amo. Hasta habíamos llegado a pensar que él era más humano que el propio irlandés; y por respeto a sus virtudes le íbamos a comprar un enorme hueso suculento el día del secuestro, pues no queríamos tener cargos de conciencia.

Ni Curbelito ni yo hubiéramos podido decir que sabíamos inglés, pero no estábamos exentos de ciertas nociones. Además, los dos contábamos con cualidades que nos ayudaban a contrarrestar en algo nuestra falta de desenvoltura en el idioma. El, su oído privilegiado (la música popular y el baile eran sus distracciones favoritas); y yo, una insaciable curiosidad que me llevaba a meter de lleno las narices en todo lo que suscitara mi interés. Debido a aquella falta de desenvoltura nuestra, no habíamos cambiado más que los buenos días con el irlandés. Y esto fue al principio de mudarnos aquí, recién llegado Curbelito de Cuba. Pero ya ni lo mirábamos; aunque al advertirnos en el pasillo, él solía espiarnos con el rabillo del ojo, probablemente molesto de notarnos tan ensoberbecidos y quién sabe si hasta algo avergonzado por lo sucedido. Todos los demás inquilinos le saludaban, y a veces hasta se detenían en el pasillo a hacer algún comentario de pasada con él. Entre los dos matrimonios y diez u once hombres solos que allí nos hospedábamos, nosotros éramos los únicos inquilinos que experimentábamos dificultad en hacernos entender con soltura. En la casa había una franca mayoría de puertorriqueños, amulatados casi todos. Aparte del irlandés, había dos norteamericanos más, que vivían en habitaciones donde hubiera sido difícil, por no decir milagroso, poder acomodar otra persona; y Curbelito y yo, que entre los dos componíamos el número total de cubanos que allí residía.

Por desgracia, el irlandés vivía en el cuarto de al lado. Tan incorrecto era que nosotros a él le llamáramos "el irlandés", como que a nosotros en Nueva York se nos llamara "Spanish" Nosotros éramos españoles en el mismo sentido que él era irlandés, no más que por la sangre. De su patriotería exaltada tuvimos un ejemplo que nos puso en guardia contra él y que constituyó el incidente que dió lugar a la primera fricción entre él y nosotros. Empotrada en la pared más extensa, había en nuestra habitación una chimenea francesa que uno no tenía más que mirar para saber que debía llevar años sin funcionar y que estaba allí como pieza decorativa. Sobre la repisa de la chimenea teníamos puesto un florero liso con un par de banderillas cubanas insertas en forma de equis; más arriba, cubriendo la pared hacia el centro, casi se besaban las puntas de dos gallardetes triangulares, de fondo azul oscuro y gruesos filetes blancos, sobre los que resaltaba VIVA CUBA en color rojo. Cuando la puerta permanecía abierta, desde el pasillo se podía ver el florero con las dos banderillas dentro; más el par de gallardetes, vueltas hacia el techo sus respectivas puntas, tan pegadas que parecían formar el vértice de un ángulo recto. El irlandés, de cuyo gusto por enterarse de la vida ajena ya nos habíamos percatado, debió haber visto todo aquello alguna vez, porque un buen día apareció en su puerta una bandera norteamericana de papel sujeta por cuatro tachuelas. A nosotros no nos cupo duda que se trataba de un desafío, y a pesar de haberle celebrado la gracia llegamos a sentirnos un poco indignados ante la estúpida pequeñez que aquello suponía.

Pero a él no le bastó con dejar las cosas así. Se hubiera dicho que sólo mediante una provocación directa quedaría satisfecho aquel gusano que venía royéndolo por dentro. Yo, al menos, di por seguro que eventualmente nos haría una grosería o, lo que hubiera sido peor, llegaría a ultrajarnos de palabra —y no me falló la corazonada. Un sábado por la noche, en el momento en que nosotros salíamos a dar una vuelta por el barrio, él hacía ademán de entrar a su cuarto. Estaba perdidamente borracho, con las dos manos agarradas al mango de la puerta, flojas y arqueadas las piernas. Miraba a su alrededor sin atreverse a dar un paso por temor a resbalar al suelo. Pensé que sólo por arte de birlibirloque pudo haber cubierto la distancia que se extendía entre la barra y su cuarto. Todo su cuerpo pesado oscilaba entrecortadamente ante la puerta. Sin embargo, la vista parecía responderle, porque sus ojos se mostraban capaces de mirar con fijeza. Y a juzgar por la exclamación que soltó al sentirnos bajar la escalera, el alcohol tampoco había logrado nublarle la mente.

—¡Lousy Spiks!" —gruñó de pronto, y alcanzamos a ver unas hilachas de baba formando garabatos sobre la solapa lanuda de su abrigo.

Desde entonces se la teníamos guardada. "Lousy Spiks" era una alusión injuriosa a nuestro origen racial, semejante a decir en Cuba "niche, capirro o gaito sarnoso". Traducidas al español las palabrotas del irlandés resultaban más bien cómicas que otra cosa. Atendiendo al sentido que poseían querían decir "par de piojosos de habla española". "Spik" era en sí un término despectivo que tenía el mismo significado que "gaito" o "galifardo" en Cuba. Pero como en sentido estricto, no era español el abolengo de la mayor parte de las gentes de habla española en Nueva York, lo de "Spiks" nos parecía un reverendo disparate, comparable con el tipo de vida que solían llevar los neoyorquinos.

Sin embargo, aquel insulto gratuito nos había soliviantado y herido en lo hondo, no obstante de que a nosotros el irlandés nada ofensivo nos volvió a decir. Por increíble que pareciera, sabíamos de buena tinta que llevaba años trabajando de conserje en una iglesia católica. Su vida era ciertamente de perro, y no tanto porque tuviera que trabajar demasiado, sino porque habiendo llegado a una edad madura —representaba no menos de cincuenta años— se vería forzado a vivir en una soledad abyecta, con la exclusiva compañía de su perro y su aparato televisor. Cuando oíamos el tintineo de latas de cerveza entrechocando, sabíamos a ciencia cierta que él se hallaba en su cuarto.

Uno de los inquilinos puertorriqueños nos había relatado que el irlandés era casado y que tenía un hijo con la mujer. La noticia no nos tomó de sorpresa, pues habíamos notado que cada cierto tiempo le caía de visita una rubia ya gallina y de carnes fofas, cuya facha nos hizo suponer que al igual que el irlandés, debería estar peleada de por vida con el agua. Ella nunca traía al hijo, que según nos habían dicho era ya muchachón; y nunca se quedaba a dormir o pasaba más de unas horas en compañía de su esposo. Permanecía con él en el cuarto y se les oía hablar de continuo. A veces las palabras degeneraban en exclamaciones abruptas. Al irlandés le salía una voz que sonaba como si arrastrara consigo una buena dosis de saliva espesa, pero aquélla era su forma característica de hablar. Ella, en cambio, poseía una entonación clara que a mí me parecía demasiado gruesa para una mujer. Su voz hería nuestros oídos a través de la pared, y retumbaba de vez en cuando por todo el ámbito del cuarto.

—¡"Money!" "¡Money!"— le oímos gritar unas cuantas veces, fuera de sí.

Por lo que habíamos podido sacar en claro, y lo que ya sabíamos de casos semejantes, supusimos que el irlandés con alguna frecuencia debía hacerse de la vista gorda y desmochar, o suspender sin previo aviso, la mensualidad que haría llegar a su mujer para la manutención del hijo. También supusimos que debía ser cuando dejaba de percibir aquel dinero, que ella se le aparecía en el cuarto hecha una fiera y dispuesta a tragárselo vivo a la menor provocación. Ya se nos había hecho imposible dudar que el mejor amigo del irlandés era su perro.

Aquellas tánganas que le formaba su mujer se sucedían con regularidad cronométrica cada cierto tiempo. Habíamos llegado a preguntarnos si él se desprendería voluntariamente de aquel dinero, o si se lo enviaría a su mujer obligado por una disposición de los tribunales. La ojeriza que le profesábamos nos inclinaba a pensar que esto último debería ser el caso. Instintivamente rechazábamos pensar que pudiera nacer de él enviarle una mensualidad al hijo. No creíamos que en él estuviera tomar una iniciativa tal. A nuestros ojos todo él estaba hecho de una sola pieza.

Todavía no habíamos fijado la fecha del secuestro cuando un acontecimiento inesperado vino a desbaratar todos nuestros planes. Un automóvil despachó al perro al otro mundo. Le había fracturado la espina dorsal y horas después murió en el consultorio de un veterinario, a donde fue a recalar llevado por los puertorriqueños. El irlandés se enteró del accidente a su regreso del trabajo. Supo sobrellevar la pena con estoicismo propio de español. Al día siguiente hizo enterrar los restos de Buck en un cementerio canino; y esa misma noche se pegó la que debió haber sido una de las borracheras más grandes de su vida. Nosotros vivíamos en un primer piso y él tuvo que subir a gatas la escalera que lo separaba de su cuarto. Los que presenciaron aquel espectáculo nos contaron que los resoplidos que emitía y las coces que lanzaba, mientras iba trepando los escalones, sacaron de la cama a la mitad de los inquilinos.

Pero el irlandés no fue el único ser a quien la muerte del perro acongojara. También los dos hijos varones del dueño andaban cabizbajos. Todas las tardes a su salida del colegio se ponían a retozar con Buck en la acera que daba acceso a la casa. Si bien era cierto que se habían prendado de él sobremanera, no menos cierto era que la culpa de que el perro encontrara aquel fin la habían tenido ellos. Junto con Buck se ponían a corretear por la calle entre automóviles en marcha sin parar mientes en que el perro era demasiado viejo y escasamente daba la talla para todo aquello. Pero por más que siempre estuviera dispuesto a tomar parte en las chiquilladas a que se entregaban los hijos del dueño, la última vez que se propuso hurtarle el cuerpo a un automóvil en marcha, ni la mucha suerte que hasta entonces había tenido, ni su poca agilidad, fueron capaces de salvarle el pellejo.

De hecho, nosotros ya le habíamos ganado la partida al irlandés. Su desmoronamiento moral marchaba a pasos agigantados. Pero como nuestro triunfo había sido obra del azar y no de nuestros esfuerzos, no podíamos sentirnos del todo satisfechos. La muerte del perro nos había propinado un rudo golpe. Ya no podríamos ver al irlandés en trance de irse hundiendo día por día. Sin embargo, nos servía de aliento que estaba a punto de cuajar su completa desmoralización, que bien mirado significaba lo que a la larga había sido nuestro propósito lograr.

Durante una semana estuvo sin ir a trabajar y borracho de sol a sol. Por la noche se dejaba caer con estruendo en la cama y roncaba como si se hubiera tragado un pito de locomotora. El irlandés estaba hecho un hazmerreír. No había más que verlo entrar cayéndose al cuarto para soltar la carcajada. Nosotros nos reíamos de él en privado a mandíbula batiente. Decíamos que era dragón y que el día menos pensado iba a darle candela a la casa con su tremendo vaho alcohólico. Toda aquella semana la pasó metido en la barra. Bebía frenéticamente, como si hubiera intuído que de un momento a otro exhalaría su último suspiro y quisiera llevarse a la tumba una enorme panzada de cerveza de barril mezclada con whiskey de centeno.

Casi siempre la borrachera le daba por armar bulla y alborotar a todo el mundo en la casa. Movido por las quejas que a diario le daban los inquilinos, al dueño no le quedó más remedio que reconocer que debía tomar cartas en el asunto.

Algo debió haber sospechado el irlandés porque esquivaba un encuentro con el dueño; y ya podría echar abajo la puerta de su cuarto algún amigote suyo, de los que venían a buscarlo para empatar borracheras, que él no la abría. Así y todo cuando lo veía subir borracho a su cuarto, el dueño no se atrevía a hablarle y, anonadado, e inmóvil como una estatua, prefería guardar la distancia. Pero un sábado por la mañana, a la hora en que el irlandés solía hallarse en la barra de la esquina, vino a verlo su mujer. Se cansó de tocar y pedirle que abriera; y cuando al fin se dió por vencida, bajó al sótano a averiguar con el dueño dónde podría estar el irlandés. Era de esperar que allí la pusieran al tanto de la conducta escandalosa del marido y que se le rogara que hiciera por que él se mudara cuanto antes. Tan pronto dejó a los puertorriqueños se dedicó a buscar a al irlandés, y se puso a recorrer las barras diseminadas por las inmediaciones de la casa.

Como a eso de la una de la tarde los sentimos entrar juntos y casi en seguida sobrevino una acalorada discusión que ella cortó en seco marchándose sola. Tal parece que él, temeroso de lo que le esperaba si volvía a hacer vida común con ella, se aferró a su independencia y no la quiso acompañar. Pero unos días después él recogió sus cosas, pagó al dueño los atrasos que debía del alquiler y se largó bajo una nevada que metía miedo. En la puerta del cuarto había dejado olvidada la bandera de papel. Al día siguiente por la tarde yo la descubrí allí abandonada, y en el acto llamé a Curbelito.

—Mira lo que te dejó el irlandés —le dije.

—¿Qué te parece si la hacemos pedacitos?

—¿Y qué vamos a sacar con eso?

—Nada... nos damos el gustazo.

—¿Qué más da que se quede dónde está? ¿A quién le rompe un hueso?

Pero de regreso al cuarto, leí en sus ojos que seguía con ganas de hacerla añicos. Yo lo conocía bien. No en balde hacía más de seis meses que éramos compañeros de cuarto. Cuando una cosa se le metía en la cabeza solíamos tener tema para largo rato.

Curbelito hacía hincapié en que el irlandés la había cogido con nosotros sin ton ni son.

—Compadre, le caímos gordos al tipo sin comerla ni beberla. ¿Por qué tuvo que ser con nosotros, y no la cogió con alguno de los otros "Spiks" que viven aquí? ¿Por qué no la cogió con un "boricua"?

—Porque ninguno de ellos tiene en el cuarto banderillas de su país, ni gallardetes que digan VIVA PUERTO RICO. En este país a la gente le cuesta trabajo concebir que un extranjero se sienta orgulloso de ser lo que es, y de no querer adoptar el "American way of life".

—¿El qué...?

—El sistema norteamericano de vida, compadre.

—No te pongas bravo, papá... pero al inglés tuyo hay que darle bastante cepillo. Está un poco cayuco, sabe.

Yo me reí de buena gana de la observación de Curbelito, sin que por ello dejara de pensar que debía tratar de quitarle el "barrenillo" de la cabeza. Pero mis argumentos, uno tras otro, cayeron en oídos sordos; y no tardé demasiado en comprender que perdía mi tiempo hablándole, porque se obstinaba en no querer entrar por razones.

Ya yo había renunciado a todo intento de disuadirlo, cuando oímos sonar el timbre de la casa. Tal como era nuestra costumbre, salimos al pasillo y nos asomamos sobre la baranda de la escalera a ver quién había tocado. Vimos al dueño abrir la puerta del zaguán, y seguir de largo para abrir la de la calle. Ya que desde donde nosotros nos hallábamos no podíamos ver quién era, nos pusimos a escuchar un intercambio de palabras en inglés que no alcanzamos a oír del todo bien y que duró menos de cinco minutos; y luego apareció el dueño seguido del irlandés. Subieron la escalera y se llegaron hasta la puerta del cuarto desocupado. Sin decir palabra, el irlandés se entregó a la tarea de rescatar su bandera. Una vez enrollada y asegurada con liga de goma, dio gracias al dueño y se quedó mirándonos como si entre él y nosotros siempre hubiera reinado la más perfecta amistad. Curbelito no se dejó impresionar, pero yo experimenté un sobresalto de asombro. Era la primera vez que había podido captar un ademán simpático en aquel rostro que parecía hecho para expresar hastío. Y mi asombro no tuvo límites cuando al tomar la escalera para marcharse, se volvió hacia nosotros y nos dijo:

—"So long, boys. No hard feelings, I hope"

—¿Tú entendiste lo que dijo?— le pregunté a Curbelito, para tener la absoluta certeza de haber oído bien.

—¡Cómo no voy a entender lo que dijo! Dijo que espera que no le guardemos rencor. Lo que pasa es que yo no entiendo tu inglés; pero el que hablan los americanos, sí.

—Parece que al hombre le ha pesado habernos insultado.

—Debe ser que hoy se levantó contento. ¡Ese tipejo es un cínico y un habitante! —dijo Curbelito en voz relativamente alta y forma descompuesta, como para que lo oyera el dueño y como para darle a entender al irlandés que a nosotros nos tenía sin cuidado su desconcertante gentileza.

Pero difícilmente hubiera podido, ni el uno ni el otro, saber de qué se trataba, puesto que en el momento en que se produjo la "descarga" de Curbelito acababan los dos de bajar la escalera, e incluso ya uno de ellos iba desfilando por la puerta del zaguán. Los pasos de ambos nos impidieron oír el "goodbye" que debieron haberse reciprocado, y tras el portazo del irlandés reapareció el dueño en el pasillo de abajo. Su andar era lento y maquinal, y no tenía ojos sino para el piso.



TONY EVORA

mirando y dejando

FAUSTO MASO

LA MUJER EN LA VIBORA

Antes se atraviesa el mercado. Se pasa por la Plaza del Vapor, y no es mala la idea de comprar un billete de lotería. Después se habla a solas con el conductor y se traza una raya en el costado de la guagua. Se toma por Concepción, Obispo, Mercaderes y el Prado. Con un árbol en cada mano se llega a la casa de la muchacha en la Víbora. Porque es allí donde vive, y se conocen sus ojos, su pelo, su mano, el sillón donde se sienta, y el sitio de su sombra.

Se conversa. Se piensa en ella, y a la vuelta de la noche, la figura anda cuidadosa de no perderse para siempre. La distancia se agranda, y terminamos sentados en el banco de un parque frente a un colegio de monjas.

Porque es la mujer, la sola mujer, la mujer.

(Y naturalmente nos engaña).

LA GUAYABERA SOY YO

La Guayabera es un crucifijo que dice "Ahora, a la vuelta de la esquina empieza la pelota, juegan Habana y Almendares". Una guayabera son los botones y el bolsillo para esconderse en la cesantía. Las guayaberas no se rompen. Cambian la forma. No se ensucian, toman otro color. No envejecen, resucitan. No son blancas, son distintas. Son no-color. Colón desembarcó en guayabera. Los mambises la usaban. A Hatuey probablemente se le quemó la guayabera. En la República la usaron. Con la guayabera se va a la muerte, pero es preferible ir sin ella, porque lo mejor es no ir. ¿Quién tiene ganas de morirse?

La guayabera es la vida eterna. Es pensar que quedan 408 años orinando en San Rafael y Galiano. ¡La Guayabera es el perdón eterno! En una multitud, siempre habría una salvación agarrando con fuerza el extremo de una de ellas. Los malvados no la usan, únicamente la utilizan los buenos. Se ve en Tallapiedra, en el Pilar, la Punta, y hasta en la Víbora. Los que la tienen puestas, pasadas las cinco de la tarde, recién bañados, empiezan una nueva vida. En la misa se ven hombres de guayabera. En un cementerio, en el cine, en el baño. En una pelea, y entonces la sangre no añade ningún color a la guayabera, porque cualquier cubano puede decir.

"La guayabera soy yo".

LA GUAGUA

Los hombres son arrollados por guaguas. Apuntan, respiran, dicen: "¡Abre que voy!" y el pedazo más grande no sirve de mortadella para un sandwich. Esta es la utilidad estupenda de las guaguas.

Ahora se han agrupado en sindicatos y visten uniformemente. Unas recorren unas calles. Otras, otras.

El frente, los costados y el fondo de las guaguas son paredes. Son paralelogramos luminosos lanzados a toda velocidad. Por dentro se toca la saliva y la goma desprendida de los asientos. Con el tiempo se añoran los vendedores de billetes y los tríos populares.

No hay placer mejor que viajar en el vientre de una guagua llena. La promiscuidad es ventajosa para el imaginativo y el carterista. El segundo es un pobre diablo. El primero está en el secreto. La guagua es una iglesia. Protege confortablemente y como Dios, está en todas partes.

Las guaguas reemplazaron los tranvías y los coches de caballo. Algún día también serán reemplazadas. Mientras mean y cagan en las calles, y no hay sitio de La Habana sin olor a mono-óxido de carbono, o sin huellas de gasolina.

Aprovechan mientras pueden.

Es humano.

CASA Y CALLE

"¡No salgas a la calle!" En la calle te espera el policía. A los niños los roban fuera de sus casas. ¡Quédate quieto! Fíjate en la penumbra. ¿Dónde la tendrías mejor? Escóndete en la ropa tendida, deslízate por las sábanas blancas, y habla callado, con la fuerza que balancea al aire el paño de cocina... Silencio... Silencio... Se han levantado todos. Protege al padre que va al trabajo, a la criada que llega, a la madre preocupada por el agua. Supervielle ha muerto... ¡y se ha terminado el agua! ¡Mil monumentos no proporcionan una gota! El tanque en la azotea está vacío. Puede romperse en mil pedazos, pero la casa seguiría segura. En la calle no ves la luz. El sol mata. El que la cruza cae muerto. Los niños de la calle son mataperros, golpean a los niños de la casa. No es prudente jugar en un parque. Es malo deslizarse por una canal. Es mejor jugar a los soldados, una chapa sobre otra, un pedazo de madera... ¡y estás presenciando una gran batalla naval! ¡No salgas! ¡quédate! No te muevas. ¡No manches tu ropa! ¡Come! ¡Lávate! ¡Báñate! No seas puerco. No molestes. ¡Ven para acá! No digas que no. Come de todo. ¡Estate quieto! No formes ruido. ¡No escandalices! ¡Qué puerco eres! Vete... Déjame tranquila... Estoy trabajando. ¿No ves que no he terminado de trapear la sala?

¡Por qué no te mueres!

LOS MUELLES

Amenaza el agua. Amenazan los barcos. Amenazan los extranjeros. La costa retrocederá y la isla será más pequeña. Los marinos tienen dos piernas y de noche se acuestan en los bares. Son de otro mundo, y al verlo se piensa ¿por qué no se ahogan y desaparecen?

Hay el tiempo de andar por el muelle de La Habana. Por una de sus partes. Son tres, el comienzo, por donde salen las lanchas de Casablanca, el medio, sucio y apestoso, oculto por lejanos tanques de petróleo, y el muelle-muelle, el muelle; la parte que se recorre de noche y hablando consigo mismo. La zona de los bares, frente a los espigones. El muelle de La Habana, que es también el muelle de otro país donde se mencionan palabras alemanas, danesas, inglesas...

Pero se crece. Un pie es mayor que el otro. El cabello cae. Los ojos se deforman y sobre la piel surgen los trajes y los adornos, y no se frecuenta más el muelle.

Ya no se escucha la canción. Ya no se compran las flores. Ya no se muere.

Hace 20 años el muelle era distinto. Hace 40, 80, 120, también era distinto. Dentro de 10, 30, 80, cambiará. La única forma de igualar al muelle es ahogarse en sus aguas, y permanecer junto a él.

Una de las prostitutas del muelle me engañó a mí, y a tres de mis amigos.

Hay quien teme ir al muelle. No hay motivo para el temor, sin embargo, se siente aprehensión.

Será porque amenaza el agua, amenazan los barcos, amenazan los marineros.

UN CARTERO

De niño se espera el cartero. De anciano la muerte. Siempre hay forma de perder el tiempo. El niño juega, el anciano muere. Así se sigue y nada se dice. A un cartero no le interesan estas reflexiones. No se detiene, y alguna vez lo hace. (¿Por qué tantas preguntas tontas?) El contenido de la bolsa es: papeles, cartas, letras. Una solución sería romperlo todo. Colocar las letras de las cartas, los papeles, los sobres, en hilera en la arena, y examinarlos uno a uno. Lo que sirviera se quedaría, lo otro sería arrojado.

Así piensan los carteros, o un cartero, o un aspirante a cartero. Como hay tantos, siempre se acierta. A lo menos con uno.

Comunicaciones, el palacio de los carteros, era antes un útero amable y gigantesco. Se entraba por una puerta y se salía por otra. Ahora es un edificio moderno, higiénico, y nada habitable. Donde todo está clasificado.

Cualquiera es cartero. Unicamente los que llevan años son los supercarteros, los de hábitos especiales. Esos tendrán costumbres muy típicas pero son una minoría no representativa.

Los que se interesen en ellos que escriban.

CAYO HUESO

¡No hay, coño, un barrio como ése! El cielo de los mahometanos es una imitación de Cayo Hueso, donde no es necesaria la camisa, y sobra la camiseta. Los solares están ventilados, y en las esquinas hay espacio para pasar horas sin hacer nada.

¿Se quiere una vida mejor? En el barrio se construyen edificios de apartamentos, y hay dos casas de empeño y una tienda de lámparas.

(En el Parque Trillo además acaban de colocar canales). El cielo en cambio parece vacío. Los ángeles son asexuales, y el más allá tiene imprecisiones devastadoras. Es lo contrario, en su confusión, a Cayo Hueso, claro, preciso, armonioso. Como la razón que distingue a los hombres de los animales.

Por eso es indignante que todavía haya quien confunda al barrio de Cayo Hueso, con ese engendro hediondo de Key West.

EL GARAJISTA DE MARQUES GONZALEZ

El que afirmó su muerte mentía. ¿Por qué abandonar los automóviles que poseía cada noche? De noche se sumergía en los autos, acariciándolos con sus pasos. Por el día hacía grandes señas a las guaguas para que dejasen salir los carros. A las diez encorvado despachaba gasolina. A las 11 andaba en camiseta. Y al mediodía dormía. Al anochecer se reunía con sus amigos a jugar dominó, y por la madrugada se oía el sonido de las piezas al ser colocadas en la mesa. A veces visitaba la barra de la esquina y conversaba con los mecánicos. Una vez impidió que uno matase un hombre con una llave inglesa.

Preguntaba por mí cuando estaba enfermo. Parecía inmortal. Hablaba con acento extranjero, era vasco. Cuando me enteré de su muerte no lo creí. Después seguí preguntando por él y todavía lo hago. Voy al garaje, levanto una estopa, pregunto al polvo. Cojo un cristal, lo volteo y miro a través. Me acerco a la viuda y palpo su inmenso vientre. Llamo y pido gasolina. Escucho con miedo el sonido del tanque, esperando oir su voz. Leo el periódico. En los velorios no hago más que conversar. Y pienso que cada muerto es mi amigo, el garajista de Marqués González.

EL CAFE DE OQUENDO Y SAN MIGUEL

Weyler existió. Los voluntarios no fueron inventados. La Reina Isabel era española. Carlos III es más que una calle.

Todo lo prueba el café: Las sillas rodeando las viejas mesas. El dependiente oriental caminando desganado. El de la contadora mirando sin lujuria las mujeres que pasan. El hombre más gordo de Cayo Hueso durmiendo. El vendedor de periódicos mutilado arrastrando su carrito frente al café.

Los cafés españoles desaparecerán. Fueron inventados en la Gran Vía, y tuvieron su época gloriosa en La Habana, cuando un sombrero de jipi era el casco de un soldado de infantería, y un traje de dril 100, el inicio del nudismo. Pero el tiempo, La Parca, o la realísima gana de los habaneros mataron los cafés españoles. Y sólo lo frecuentan hoy los que aman la churre, los trapos mojados y la comida barata.

En Oquendo y San Miguel, el café con leche con pan y mantequilla cuesta doce centavos, ¿no es buen negocio?

Siempre hay sombra en el café, y se conversa de la pasada guerra mundial, de las vegas de tabaco, y de las aventuras de una muchacha del barrio.

Hay un motivo por el que este café sobrevive.

Está oculto en el callejón.

LOS CINES

El Diccionario aconseja silencio al mencionarlos y describir la oscuridad. El cine es el silencio.

Si se hablase no se verían las películas. Es un contrasentido que lo informa todo; el portero; el traje de carnaval recogiendo entradas. Las mujeres bien vestidas —un sitio silencioso es elegante—. Los hombres sacando el dinero de las carteras. La muchacha que sonríe y vende pastillas de chocolate, y la misma luz que desde la caseta viaja a la pantalla. Por ese chorro de frustraciones y deshechos gaseosos va la película, aunque los habaneros lo nieguen. Una mano se interpone y surge la sombra. Una cabeza, un rostro, y sigue el silencio pero molesto. A menos que sea un cine de barrio, porque entonces la gritería es ensordecedora.

Dos son los cines, los pobres y los ricos. Los ricos no existen. Son de baños limpios. En los otros se encuentran historias en las paredes, insultos a desconocidos. Rollos de papel higiénico frenéticos, formando alfombras en el suelo. Chiclets en los asientos. Muchachos rompiendo butacas.

¿Cuál de los dos cines es mejor?

Los mejores son los peores, los ricos, los silenciosos. Los colmados por la noche. Los que hacen olvidar la película para que se duerma sin sentir ni ver.

Dentro de algunos años, no más de diez, la oscuridad en ellos habrá aumentado, y desaparecerán los espacios de las lunetas. La sala habrá devorado la poca luz que hay ahora...

¡Pero falta mucho para que ese desastre sea completo!... Todavía hay cines de barrios en La Habana!...

LA BODEGUITA DEL MEDIO

Una lasca de lechón en una mosca. Un pedazo de papel. Una mosca purifica el aire, dibuja sus pensamientos y erotiza. El papel recuerda el fin del hombre. El destino y el fin de la comida es el mismo. Lo que produce el esófago en el bajo vientre es lo que produce al mismo hombre, en un esófago que es el aire, y un bajo vientre; la propia tierra. A la bodeguita se entra por un pasadizo. Sirven el mojito en un vaso pequeño. Ofrecen también tamal en lascas. El baño es una incógnita. El patio es de los cantantes y del sol. Hay un trío que no es malo, y la misma bodeguita invade la Plaza de la Catedral, el Parqueo, y un banco cercano.

(Dentro de la bodeguita hay dinero, mucho dinero:::)

Comer rodeado de fotografías es bueno. Es pensar "Aquél que mira también lo hizo. Hay testigos. Esos dos se acostaron. Por esa fotografía entra la luz".

A la bodeguita van los que se dicen escritores, escritores que escriben, los que escriben y los que hablan sobre los escritores, los amigos de los escritores. Los escritores extranjeros. Los que oyen hablar a los escritores... y alguna que otra persona que le gusta la comida que allí sirven.

La mejor hora para visitarla es la tarde. Así se deja de trabajar.

La mejor hora para irse ha sido siempre un secreto. (Se deja cuando le da la gana a uno).

La comida que se debe pedir es la que venga en fuentes, así se come más.

La Bodeguita es un invento.

Lo cual no quiere decir que sea bueno.

Ni tampoco malo.



TONY EVORA

gas en los POROS

MATIAS MONTES HUIDOBRO

los personajes
la madre
la hija

la escenografía
una ventana al fondo sobre paredes neutras
muebles de mimbre
a un lado, dos sillones
al otro, tres sillas dispuestas alrededor de una pequeña mesita
al fondo, un aparador y una pequeña mesita de mimbre con un teléfono antiguo
no es una sala ni un comedor,
es un ambiente.

LA HIJA ESTA CERCA DE LA PUERTA, COMO SI SE MOVIERA HACIA ELLA.

LA MADRE: ENERGICA, DOMINANTE. No vas a salir. No darás un paso hacia adelante.

LA HIJA: RETROCEDIENDO, NERVIOSA, AGOBIADA. No quiero salir, mamá, no me atrevo. SOBRECOGIDA, LAS MANOS EN LA CARA. ¡Dios mío, tengo miedo!

LA MADRE: FRENETICA, EN MOVIMIENTOS ALUCINANTES, ENCORVANDOSE. ¡El miedo, el miedo! ¡Es exactamente lo necesario! CASI CON EUFORIA. Eso es bueno. Es saludable.

LA HIJA: Recuerdo las noches... Las pesadillas...

LA MADRE: FALSAMENTE TIERNA. Pobrecita mía...-Pobre... Miserable corazón. PAUSA. Podríamos hacer algo. Comprendo que es difícil encontrar algo que hacer... ¡Entre estas cuatro paredes! Pero siempre se puede encontrar algún modo de llenar todo este tiempo...

LA HIJA: LENTAMENTE. Yo sé que no me quieres explicar, mamá, pero no estoy conforme...

LA MADRE: CON CIERTA FRIVOLIDAD. ¿Explicar? ¿Explicar? Las clases de piano comenzaban a las cinco y la música es siempre agradable. ¿Por qué no piensas en eso y te olvidas de todo lo demás? No pienses en nada maligno.

LA HIJA: No puedo estar conforme con todo esto.

LA MADRE: ¿Y quién lo está? Yo también tengo corazón. LA MANO SOBRE LA CABEZA DE LA HIJA. Te hace daño. Descansa. Duerme.

LA HIJA: No puedo dormir. Tú lo habrás notado. Por las noches me acuesto en mi cama y empiezo a moverme. Empiezo a sudar también. Las almohadas se vuelven pegajosas y todo mi cuerpo se torna grasiento. Tengo que levantarme. Me da asco.

LA MADRE: Es el verano. Estos veranos calientes, que no acaban nunca. Nos bañamos y al minuto estamos sudando.

LA HIJA: Tú también estás despierta. Lo siento.

LA MADRE: Algunas veces.

LA HIJA: Debe ser mi cuarto. No hay una sola ventana y el calor lo llena todo como si fuera un horno.

LA MADRE: Te he dicho que dejes la puerta abierta. Así podrá llegarte la brisa de la sala.

LA HIJA: DESFALLECIDA. Estoy cansada. Espero que sea posible algo diferente. Estoy cansada de estas conversaciones diarias, de esta letanía constante...

LA MADRE: ¿Y qué quieres? Después de todo, la vida en los pueblos es así, lenta como una vieja... Le pide permiso a un pie para mover al otro

LA HIJA: CON MAYOR VIVEZA. Han pasado cosas, sin embargo... Han pasado cosas.

LA MADRE: Todo está en el mismo sitio.

LA HIJA: INESPERADAMENTE VIOLENTA. Tú escuchabas los gritos, tú conocías de las torturas en el sótano...

LA MADRE: LA MIRA SOBRESALTADA, PERO MANTIENE EL EQUILIBRIO. ¿El sótano? El muro querrás decir... Te he dicho que se trataba de un muro. Un muro solamente. Un muro es un muro, una pared sin significado. ¿Entiendes ahora? ¿Entenderás algún día?

LA HIJA: CANSADA. Está bien. No quiero discutirlo.

LA MADRE: SUAVEMENTE. No hay nada que discutir, hija mía.

LA HIJA: SE MUEVE HACIA UN EXTREMO, LIGERA, CASI SUPERFICIAL. En invierno esta casa es húmeda. Entonces no se puede dormir por la humedad y el frío. Eso desvela también. Tenía que despertarme... Entonces, escuchaba las conversaciones... Después de todo, hablaban de él.

LA MADRE: DE PIE, DOMINANTE. Tenías el mal gusto de espiarnos. Debí castigarte la primera vez. Hice mal. Ya sabemos la regla: un castigo a tiempo es una cura para siempre. Pero vacilé. Fuí demasiado débil y ahora pago las consecuencias. La primera vez que hablaste del sótano, debí ponerme de pie, suavemente, alargar la mano, darte una bofetada. LE DA UNA BOFETADA.

LA HIJA: CON RABIA. De nada te valdrá. De nada podrá valerte.

LA MADRE: El Sr. Ministro me lo dijo. Te mimaba. El tenía razón. Te mimaba. Todos lo sabían en esta casa.

LA HIJA: ATORMENTADA. El Sr. Ministro... El Sr. Alcalde... El Sr. Gobernador...

LA MADRE: Te comportas como una mal agradecida.

LA HIJA: El Sr. Representante... El Sr. Jefe de la Policía...

LA MADRE: CON ALTIVEZ. Nuestros amigos, por cierto... Otra clase de gente...

LA HIJA: CON DECAIMIENTO. Soy demasiado nerviosa. No he servido para otra cosa que para recoger la mesa. SUPLICANTE. ¡Mamá, por favor, yo no puedo vivir de espaldas a todo!

LA MADRE: SUAVEMENTE, CASI CON TERNURA. Querida niña, mi hija es una pequeña educada a la antigua. Tú no tienes la culpa, pequeña mía. Todo es demasiado complicado para ti y no eres otra cosa que una muchacha educada en la iglesia. Holguín, Bayamo, el convento, la iglesia, el piano. Recordarás la sacristía, ¿no es cierto? Había un delicioso aroma de jazmines... Hace mucho tiempo de eso, es cierto. RIE. ¿Te acuerdas? ¿No te acuerdas? Entonces vivíamos de otro modo...

LA HIJA: Está todo demasiado lejos. Pasaron muchas cosas después. Además, todo era igual que ahora...

LA MADRE: DOLIDA. ¿Por qué dices eso? Tú eras feliz, recuérdalo.

LA HIJA. PERPLEJA. ¿Por qué tratas de engañarme?

LA MADRE: Hice todo lo posible para que lo fueras. Era sincera. Después de todo, creaba la seguridad a tu alrededor.

LA HIJA: ¿La seguridad?

LA MADRE: Una pequeña barrera que te librara de algunas cosas.

LA HIJA: Pero el sótano... ¿Y el sótano?

LA MADRE: No existía entonces. ¿Por qué piensas en él?

LA HIJA: DE PIE, HACIA EL FRENTE. Entonces, ha existido alguna vez.

LA MADRE: RIENDO, EVASIVA. ¿Por qué hablar de cosas desagradables? Hay otros temas...

LA HIJA: Entonces, es cierto...

LA MADRE: Me cansas. Yo también quiero olvidar esa historia. Casi la he olvidado. Pero tú me la recuerdas. FALSAMENTE NATURAL, NERVIOSA. No podemos vivir recordando cosas desagradables. Me lo he arrancado de mi cabeza. Esa historia del sótano. Ya no existe, hija mía. Cuando se abre la puerta, nos encontramos con un muro. Un simple muro de ladrillos. CON CIERTA TERNURA. Ahora podrás descansar, podrás dormir tranquila. El sótano ya no existe. Yo misma, por las noches, di fin a toda esa turbia historia. RESPIRANDO CON CIERTA AMPLITUD. Yo misma respiro. Me siendo más tranquila desde que el sótano no existe.

LA HIJA: Sin embargo, estuvo la puerta.

LA MADRE: ¿Y quién puede probarlo? Ya no está. No podrás demostrar lo contrario.

LA HIJA: Procuras enredarme.

LA MADRE: Trato de conducirte por un buen camino, pero no quieres. Eres una muchacha... RIE... rebelde...

LA HIJA: Es un muro del otro día, ¿no es así?

LA MADRE: PAUSADA. Quieres que te lo cuente todo. Está bien. No nos cansamos de recordar. Y no tenemos otra cosa en qué entretenernos. PAUSA. Recordarás aquella mañana en que empezaron a traer los ladrillos. CON ASCO. Aquellos muchachos sucios y repelentes, casi desnudos, llenos de sudor agrio. CON VIOLENCIA. Pero había que tolerarlos. Ahora hay que tolerarlos. PAUSA. Pusieron los ladrillos junto a la puerta. Y el saco de cemento. Te dije que quería hacer una repisa. Fue una idea absurda, claro. ¡Eran más ladrillos de la cuenta! No iba a necesitar tantos para hacer una pequeña repisa. Pero tú eras muy tonta. ¿O querías hacerte? ¿Por qué no nos cuentas esa parte de la historia? ¿No quieres descubrirte? Estabas en una de esas etapas con aquellos sudores y aquellos turbios y

asqueantes espasmos... Comencé mi tarea. Tenía que hacerlo yo misma. ¿Iba a esperar algo de ti? Fueron varias noches. No podía dejar que pasaran los días y que la situación se hiciera más comprometida. Quería hacer un buen trabajo, perfecto, y que nadie se diera cuenta. Bajaba con unos pocos ladrillos y la mezcla de cemento en un cubo. LIGERA. Era como un juego. Nunca he jugado a solas, pero jugaba. Era una experiencia distinta y no tenía que compartirla con nadie... Me sentía desajustada, como si naciera nuevamente. No, no te lo puedo explicar. Tú no me entenderías.

LA HIJA: AHOGADAMENTE. Te entiendo.

LA MADRE: ¿Es posible?

LA HIJA: Jugabas a las trampas. Hacías trampas por las noches y eso te fascinaba, te enloquecía. Lo entiendo, mamá, lo entiendo. Comprendo tus sensaciones y tu juego. Me parece verte. Podría continuar tu historia. Podría contar tus pasos en la escalera, tu tensión en el pecho...

LA MADRE: Lo sabes... Lo sabes todo...

LA HIJA: No es todo. ¿Qué era para mí saber o no saber en aquel instante? Todo era turbio, helado, pegajoso. No comprendía... Creo que no entendía una palabra...

LA MADRE: Es demasiado fácil para ti.

LA HIJA: Sigue... Sigue...

LA MADRE: Las escaleras... El pasillo... Temía caerme... Después de todo, no soy joven... El pasillo estaba a oscuras y temía que algún vecino abriera la puerta de un momento a otro. Una noche, me crucé con alguien. No puedo recordar exactamente quién. Pero estaba borracho. Estoy segura. Me llegó un aliento repelente y alcoholizado en medio de la oscuridad. ¡Lo conocía tan bien! ¡Era tan idéntico! Me preguntó vagamente. Le dije que iba a sembrar jazmines en el jardín. No distinguíamos casi nada. A veces me pongo a pensar que fue una ilusión, una pesadilla. Comenzamos a reír al mismo tiempo, nerviosamente. "¿Jazmines en el jardín?", me dijo. "¿A estas horas de la noche?" Me era difícil explicar todo aquello: el cubo, la mezcla de cemento, los ladrillos. "¿No sabe Ud. que los jazmines se siembran de día?" "No creo en esas ideas modernas", le respondí. Todo era absurdo. Mientras lo decía me daba cuenta. El jardín ni siquiera existía. Lo había inventado de pronto, como si estuviese en verdad al pie de la escalera. ¿Comprendes?

LA HIJA: RIE. Es divertido. A veces, en medio del tedio, presiento que algún día me pasarán esas cosas.

LA MADRE: El estaba borracho, afortunadamente. Le dije lo primero que me vino a la cabeza. Y yo estaba sola para pensarlo todo. No podía contar contigo. Ni siquiera podía explicarte nada. ¡Eras tan delicada! ¡Tan susceptible! Tal vez te hacías la endeble. Para ti, yo era la única comprometida.

LA HIJA: ¿Acaso estaba yo, mamá? ¿Acaso estaba?

LA MADRE: En cierto modo...

LA HIJA: ¿En cierto modo? No te entiendo. Yo no entendía una palabra. Recuerda que no podía dar dos pasos, ni abrir la puerta siquiera... Atada al piano, a la clase de música... El solfeo.. Las teclas del piano...

LA MADRE: SINUOSA, LE PASA LA MANO POR LA CABEZA. Es tan fácil vivir de ese modo... Estás libre de culpa, entonces...

La HIJA: ¿Acaso no me obligabas tú? ¿Acaso no tenía que repetir: "Mamá no quiere", "Mamá no quiere"?

LA MADRE: Está bien. Yo no te acuso. Pero alguien tenía que mantener esta casa. Yo tenía que hacerle frente a la comida y al peligro. PAUSA. Yo no podía dormir. Todo era demasiado peligroso. También para ti. Temía que alguien abriera la puerta del sótano y se encontrara de pronto con aquello. ¡El jefe de la Policía lo había dejado todo de forma tan irregular e inesperada! ¡Era asqueroso! ¡Era realmente repelente! Alégrate, después de todo, repetir: "Mamá no quiere", "Mamá no quiere", resulta bastante fácil.

LA HIJA: Pero yo quería, ¿entiendes? Yo quería. Esa es la diferencia.

LA MADRE: No tuviste que enfrentarte con aquel hedor insoportable. Todo el piso manchado de sangre... Los restos de todo aquello... No quise mirar bien. Tengo mis escrúpulos... Pero ya no tiene sentido hablar de todo eso. Pertenece al pasado.

LA HIJA: ¿Eso fue todo?

LA MADRE: Eso creo.

LA HIJA: Trato de recordar... ¿No dije yo alguna palabra?

LA MADRE: Eras una criatura muda.

LA HIJA: Tal vez, en voz baja... Las recuerdo vagamente... A veces, mientras alargaba la mano, así, sobre la mesa, y mientras el Sr. Ministro y tú charlaban, de pronto —apenas lo recuerdo, apenas me daba cuenta— decía la palabra libertad, cansancio...

LA MADRE: RIE HISTERICAMENTE. ¿La decías? ¿Te atreviste alguna vez? Debió resultar realmente cómico. Quizás lo hiciste. No, no voy a negar tu gesto de valor... Pero yo alzaba la voz un poco, sólo un poco. RIE. Reía...

LA HIJA: Y yo no me atrevía a gritarla, a repetirla...

LA MADRE: Porque eras cobarde. Todos lo sabíamos. Eras ridícula con tu miedo en el rostro...

LA HIJA: "Mamá no quiere". "Mamá no me deja". VIOLENTA. ¡No es mi culpa! Sabes que el jefe de la Policía se sentaba ahí, tranquilamente, horas y horas, y me hacía temblar...

LA MADRE: NATURAL. Pero hija mía, apenas decía una palabra...

LA HIJA: Hasta que empezó aquella pesadilla del sótano, aquella insistencia suya, sinuosa, día tras día...

LA MADRE: Estabas al tanto de todo. Sabías tanto como yo.

LA HIJA: Tú me hiciste estúpida, pequeña, mezquina...

LA MADRE: Te dabas cuenta y comprendías la difícil situación en que nos había dejado tu padre... No quiero hablar de él... Pero tenía que sacar el dinero de alguna parte... Claro, tenía las relaciones... Y también me veía obligada a prestar algún servicio... El sótano no era más que un simple negocio. No me podía negar. El sótano estaba vacío y ellos lo sabían. Querían arrendarlo. ¡Aquellas cosas se hacían! Yo no tenía la culpa. No podía hacer nada y ellos tenían las armas en la mano.

LA HIJA: ABATIDA. Una pequeña pesadilla.

LA MADRE: Has sido siempre una muchacha enferma. SE ACERCA SUAVEMENTE. Déjame ver ese rostro. LE ALZA LEVEMENTE LA CABEZA. Estás pálida, tiemblas. ¿Por qué no lo olvidas todo y decides vivir una vida tranquila, en paz? Estamos un poco nerviosas, es cierto; pero nos quedaremos aquí. Un pedazo de pan, un poco de comida... Te lo he dicho mil veces... Y aquí no ha pasado nada, como aquel que dice...

LA HIJA: Y si te dijera que escucho.

LA MADRE: ¿Escuchar? No hay nada que escuchar ya.

LA HIJA: ¿En dónde me has encerrado, mamá? ¿En qué cárcel he vivido durante todos estos años?

LA MADRE: Sigue así con ese entusiasmo, con esa alegría contagiosa. Ya verás. Hazle el juego a la gente. Escucha. ¿Qué escuchas? ¿Qué escuchas?

LA HIJA: No, yo no entiendo nada. LA VOZ QUEBRADA. Creo que he envejecido tanto en los últimos años que ya no me recuerdo. PAUSA. ¿Oyes?

LA MADRE: SE ACERCA A LAS PERSIANAS. Esos ruidos no te dejan dormir. Cerraré las ventanas.

LA HIJA: Escucho, mamá. Necesito un poco de sol, un poco de aire.

LA MADRE: Hay que cerrar. Entra el polvo de la calle.

LA HIJA: Necesito un poco de sol, un poco de aire.

LA MADRE: Olvida... Olvida...

LA HIJA: No, quiero recordar precisamente.

LA MADRE: No estoy dispuesta a repetir nada. Eso me agota.

LA HIJA: Me gusta escarbar como las hormigas. Tú me lo has negado todo. "Mamá no quiere", "Mamá no me deja".

LA MADRE: Cállate, entretente en otra cosa. Cualquier cosa. Las escenas me cansan. Y no conducen a ninguna parte.

LA HIJA: AFERRANDOSE A LA MADRE. ¡Quiero ese aliciente, mamá, quiero ese aliciente! ¿Y si no he vivido otra cosa? ¿Podré hacer algo?

LA MADRE. Nada. No hay nada destinado para ti.

LA HIJA: Entonces dame ese veneno. Es un sopor que me calma. Si estoy demasiado vieja, sólo me queda el pasado. ALZANDOSE. El General, el Alcalde, el Senador, el Representante, el Sr. jefe de la Policía, la vieja camarilla, mamá...

LA MADRE: No quiero...

LA HIJA: Entran. LA HIJA ALARGA LA MANO. LA ESCENA COMIENZA.

LA MADRE: NERVIOSA. ARREGLANDOSE LOS CABELLOS. Pero han entrado demasiado pronto. Te gusta que haga el ridículo ante ellos. No han dispuesto la escena. Las tazas de café...

LA HIJA: COLOCA LAS TAZAS DE CAFE SOBRE LA MESITA. Ya está listo.

LA MADRE: El jefe de la Policía me admira.

LA HIJA: BAJO. Pero tiene la camisa manchada de sangre.

LA MADRE: No es sangre. Es vino.

LA HIJA: BAJO. Tiene la camisa manchada de sangre.

LA MADRE: Es un vino rojo, mi amor. A estas horas de la noche todo se confunde. SE SIENTA. El café, hija mía... Todos esperamos el café.

LA HIJA: Está sobre la mesa.

LA MADRE: Si al menos lo dispusieras todo tal como sucedió. El café no estaba sobre la mesa. Tú llegabas con él en la bandeja.

LA HIJA: Lo siento. RECOGE LAS TAZAS Y LAS COLOCA EN LA BANDEJA. SE ALEJA HACIA LA PUERTA.

LA MADRE: Temblabas. La sola presencia del Sr. Jefe de la Policía te ponía nerviosa. Yo estaba riendo.

LA HIJA: Pero él estaba levemente nervioso.

LA MADRE: Lo conocías bien poco. No se ponía nervioso jamás.

LA HIJA: De pronto, al inclinarme hacia Uds., aquella descarga inesperada de ametralladoras, cerrada.

LA MADRE: Las tazas temblaron sobre la bandeja. Yo comencé a reír. RIE FALSAMENTE.

LA HIJA: Me sobresalté. Algo estaba pasando. Corrían por los tejados. ¡Lo recuerdo, no lo puedo olvidar!

LA MADRE: ¡Las tazas, las tazas, pronto, las tazas!

LA HIJA: VA COLOCANDO LAS TAZAS LENTAMENTE. Corrían, trataban de escapar. Se escuchaba todo demasiado cerca. El jefe de la Policía comenzó con sus chistes obscenos y tú comenzaste a reír. LA MADRE COMIENZA A REIR. Tratabas de ocultar los pasos, la cacería humana, los aullidos de los perros y los gritos de las víctimas. ¡Tu risa, mamá, tu risa! ELLA YA ESTA SENTADA AL CENTRO. Y yo sentada entre los dos, sumida en mi pequeño mundo de terror, sin salida.

LA MADRE: ABATIDA. Los dejaron escapar. Aquella noche se escaparon cuatro.

LA HIJA: Jamás me lo dijiste.

LA MADRE: No iba a darte esa sucia alegría. En el fondo de tu corazón, estabas de su parte. Era un rescoldo de felici-

dad. De pronto, el jefe de la Policía palideció inesperadamente. Había reconocido uno de los aullidos de los perros. Alguien se escapaba. Se puso de pie. "¿Adónde vas?"

LA HIJA: "Al sótano".

LA MADRE: "No, deja ahora"

LA HIJA: "¿Y para cuándo quieres que lo deje?"

LA MADRE: ¡Los endemoniados, chorreando sangre, se burlaban una vez más! La sangre saltó por la ventana. LA HIJA ESTA EN ESTE MOMENTO DE ESPALDAS A LA VENTANA. Afortunadamente, no te diste cuenta.

LA HIJA: "No vayas. No lo sigas".

LA MADRE: "Iré".

LA HIJA: "Tengo miedo".

LA MADRE: ESTA JUNTO A LA PUERTA. PERMANECE INMOVIL JUNTO A ELLA. ¿Qué hiciste entonces?

LA HIJA: ¿Qué podía hacer? Me había quedado sola. No me podía mover. Esperaba. ¿Qué era todo aquello? ¿Lo sabía yo acaso? Estaba confusa. Era una pesadilla que carecía de explicación para mí. Un pequeño mundo. Un torbellino. Y además, me sentía rodeada, cercada por todas partes. ¿Por qué no me explicabas que se trataba de un crimen?

LA MADRE: No dramatices. Después de los disparos, corrí tras el jefe de la Policía. ¿Cómo podría explicarte? ¿No podías deducir que se trataba de un crimen?

LA HIJA: Estaba en ese mundo cobarde en que me has hecho consumir desde pequeña.

LA MADRE: Un mundo color de rosa, por otra parte.

LA HIJA: Pero con espinas.

LA MADRE: No me interesa. PAUSA. ¿Es posible terminar ya?

LA HIJA: ¿Terminar qué?

LA MADRE: La escena. Recordarás que volvimos al pasado. Quisiste recordar. Estoy junto a la puerta. Bajé hasta el sótano. Por favor, termina. Me canso. ¿Qué objetivo tiene recordar? Ni siquiera nos entretiene.

LA HIJA: Regresaron.

LA MADRE: Y tú estabas junto a la puerta, en acecho.

LA HIJA: Esperaba.

LA MADRE: "Estás pálida, ¿qué te pasa?"

LA HIJA: "Esos pasos. ¿Ha pasado algo?"

LA MADRE: "¿Qué podría pasar?" VOLVIENDO LA CABEZA HACIA LA PUERTA. "¿Ha pasado algo, señor Ministro?"

LA HIJA: "Nada. Es el viento. Estamos en septiembre y los ciclones... ¿Va Ud. a la escuela? ¿No le enseñan en la escuela el problema de los ciclones?"

LA MADRE: "Mi hija sabe tocar el piano".

LA HIJA: "Sí, pero ya no me acuerdo".

LA MADRE: BAJO. Las tazas, las tazas otra vez. Nunca estás alerta. Nos sentamos otra vez y volviste con el café.

LA HIJA: "¿Y el jefe de la Policía?"

LA MADRE: "Se está bañando".

LA HIJA. Entonces, está manchado de sangre. HA TERMINADO DE COLOCAR LAS TAZAS SOBRE LA MESITA Y SE SIENTA DE FRENTE AL PUBLICO.

LA MADRE: VIOLENTAMENTE SE PONE DE PIE. Eso no está en el papel. ¿Supones que porque todo ha cambiado y porque esta casa no es la misma de antes estoy dispuesta a tolerarlo todo? No quiero que alteres el pasado. No te permitiré que agregues una sola palabra. No dijiste eso.

LA HIJA: Pero lo sé ahora.

LA MADRE: Demasiado tarde. Te he consentido demasiado. Te aprovechas de mi desgracia. Pero esto no durará mucho, ¿entiendes? No durará nada. El pasado es un cadáver que apesta y tú y yo pertenecemos a ese pasado. Está bien. Lo reconozco. No permitiré que agregues a ese pasado palabras que no fueron dichas.

LA HIJA: Porque tú me ahogabas. Por eso no fueron dichas.

LA MADRE: Porque yo gobernaba en esta casa y porque voy a seguir gobernando. No eres libre, hija mía. Aunque los demás sean libres, tú no lo eres ni lo serás.

LA HIJA: VACILANTE. ¿No entiendes? Sólo quisiera un poco de aire... No es mucho pedir... A veces, entre las persianas, contemplo lo que es una calle y no acabo de entender las aceras, la gente, los autos...

LA MADRE: ¿Y qué derecho tienes tú a mirar a la calle? ¿Cómo te atreves? Vivir en el recuerdo, pero en un recuerdo sin palabras de más. Repitiéndolo todo tal y como fue dicho.

LA HIJA: Pero es que oigo palabras. Extrañas palabras que están en el aire y que no pueden callarse.

LA MADRE: ALGO ALARMADA. Llamaré al jefe de la Policía. Te estás volviendo un poco peligrosa y yo estoy un poco vieja, ligeramente achacosa.

LA HIJA: El jefe de la Policía está muerto. Ha sido condenado.

LA MADRE: SE ACERCA AL TELEFONO. Llamaré al jefe de la Policía.

LA HIJA: Bien sabes que estamos incomunicadas. Ya no puedes comunicarte con nadie. El teléfono ya no funciona para tus crímenes. Tus crímenes, mamá. No soy completamente tonta.

LA MADRE: Piensas acorralarme.

LA HIJA: Te parabas junto a la ventana y los veías. Veías a los jóvenes hablando en las esquinas y reconocías fácilmente a los culpables. A los inocentes, quiero decir. Los culpables del heroísmo.

LA MADRE: RIE HISTERICAMENTE. ¿Y esas palabras? ¿Dónde las has oído?

LA HIJA: No entiendo nada. Es algo turbio, lo repito. Pero a veces, al sentarme a la mesa, al escuchar la voz del Alcalde, del Ministro, del jefe de la Policía, llegaban lentamente... ¡Oh, Dios mío, no te puedo explicar!

LA MADRE: Pero callabas. Y si callabas estás ahora condenada al silencio.

LA HIJA: Quiero vivir.

LA MADRE: Es demasiado tarde.

LA HIJA: Es que ahora encuentro las palabras.

LA MADRE: ¡Palabras, palabras, palabras! ¿Qué cosa es ésa? ¿Adónde vas? ¿En dónde vives?

LA HIJA: ¿Acaso lo sé? Vivo en un mundo impreciso. Y siento cosas que nacen, gérmenes. El pasado se llena de palabras nuevas y distingo cosas en medio de la noche, en la oscuridad. PAUSA. He visto a la vecina, ¿sabes?

LA MADRE: Inventas.

LA HIJA: Anoche, a través de la ventana, dejó caer una nota, una carta.

LA MADRE: DECLINA EN FUERZA. Te pasas el tiempo tejiendo tramas para enredarme. A tu vieja madre. A tu pobre madre infeliz.

LA HIJA: La vecina se ha escapado. La hija.

LA MADRE: Las mentiras te obsesionan. Es un mal que te ha entrado después de vieja.

LA HIJA: Una pequeña muchacha rebelde.

LA MADRE: ¿Pero no conoces a la tía? La domina a bastonazos.

LA HIJA: La muchacha se ha escapado. Me lo ha dicho en voz baja, a través de la ventana, cuando dormitaba en el sillón.

LA MADRE: Otras han muerto en el trayecto.

LA HIJA: Corrió entre el enrejado. La vi entre las sombras. Logró escaparse.

LA MADRE: Estuviste soñando otra vez. Te quedaste dormida cerca de la ventana y volvieron esos sueños turbios, como si te hubieras liberado de tus turbios deseos. ¿No te das cuenta que estás pecando? A esa muchacha, además, no la has visto nunca. No la conoces. Sencillamente, no existe. Tal vez no era más que un hombre que te violaba...

LA HIJA: ¡Mientes! La recuerdo, se escapaba... Por las noches, se escapaba...

LA MADRE: Por la noche no se distinguen los rostros. La sala estaba a oscuras. Y por la calle, a esas horas de la noche, no pasa nadie. Es necesario llamar al médico.

LA HIJA: No era la primera vez. Pero esta vez, me lo dijo, era para siempre.

LA MADRE: Confundes los papeles, hija mía. No se trata de una verdadera rebelión. ¿No te das cuenta? Simplemente, va en busca de un hombre...

LA HIJA: Mientes. Tú sabes de qué se trata. Sentía desde hace días una opresión profunda en el corazón. Se escapaba por la noche, pero regresaba más tarde, temblando, como si fuera a morir si la descubriesen... Apenas yo le hablaba... Temía que te pudieras despertar y que me descubrieras y que me torturaras y que me arrastraras hasta el sótano y que el jefe de la Policía volviera otra vez y hundiera sus uñas...

LA MADRE: Deliras... Entre estas cuatro paredes, nada se sabe... ¿Qué certeza tienes? Todo se confunde en tu cabeza e imaginas cosas. Las mezclas... El sueño y la realidad... Es tan extraño para ti... Es una madeja tan confusa... Nada existe, sueñas... Oyes voces...

LA HIJA: Invento, entonces.

LA MADRE: Inventa. No tiene nada de malo. Me molestas, no te lo voy a negar, pero ahora que estamos solas, hay que pasar el tiempo... Me resigno... Ya no tengo al jefe de la Policía... Y volver al pasado me agota, mucho más cuando tú te empeñas en agregar palabras que no se dijeron jamás... Empieza el juego... Te escucho...

LA HIJA: EMPIEZA EL JUEGO. Anoche, cuando dormitaba junto a la ventana, ella se acercó nuevamente. Tenía una nueva historia. Me lo explicó todo lentamente, con una voz extraña, con una voz nueva y distinta... Un murmullo dicho a través de un confesionario...

LA MADRE: Me aburres...

LA HIJA: ELLA ESTA AL FONDO DEL ESCENARIO, A ESPALDAS DE LA MADRE. LA MADRE ESTA SENTADA AL FRENTE, MIRANDO HACIA EL PUBLICO. Por la tarde estaban todos reunidos en la sala. Eran casi las siete y todos tenían que acostarse porque eran casi las siete y a esa hora todos tienen que ir a la cama y dormir. Se había escapado tres veces, pero ya estaba cansada de escapar y regresar. Su tía había hecho algunas alusiones en la mesa, con su tío.

LA MADRE: Su tía es una mujer extraordinaria, a la antigua. Domina a la casa. Los criados no respiran, no descansan. A veces creo que soy demasiado liberal cuando me comparo con ella. Pero no le va mal. Todos la respetan y nadie se mueve cuando ella da con su bastón en el piso.

LA HIJA: Ella escuchaba. Estaba atenta. Temblaba. Hablaban.

LA MADRE: "Anoche, a eso de las once, sentí que se abría una ventana. Temí que fuera algún rebelde. Son a veces demasiado osados. Puse mi mano en el rifle, por si tenía que disparar. Supongo que fuera el viento. Pero debemos estar alerta. Son tiempos peligrosos. En cualquier casa puede pasar lo mismo y no hay otro remedio que matar"

LA HIJA: Ella sabía que la estaban acechando. De un momento a otro podrían descubrirla y entonces podrían encerrarla entre las cuatro paredes de su cuarto, sin ventana, sólo con una abertura en el techo.

LA MADRE: Un cuarto muy práctico, por cierto.

LA HIJA: La tía pidió un cigarro.

LA MADRE: "Un cigarro... Un cigarro... Hace días que no fumo".

LA HIJA: SE ACERCA A BUSCAR EL CIGARRO Y LA FOS-

FORERA. Los cigarros estaban al fondo, en la pequeña mesa junto a la ventana. Ella se los alcanzó. Pero antes miró a través de la persiana y contempló la extraña calle, abierta y libre. Su tía hablaba de los rebeldes, de la guerra, de los bombardeos...

LA MADRE: MIENTRAS ENCIENDE UN CIGARRO. "¡Que le quemen las cañas! ¡Que arda todo! ¡Que no quede otra cosa que ceniza y sal! ¿No les parece? ¿No es lo mejor?"

LA HIJA: Todo el mundo comenzó a reír. Ella retrocedió hacia la ventana y se sostuvo. Contempló la calde nuevamente, furtivamente, casi con miedo, cuidando que nadie se diera cuenta. Nadie se daba cuenta. Estaban en su mundo... Entonces le pidieron el vino... Todo el mundo le daba la espalda y nadie se daba cuenta... Estaba cansada de aquellos siglos de opresión, de silencio, de palabras que no fueron dichas... Se acercó lentamente y comenzó a llenar las copas... Entonces, recordó la gaveta... Los gatos... El veneno para los gatos que corrían, que se retorcían sedientos por los tejados... Su tía había disfrutado tanto de aquellas muertes. CON EL VENENO YA EN SU MANO. Lo tomó en la mano.

LA MADRE: "Y hay ladrones, además. ¿Qué puede hacer uno con los ladrones si no es quemarlos en la hoguera?"

LA HIJA: PREPARA UNA COPA DE VINO. Sirvió una copa. Disolvió el veneno suavemente, lentamente. Había sufrido tanto que había olvidado la pena. Su tía no lo esperaba, pero no le quedaba otro remedio.

LA MADRE: "¡El vino! ¿No lo he pedido ya? ¿Qué pasa con el vino?"

LA HIJA: CAMINA HACIA LA MADRE, FRENTE A ELLA, PERO LA MADRE NO PARECE ESCUCHARLA. Tú recuerdas a su tía. Era una mujer detestable. Yo nunca la vi, pero ella me había hablado tantas veces y había llorado tanto que siento conocerla y verla como ahora te veo a ti, dominante, la voz cruel, el gesto duro, los gritos a los esclavos en el batey, la hacienda llena de humo, tus collares, tus pulsos, tu cabeza siempre levantada, tu abominable orgullo, las amistades, el juego de naipes, el jefe de la Policía, el Ministro muerto, la sangre, los martillazos en la pared, tantas cosas más, tantos secretos... PAUSA. Una larga jornada, demasiado larga para mí... ¿Qué soy? He vivido tan tristemente que no sé si tengo derecho a algo... PAUSA. Le acercó lentamente la copa, pero ella no se daba cuenta. Estaba segura de vivir. LA MADRE LA MIRA MIENTRAS LA HIJA LE ACERCA LA COPA EN LA BANDEJA. La miró con odio, me dijo. Una última mirada de odio. Carecía de piedad.

LA MADRE: TOMA EL VINO. AL FINAL DICE: Tiene un sabor extraño.

LA HIJA: RETROCEDE LEVEMENTE. Esas fueron sus exactas palabras.

LA MADRE: ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? ¡Es una trampa! ¡Una maldita trampa! Es necesario llamar al doctor, es necesario... ¡Un médico, maldita, un médico! Un momento de descuido y mi maldito castillo de naipes ha sido derrumbado... Una pequeña vacilación.

LA HIJA: Interpretas un papel... Juegas...

LA MADRE: ¡Es un crimen! ¡Es un asesinato!

LA HIJA: No, es algo más simple. Es la libertad... Pero, ¿qué somos? ¿Dónde ha ocurrido todo esto? ¿Qué relación hemos guardado?

LA MADRE: ¡La rebelión! ¡La rebelión de mis esclavos!

LA HIJA: El amo.

LA MADRE: ¡Me asfixio! ¡Necesito un poco de aire!

LA HIJA: Abriré la ventana. SE ACERCA A LA VENTANA.

LA MADRE: ¡Ábrela, ábrela al fin, tu libertad no te será fácil!

LA HIJA: Es cierto. Todo lo sabemos. LA MADRE MUERE. MIENTRAS LA HIJA COMIENZA A ABRIR LA VENTANA, CAE EL TELON LENTAMENTE



RAFAEL MORANTE

EMPIEZO A VIVIR

Juzgo ocioso declarar el año de mi nacimiento. Se cita el año de llegada al mundo cuando se pertenece a un país donde, en el momento en que se nace, algo ocurre —ya sea en el campo de lo militar, de lo económico, de lo cultural... En tal caso la fecha tendría un sentido. Verbigracia: "Cuando nací mi patria invadía el Estado tal o era invadida por el Estado más cual; cuando vine al mundo las teorías económicas de mi compatriota X daban la pauta a muchas otras naciones; cuando vine al mundo nuestra literatura dejaba sentir su influencia. Pero no, ¡qué curioso! cuando en 1912 (ya ven, pongo la fecha para que no queden con la curiosidad) yo vine al mundo nada de esto ocurría en Cuba. Acabábamos, como quien dice, de salir del estado de colonia e iniciábamos ese triste recorrido del país condenado a ser el enanito irrisorio en el valle de los gigantes... Nosotros nada teníamos que ver con las cien tremendas realidades del momento. Pondré un ejemplo: la guerra de 1914 significó para mi padre una divertida pelea entre franceses y alemanes. Y también, un modo de matar el tiempo a falta de otra cosa que exterminar. Papá, en compañía de otros papás, pasaba gran parte del día jurando que los alemanes eran unos vándalos (probablemente nunca se detuvo a pensar en virtud de qué usaba tal calificativo) y que los franceses eran unos ángeles; que Foch era un estratega y Ludendorff un sanguinario. En cuanto a mi madre, a la cabeza de mis tías y de otras parientes, tomaba tan al pie de la letra la inminente caída de París, que veía alemanes hasta en la sopa. Un día que el cañón Bertha tronó más que de costumbre sobre los techos parisinos se nos prohibió salir a la calle. ¡Temíamos ser bombardeados!

Me había tocado en suerte vivir en una ciudad provinciana, pero esto que no es cosa grave y hasta positiva si se sabe que allá existe una capital en toda la acepción de la palabra, significaba, en el caso nuestro, una tal ausencia de comunicación espiritual y cultural que, a la larga terminaría por encartonarnos. Vivía, pues, en una ciudad provinciana de una capital de provincia, que, a su vez, formaba parte de seis capitales de provincia provincianas con una capital provinciana de un estado perfectamente provinciano. El sentimiento de la Nada por exceso es menos nocivo que el sentimiento de la Nada por defecto: llegar a la Nada a través de la Cultura, de la Tradición, de la abundancia, del choque de las pasiones, etc. supone una postura vital puesto que la gran mancha dejada por tales actos vitales es indeleble. Es así que podría decirse de estos agentes que ellos son el "activo" de la Nada. Pero esa Nada, surgida de ella misma, tan física como el *nadasol* que calentaba a nuestro pueblo de ese entonces, como las *nadacasas*, el *nadaruido*, la *nadagente*, la *nadahistoria*... nos llevaba ineluctablemente hacia la morfología de la vaca o del lagarto. A esto se llama el "pasivo" de la Nada, y al cual no corresponde "activo" alguno.

Muchas veces me he preguntado por qué los hombres y mujeres que formaban mi pueblo natal, Cárdenas, no se llamaban todos por el mismo nombre. Por ejemplo, Arturo. Arturo se encuentra con Arturo y le cuenta que Arturo llegó con su hijo Arturo y con su hija Arturo, que su mujer Arturo pronto dará a luz un nuevo Arturo, pero que ella no quiere ser asistida por la partera Arturo sino por la otra partera Arturo que es la partera de su cuñado Arturo madre del precioso niño Arturo cuyo padre Arturo trabaja en la fábrica Arturo...

Y por supuesto, mi familia formaba parte del clan Arturo. Mi padre-Arturo —modesto agrimensor— se había casado con mi madre-Arturo —modesta maestra. De esta unión habían tenido seis Arturo. Nos acompañaba amorosamente una tía-Arturo, la que al correr de los años se cambiaría en una monja-Arturo. La arturidad de nuestra casa se sincronizaba con la del resto de los habitantes de Cárdenas: levantarse a una hora, acostarse a otra, bañarse a tal y comer a más cual. Los niños, ultra aniñados, se les repetía *ad eternum*: "Los niños hablan cuando las gallinas orinan", lo cual daba, con los años, unos niños perfectamente idiotizados. En cuanto a la alimentación contribuía "eficazmente" a formar una juventud famélica. ¡Así vivíamos! La base de nuestra subsistencia la ponía mi madre con su haber de maestra; en cuanto a papá unas veces medía tierras, y otras veces soñaba que las medía. Así fluctuábamos entre la casi hambre y el hambre total. Como contraste desconsolador se nos hablaba todo el tiempo de nuestras épocas de prosperidad. Apenas si contaba siete años y ya oía cosas como ésta: "Tu hermana sí que agarró la buena racha..., o "tu hermano se dio los baños en Varadero". Con el tiempo supe que eran historias que nos contaban para consolarnos (¿es posible?). Sólo por una vez hicimos temporada en la playa. Papá midió unas tierras y con ese dinero pasamos dos meses en una playa desierta. Siempre agradecí a la fortuna esta limitación que nos impuso veranear en la playa semisalvaje y no en la de moda. Si es ineludible poner en toda autobiografía "el momento más feliz de la niñez", y aún de la vida toda, diré complacido que fue en esa playa. ¡Oh, risueño interregno!

Pero este veraneo o el viaje a la escuela rural de mi madrina Amelia o alguna que otra cena de Nochebuena, venía a ser la piedrecilla de oro entrevista en los miles de toneladas de arena del río de la miseria. Los días, tan Arturo como los seres, no marcaban la diferencia: eran lunes, miércoles o domingo con la misma escandalosa impropiedad que para nosotros, los cubanos, tienen las cuatro estaciones. Si en otras partes del planeta la gente se aburría por exceso, nosotros, en cambio, nos aburríamos por defecto. Ilustraré tal aburrimiento: todos tanto lo estaban que se medicinaban furiosamente. Las conversaciones sobre medicamentos corrían como pólvora inflamada por el pueblo. En general, éramos sanísimos, pero mordidos por el aburrimiento habíamos emprendido la absurda competencia de los remedios. La importancia social de una familia se medía por el número de remedios a ingerir y por las visitas del médico. Algo muy divertido era contemplar la mesa familiar en horas de comida: junto al cubierto de cada comensal se alineaba una serie de frascos de todas formas y colores; no se empezaba con la consabida sopa o entremés, se empezaba con las obleas del doctor tal o cual. Entonces, entre plato y plato se sucedían comprimidos, píldoras, pastillas, tónicos, jarabes, cucharadas y, como en el caso de mi tía, hasta una inyección. Esta tía para apurar un plato de caldo (pues según ella estaba amenazada de una úlcera en el duodeno) se administraba ocho medicamentos a cual más revulsivo. ¿Tendré que aclarar que nuestro pueblo moría matado por los remedios y no por las enfermedades? El ecuménico aburrimiento se manifestaba en esa loca decisión de medicinarse. Esa gente, sorprendida, pasmada de que su maquinaria artavesara los días sin el menor fallo, comprobando que ningún sobresalto sobrevenía para revitalizar lo que, por puro aburrimiento estaba desvitalizado, echaba mano, a lo que no siendo la enfermedad misma es, al menos, su embajador: el medicamento. Ya que la naturaleza se daba tan plácida, ya que la tierra no era asolada por epidemias, ya que el espíritu estaba reducido a la palabra como mero automatismo, se imponía el tema del enfermo o imaginario; y si la muerte, (saludable sacudimiento para los vivos) se empeñaba en demorarse habría que adelantarla, paradójicamente, con aquello que sirve para aplazarla.

Por otra parte, esta Nada tenía dos representantes antagónicos en las personas de mi padre y de mi madre. Mamá le presentaba batalla; en cambio, papá se rendía a ella de antemano. Con oscuro instinto, mi madre luchaba por empujar a marido e hijos hacia La Habana, y hasta llevaba su coraje al punto de proponer seriamente la expatriación. Papá, por el contrario, nos amenazaba una y otra vez con el campo. Decía: —¡Monte, cojamos monte!... Pero había algo infinitamente más patético: hablaba de "echarse" como un perro. Esta palabra fue, por años, un doloroso estigma en nuestros blandos sentimientos infantiles. De pronto papá decía: —Me voy a echar hasta que la basura me cubra... El desasosiego, la angustia se apoderaba de todos nosotros: veíamos a papá bajo una montaña de papeles, de latas, de muebles rotos. de espejos, de insectos monstruosos y por mezcla que juntara toda esa basura la repugnante pulpa de sus propias excretas. Yo no podía saber entonces que entre la explosión verbal de mi padre y su decisión de echarse real y efectivamente mediaba el abismo de su irresolución. Ignoraba él, y lo ignorábamos todos, que los "actos" de la Nada siendo tan sólo el desiderátum de lo vital eran tan irreales como esa imagen que nos devuelve el espejo. Papá, en tanto que cadáver de la Nada no podía tomar decisiones, pero como no estaba muerto físicamente venía a ser ese cadáver teórico del que decimos: es un muerto que anda...

En este vaivén nos íbamos haciendo. La miseria ponía su nota abyecta en esta formación: —Ustedes dos —nos decía mamá a mi hermana Luisa y a mí— háganse invitar a comer en casa de Herminia. O enviaban a mi hermano Juan a otra casa a ver si le regalaban una camisa o un par de zapatos. En esa época, como en otras muchas el Estado dejaba sin pagar a los maestros; en cuanto a tierras que medir ¡ni hablar! Aunque mi madre era muy emprendedora y el pobre papá, a pesar de sus "desfallecimientos" aceptaba cualquier tipo de trabajo, la economía del país andaba tan mal que resultaba un verdadero triunfo ganarse un peso. Por otra parte a nadie se le ocurría protestar, se partía del supuesto absurdo de que tal estado de cosas era incambiable. Todo se resolvía cruzándose de brazos y diciendo: "No podemos hacer nada". Papá abrumaba a la pobre mamá con inacabables peroratas de negocios ilusorios, de arriesgadas transacciones, de combinaciones de bolsa, de pignorar, pillar y hasta incendiar... Como temíamos a su cólera la casa se llenaba de un opresivo silencio. A papá lo exasperaba el mutismo de mamá; veía en él una severa crítica a su verborrea. Estallaba en violentas críticas, se pegaba, con los puños, en el pecho, y, con las manos abiertas, se cruzaba la cara hasta ponérsela rojo de púrpura. Entonces, con todo su cuerpo en tensión se acercaba a mamá conminándola a la controversia. Le decía, con voz de infinito reproche todo aquello que mamá dejaba de decir. Acompañaba cada "parlamento" (la escena tenía, a pesar de su violencia, mucho de melodrama) con un: "Debiste contestarme esto", y a renglón seguido todo cuanto él imaginaba que mi madre le respondería. Nosotros, muertos de miedo, tomando al pie de la letra sus paroxismos esperábamos ver desplomarse a mamá víctima de un colapso. Con los ojos arrasados en lágrimas huíamos al rincón más oscuro y solitario para desde allí hacernos un solo oído, monstruoso y torturado, oído tan sensible que estallaría si la vibración del silencio se hubiera prolongado más allá de esas pausas que papá encajaba entre sus exabruptos. Habíamos quemado todos los órdenes corporales para quedar reducidos a un agujero por el que entraba y salía a sus anchas la histérica voz del cadáver viviente de la Nada.

Sin duda en el círculo familiar papá era "un caso". Se hablaba de él con temor y todos estaban de acuerdo en su tiranía. Varios factores intervinieron para fundamentar este estado de opinión. En primer lugar la actitud de mamá: con su provinciano concepto de absoluta sumisión al marido, hacía milagros para tenerlo contento. Ello explica que mi casa haya sido una especie de fortaleza donde se pedía santo y seña. Poquísimas personas tenían el privilegio de visitarnos, y en lo que respecta a familiares, sólo mi tía, la que mamá pudo imponerle a papá porque hacía falta una persona de confianza que se quedara con nosotros en las horas que mi madre estaba en la escuela.

La secreta aspiración de papá fue el cenobio. ¿Por qué no la realizó? ¿Por qué se casó? Y lo que es todavía más contradictorio: ¿por qué tuvo seis hijos? Una vez más tendríamos que remitirnos al arturismo: papá sólo pudo seguir la rutina diaria, aceptó el matrimonio como mal necesario, y tuvo hijos un poco por la pura fuerza de la inercia. ¿En virtud de qué una familia que sólo podía mantener a un hijo con harto esfuerzo la veíamos, al cabo de diez años, cargada de hijos? No importa, se defendían de los ataques de la Nada con estas cópulas, con aquellos medicamentos.

Papá ha sido un hombre irresoluto, y más irresoluto porque la Cuba de ese entonces se componía de explotadores y explotados. A veces papá se armaba de valor para "picar" unos pesos a un amigo que tenía sus botellas en el Ayuntamiento. Cuando volvía a casa, con caras de pascuas, le decía a mamá: —¡Lo cogí solito! Le pude hablar sin testigos. ¿Te das cuenta, María? Sin embargo, estas salidas esporádicas no arreglaban nada, y él, poco a poco, se iba autodestruyendo. Su hambre de silencio era cada día más apremiante, y estaba decidido a obtenerla a toda costa. Nosotros pagaríamos las consecuencias de su decisión. Había dos tipos de silencio: el silencio porque papá estaba callado y el silencio porque estaba hablando con mamá. Nos castigaría con severidad si estando él anegado en su silencio osábamos romperlo con risas o con voces. Nos pegaba con lo primero encontrado a mano, pero siempre se las arreglaba para hacerlo con un plumero, y en medio de los golpes nos decía cosas que en nuestros oídos resonaban como las palabras del Apocalipsis.

UNA TIA ASEADA

Francamente, sigo considerando a La Habana como un sepulcro. Un vasto sepulcro dividido a su vez, en sepulcros más pequeños. Pero aclaro en seguida que tal impresión sepulcral no tiene nada que ver con la arquitectura de la ciudad; tampoco nace dicha impresión de esas típicas sensaciones de aplastamiento propia de las grandes ciudades. La Habana, por el contrario es una ciudad grande pero nunca una gran ciudad. Un aire provinciano se respira todavía en su ámbito y en cuanto a las gentes definen de un plumazo que no son moradores de una imponente urbe en virtud de esa falta de distancia privativa de tales moradores. No, si yo digo que la ciudad me sigue pareciendo un vasto sepulcro se debe pura y simplemente a una contingencia privada y personal: me refiero a la miseria. Así como el Vía Crucis de la Pasión tiene sus Estaciones, así también tengo yo por la ciudad señaladas mis pequeñas tumbas, partes de ese vasto sepulcro, y en el correr de los años y tras una vuelta de algunos pasados en el extranjero no he logrado que tal impresión desaparezca, o, al menos, se atenúe. Y si voy a hablar con mayor franqueza, aunque tenga que enfrentarme con el ridículo, declararé que hasta evito cuidadosamente ciertas calles y ciertas casas en las cuales estas marcas de la miseria me hicieron padecer más de lo acostumbrado. Pero aclaro también en seguida que si las evito es precisamente porque ni una pizca de delectación hay en mi alejamiento de ellas. Sencillamente las veo como puentes cortados, fragmentos de mi existencia que en nada me religan ni podrían religarme con mi vida presente. ¿Qué tengo yo que ver, por ejemplo, con el Virgilio del año 38, inquilino de un cuarto en la calle de Galiano? Y si fatalmente debo pasar por tal lugar lo observo con la misma indiferencia que todo mi ser asumiría ante el sepulcro de Tutankamen... No podría tener piedad con cadáveres ajenos. Entre estos milenarios también se clasifica el mío de ese año 38.

Decliné una invitación a bailar esa noche y me despedí de mis amigos. Desde Camagüey había escrito a una tía política que viviría en su casa. La había escogido a ella porque a pesar de su pobreza vivía a dos cuadras de la Universidad. No bien había puesto los pies en el apartamento experimenté la penosa impresión de estar cogido en una trampa. Resulta en extremo curioso que a esta trampa en pequeño correspondiese la trampa infinitamente mayor de la ciudad. Para mis ojos de provinciano, acostumbrado a vastos espacios abiertos, tal casa y tal ciudad habrían de aparecérseme como una verdadera trampa. Había, además, en todo aquello una suerte de íntima contradicción, porque en tanto que yo me sentía encogido, al mismo tiempo debía dilatar mi visión para aprehender lo que se me antojaba por ese entonces desorbitadas proporciones. La altura venía a completar esta sensación de encierro y durante cierto tiempo me comparé con el mono en su jaula. El apartamento de mi tía estaba en un quinto piso —altura fabulosa para mí que había vivido hasta entonces a ras de tierra, en espacios muy abiertos y rodeado de naturaleza. Se subía a fuerza de escaleras. La sensación de limpieza era tan insolente que entraban ganas de escupirlo y afearlo sin descanso. La limpieza era el "caballo de batalla" de mi tía y de mi prima: si es posible que en gentes tan sencillas se dé algo morboso, entonces, sin duda, ellas lo eran a través del sentimiento de la higiene. Mi llegada, llevando por todo equipaje una caja de cartón, lleno del polvo del camino y saliéndome por todos los poros esa falta de orden doméstico que ha sido una constante en mi existencia, les hizo poner, como se dice el grito en el cielo. Después de las naturales efusiones, mi tía me dijo sin ambages que debería tomar un baño y cambiar de ropa, consejo que no estando desprovisto de buen sentido se cargaba también con esa nota morbosa de la superlimpieza. Comprendí en seguida que me querían limpiar, rebañar y considerarme un mueble más entre sus espantosos muebles. Inicié una débil resistencia, pero ya mi tía me tomaba por un brazo y me conducía a la *sancta sanctorum* lustral, en tanto que mi prima, metida en la sala de baño y con una mano sobre la llave de la ducha me gritaba "que ésta" para la fría "y ésta" para la caliente, lo que hacía un sucio contrapunto a la voz blanca de mi tía que me preguntaba si yo tenía "jabón personal", cosa que me sumió en confusiones pues estimé que era una marca de jabón que mi tonta ignorancia de provinciano desconocía, pero a tiempo me di cuenta de mi error y contesté que no, que no tenía jabón personal y que bajaría a comprar uno si era necesario. Entre el fragor de la ducha y a través de los cristales opacos, las entreveía formando un plan de ataque para reducirme a sus cánones, a sus justas proporciones de escoba y plumero... Y a tal punto era cierto que ya escuchaba un golpe en la puerta encristalada y veía a mi tía que me presentaba una caja de cartón a donde debía, según ella, colocar la ropa sucia. Era que mi suciedad, siendo infinitamente más sucia que la suya no podía juntársele; la caja de cartón, semejante al ángel exterminador, me procuró tal angustia que comencé a reducirme, a pararme en una pierna, sobre una losa, a apoyar sólo la punta del pie, echar los brazos hacia delante a fin de no topar con las paredes, a suspender el aliento tan pronto como la boca pasaba frente al espejo. En suma, a diluirme y desintegrarme.

Nuevamente escuché la voz de la tía que me interrogaba si tenía pijama y pantuflas. Para cortar las alas de su esperanza le contesté abruptamente que había llegado a la capital en un camión, y, aunque ellas eran unas muertas de hambre como yo, se entregaron a las más vivas exclamaciones de horror. Ella me dijo entonces que debía ahorrar a paso de carga para adquirir prendas tan ineludibles; yo añadí nuevo horror al horror diciéndoles que nada podía ahorrar y nada podía adquirir porque nada ganaría. Y saliendo del baño sólo en camisa y pantalón sin planchar pedí una taza de café. Pero ella no se conmovió y me hizo saber que el café no se haría hasta la hora del almuerzo y a renglón seguido, y movida por los pellizcos y miradas que le administraba mi prima, me pidió que recitara. Sentí a la vez dos pinchazos: uno, desagradable pues se me pedía precisamente aquello de lo que tanto necesitaba apartarme, y otro agradable, ya que realmente me gustaba demostrar mis ridículas facultades. Me pasaron por la mente los más variados títulos de poemas y no sabía cuál escoger a fin de ofrecer una cumplida demostración de "mi arte". Mi prima, viéndome sumido en perplejidades, palmoteó y me dijo que recitara "La Casada Infiel". ¿Cómo sabía ella que tal poema era mi *chef-de-oeuvre?* Mi primo, que había vivido unos meses en nuestra casa en Camagüey las había informado de mis habilidades y de mi particular predisposición hacia tal poema. No dudé un instante más, y tomando por marco la puerta del baño comencé a agitar brazos y manos y a pronunciar como un andaluz. Ellas, que desconocían totalmente al poeta y al poema, enrojecían a medida que yo soltaba las eróticas palabras, al mismo tiempo que otro rubor muy diferente —el de la lujuria— las sacudía como dos arbolillos en medio de la tempestad. Me hicieron repetir el poema y esta vez no enrojecieron; entonces mi tía me preguntó si no me habría gustado ser un gitano, y yo, cortando por lo sano le manifesté que los gitanos eran gente muy desaseada, declaración que la sumió en nuevos horrores y exclamaciones. Mi prima, cuya edad mental era dos años me preguntó que si la gitana era limpia; instintivamente tomé la defensa de la gitana y lo hice con tanto calor que me vi obligado dar marcha atrás pues a punto estuve de decir que la gitana era más aseada que ellas. Mi tía me suplicó que no dijera el poema a mis primos y que lo reservara para "uso personal de ellas".

En tal casa y en tal tía había caído. Tía que formaba con otras tías aquel ramillete del Capítulo primero en donde queda dicho que la ignorancia de todas era tan absoluta que temían a cada instante oír tronar el Gran Bertha sobre los tejados de Cárdenas. Actualmente era viuda de nueva data y prestaba servicios de enfermera en un hospital. Su pasión, su meta era su hijo mayor; la casa respiraba con el pulmón de este hijo, era él la suprema esperanza de quien en no lejano día el bienestar entraría por la puerta de la calle, circunstancia que deparaba al resto de la familia todo género de privaciones. Tal cosa la comprobé cuando iniciamos el recorrido por las habitaciones. Mi tía me hizo saber que yo dormiría en una cama camera con dos primos, y al notar mi disgusto me dijo que la otra cama era exclusivamente para Pedro. Inmediatamente me llevaron al cuarto de ellas me mostraron los muebles; allí se colmó la medida del asco: mi prima pasando un dedo por la madera del escaparate volvió al tema de la limpieza: me dijo que podría pasar la lengua sin que la menor partícula de polvo se le pegara, al mismo tiempo me tomaba el dedo y me obligaba a pasarlo por aquí y por allí. Hube de admirar el cubrecama tejido, el colchón de plumas, las fundas bordadas, el alfiletero y los muñequitos de loza barata. Cuando, algún tiempo después, me enteré que la posesión de tales cursilerías les había costado el horrible sacrificio de suprimir las comidas de la noche caí en tales convulsiones de risa y tanta fue mi furia que dejé caer subrepticiamente una enorme gota de tinta

sobre el cubrecama tejido por las manos de mi prima.

Esta gota de tinta fue la clásica chispa en el barril de pólvora... Mi tía me llamó a capítulo, me sermoneó durante un buen rato, y finalmente me dijo que era yo el autor del desaguisado. Entonces, cambiando con su suma habilidad de tema me expresó que no podría continuar viviendo con ellos, puesto que su nuevo trabajo nocturno en el hospital le impedía quedarse en la casa, extremo que la obligaba a dejar sola a su hija. Le pregunté, haciéndome el tonto, qué cuál era la relación de todo eso con mi persona. Entonces se acaloró, recorrió, de un extremo a otro de la sala y concluyó diciéndome que los vecinos comenzarían a pensar mal de mi prima si comprobaban que ambos estábamos solos en la casa durante la noche. Pero yo, continuando en mi ingenuidad le hice ver que dos de mis primos dormían en la casa (el otro residía en Isla de Pinos). —Sí, me respondió— pero llegan siempre después de la una; yo te agradecería buscases un cuarto... y a renglón seguido se deshizo en excusas, maldijo a la suerte que le deparaba esos horribles turnos de la noche, se consideró desgraciada en extremo, y acabó lloriqueando.

Me quedé helado. Aparte de mi total carencia de dinero me enfrentaba a la horrible circunstancia de buscar un empleo. Siguiendo al pie de la letra ese método muy mío de figurarme que lo que yo pensaba era lo cierto, porque en el fondo trataba de escapar a la realidad de la vida— estimaba que si yo había venido a La Habana era sólo para cursar mis estudios universitarios: en tal sentido me mostré siempre insolente y desfachatado. Por ejemplo, a mi madre, que tenía por todo sostén una miserable pensión de maestra retirada la abrumaba continuamente con terribles exigencias y reproches, le escribía cartas horribles diciéndole que me dolían los pulmones, que acabaría por perecer en medio del fragor de la capital; si me voy a referir a esta tía diré que en su casa, durante los seis meses que conviví con ella, fui de una falta de tacto absoluta. No importa su egoísmo, sus pequeñeces, que dejase de comer por las tardes para adquirir nuevos muebles o unos trapos para su hija casadera. No, no tenía el menor derecho de mostrarles mi "superioridad" de hombre que sabe quién es Kant o cómo se declina el tema griego *oikía*... Noche tras noche, en nuestras comidas de café con leche, en nuestras comidas de café con leche, disparaba mis afiladas saetas del reproche, lo criticaba todo, estudiaba en voz alta, imponía mis métodos, en fin, habría terminado por hacerlas dormir en la plaza pública.

Me quedé helado con el ultimátum de la tía, que me ponía de patitas en la calle. En consecuencia escribí a mi madre la carta más patética pidiéndole autorización para tomar veinte pesos de su pensión de sesenta y cuatro. Obtuve de mi tía un aplazamiento de cinco días y me eché a buscar un lugar en que donde por dicha cantidad me dieran casa y comida.

ARMANDO ME RECIBE

Mientras ponía la llave en la cerradura, Armando hizo una profunda aspiración; me dijo con tono solemne: —Virgilio, tú sabes que toda mi vida he aspirado a vivir como en el siglo XVIII francés. Mi *chambre* es modesta pero en ella se respira ese siglo (aquí volvió a hacer una profunda aspiración). Aunque mis conocimientos sobre el siglo XVIII eran limitados, podía, sin embargo, hacerme una idea de lo que este siglo representa en el salón o en el *boudoir*. Así, esperaba que cuando la puerta del cuarto de Armando se abriera, tendría ante mi vista una cómoda de Boulle o un tapiz D'Abusson. Cuál no sería mi estupor al ver una cama norteamericana (Simmons) y unas cortinas de cretona en azul, el color predilecto de nuestro amigo. Me volví hacia él con mirada implorante para objetarle que en su cuarto nada recordaba el estilo Luis XV o el Luis XVI. El, muy desenfadado y soberano, haciendo sonar ruidosamente su bomba aspirante —impelente me señalaba con el dedo una reproducción miniaturesca de uno de los famosos retratos de Fantin-Latour, y acto seguido, volviéndose con gran esfuerzo hacia el sitio donde estaba empotrada una mesita *modern-style*, me mostraba un jarroncito de porcelana de Sévres. —Estos son mis tesoros, las únicas antigüedades que permito *chez moi*. Y añadió: —Tú sabes que el XVIII era todo cortesía, buena mesa, agradable conversación. Tragó dos o tres nuevos "vasos de aire".— Y, mis músicos favoritos, los únicos que tolero en esta *chambre* son Chopin y Chaikovsky. De pronto, sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo sacó del ropero una victrola, la plantó (esa es la palabra) sobre la mesita, puso un disco y dejó caer la aguja. Al momento escuché el archisabido vals de Chopin llamado "del perrito". Aunque la grabación dejaba mucho que desear pensé que al menos interrumpiría por unos minutos la inagotable cháchara de aquella boca. ¡Cuán profunda equivocación estaba sufriendo! Armando empezó a contarme todas esas historias sentimentales que se adjudican a las obras de los grandes músicos, en este caso a Chopin. No le importaba en absoluto que yo escuchara el Vals; su objetivo era escucharse él mismo.

Salí de allí con la terrible impresión de haber visitado un retrete sin estrenar; un retrete, adonde por más que miráramos nunca veríamos excremento en el fondo o pegado en las paredes. Y eso era el cuarto de Armando: el retrete de lo vacío, y de lo vano; en ese cuarto habría fracasado el crimen, la delación, la cuestión de Oriente, el hambre mundial... Sí, todo fracasaría en aquel retrete reluciente.

EN CASA DE MERCEDES

Pero mi demonio de turno, es decir el demonio "del Arte" definido por el "objeto de Arte", introduciendo sus pérfidas pinzas en mis sienes las hacía latir con precipitación para anunciarme que yo, también, quería tener mi "letrina" con su Fantin-Latour y su jarroncito de Sévres. Si no los compré fue por falta de dinero. ¡Dinero! Me pasaba la vida oyendo el tintineo de las monedas, de las monedas en bolsillos que no eran los míos. La miseria, al mismo tiempo que me iba matando me salvaba de caer en ciertas sordideceses. Además, ahora tendría que nadar en aguas profundas y revueltas, hasta hundirnos en el légamo y en el fango de ese vivir de expedientes. Ahora tocaba a su fin el plazo dado por mi tía para abandonar su casa. En lo adelante sólo dispondría de los veinte pesos que mi madre me daba de su pensión de maestra retirada. Pero, ¿dónde encontrar casa y comida por cantidad tan irrisoria? Comencé a subir y bajar las escaleras de las casas de huéspedes próximas a la Universidad. En todas ellas la cantidad mínima para alojarse alcanzaba o sobrepasaba los treinta pesos. Ya me iba desalentando cuando de pronto vi algo que podía convenirme. En la calle de San Lázaro, a sólo dos cuadras de la Universidad, de una casa como tantas colgaba, del balcón, un cartelito: "Se alquila habitación con comida por quince pesos". Di un brinco, me restregué los ojos, en seguida caí en desfallecimientos, vacilaba en pedir informes, me alejé una cuadra para meditar aquel cartel. ¿Qué crimen, qué desgracia, o qué peste albergaba aquella casa, que ofrecía por quince lo que en todas partes se daba por treinta?

Temblando de pies a cabeza toqué el timbre. La puerta se abrió en seguida como si alguien hubiera estado detrás de ella aguardando una noticia de vida o muerte. Vi entonces una cara negra, abotargada, un pelo negro de estopa con todas sus mechas al aire como una bandada de totíes, y una boca negra que decía: —Aquí está lo que usted busca..., y, finalmente, una mano negra que tomaba mi mano. Volvió a decir: —Aquí está lo que busca. En ninguna parte lo va a encontrar más barato. Me decidí a entrar.— "No, Virgilio, —me dije— esta es una casa como todas las casas; aquí no te van a sacar el corazón para hacer un filtro..." Mercedes (así se llamaba la negra) como adivinando mis pensamientos, dijo: —Señor, aquí se va a sentir como en familia. ¿Tiene mamá? Porque si no la tiene, yo haré de mamá de usted. Todo eso era encantador, terminé por tranquilizarme. Ella gritó: —¡Temístocles, una taza de café para el señor! Se volvió hacia un altar que estaba en un ángulo de la sala y me preguntó: ¿Le gusta? Me miró entonces inquisitivamente y añadió: —Usted es hijo de Ochún. Pero, oiga: a usted le hace falta romperse un huevo en la cabeza. Al oír aquello miré instintivamente hacia el altar. Su bárbaro barroquismo, las lentejuelas del manto formando arabescos, las flores de papel puestas en jarrones policromados, y la misma imagen, con sus ojos saltones, con sus oros chorreados, con la cara que parecía haber sido llevada a lo teratológico del feto, me produjo el efecto de un mazazo. Me sabía de memoria los altares del culto católico pero éstos del culto afro-cubano, aunque réplicas de aquéllos, borraban la imitación en virtud de lo bárbaro. Mercedes, que había cogido al vuelo mi estupor, me preguntó si me gustaba su altar. —Ya verá qué fiestón vamos a dar. Además —añadió— ahora no está bien encendido. Quedóse un momento sumergida en las delicias de su próximo homenaje a Ochún, y al cabo entró, como dijo expresamente, en materia: —No lo piense más (yo no tenía pensamientos en esos instantes) quédese, traiga sus cosas, está a dos cuadras de la *Universidá*, la comida es buena y la cama no tiene chinches. Pero como comprobaba que yo no me decidía me tomó del brazo y me llevó a ver la casa. Estaba presidida por la diosa limpieza. ¿Qué estúpido pensamiento ya afloraba a mi cabeza? Lo negro manchando lo blanco... Me avergoncé al instante de haberlo tenido. En seguida, otro pensamiento no menos estúpido sobrevino: si, como por arte de magia, apareciese un pintor que blanquease a estos negros. Mi cuadriculado mundito provinciano, todas esas mentiras que desde la niñez nos dicen sobre los negros brotaban, contra mi voluntad, como fango espeso que se vertía contra mí mismo. Hice, in mente to-